

FEDERICO SARACINI PABLO. UN INTELLECTUAL CUBANO
EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Pablo

UN INTELLECTUAL
CUBANO
EN LA GUERRA CIVIL
ESPAÑOLA



Ediciones La Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Jefe de diseño: Héctor Villaverde
Coordinación de producción: Virgen Gutiérrez

Edición al cuidado de Denia García Ronda
Traducción: Maríacarla Bassegio
Diseño de cubierta: Héctor Villaverde
Diseño de cubierta basado en el cartel de-----,
segundo premio del concurso *Pablo y la Guerra Civil Española*
Emplane: Vani Pedraza García

© Federico Saracini, 2007
© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2007

ISBN: 978-959-7135-62-3

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja
Ciudad de La Habana, Cuba
centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

A mis padres
A Irene

Duerme sepultado en un campo de trigo
No es la rosa, no es el tulipán
los que velan sobre ti desde la sombra de los fosos
sino mil amapolas rojas.

FABRIZIO DE ANDRÉ, *LA GUERRA DI PIERO*

Introducción

Este libro nace de un interés madurado a lo largo de mis estudios universitarios en Historia Contemporánea y sus conflictos, así como de toda la producción literaria compuesta por diarios, cuentos, artículos relacionados con ella y que han llegado hasta nosotros en forma de testimonios de los que vivieron en primera persona determinados momentos históricos.

Para servir de enlace entre la historia y la literatura he seleccionado la figura de un intelectual cubano que, en una de las guerras que han marcado en forma más destacada la época contemporánea —la Guerra Civil Española— escribió y combatió, y allí desapareció prematuramente.

Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) participó en un conflicto que fue no sólo una lucha fratricida, sino un momento histórico caracterizado por un profundo sentido ideológico, que contribuiría posteriormente a marcar de manera indeleble el curso del siglo XX.

Con la guerra española, la literatura de testimonio alcanzó un nivel elevadísimo. La participación de intelectuales, escritores, periodistas, no había sido nunca tan numerosa en ningún otro escenario anterior. Desde el mundo entero, autores conocidos y menos conocidos corrieron a defender la República. No se jugaba sólo el destino de un país, sino el de un mundo en el que la agresividad nazifascista comenzaba a sentirse con toda su carga de odio hacia cada forma de democracia y convivencia civil.

Fue precisamente en la onda de un sentimiento de indignación que, decididos a derrotar el peligro de una evolución fascista en el seno de Europa, los intelectuales del mundo entero se movieron, «pluma en ristre»,¹ como apoyo a la causa republicana. Escribiendo, combatiendo, y también con la organización de un Congreso para la defensa de la cultura, con participación internacional, bajo la dirección de Pablo Neruda y Louis Aragon, cuyo segundo encuentro se celebró en Valencia y tocó también Barcelona y Madrid, en el verano de 1937.

Pablo de la Torriente Brau no llegó a tiempo para participar en dicha convención. Murió el 19 de diciembre de 1936, apenas dos meses después de haber llegado a España. Pero la suya fue una experiencia indeleble en el marco del conflicto. Fue, probablemente, el primer intelectual hispanoamericano que llegó a la tierra ibérica y uno de los pocos que no se contentaron sólo con escribir sobre el conflicto. Traía bajo el brazo el entusiasmo del joven periodista que quiere ver las cosas de cerca y contarlas. Al respecto tenía la costumbre de

decir: «Mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias, y mi maquinita para contarlas. Y eso es todo».

Su participación fue ejemplar, pues se convirtió rápidamente en Comisario político de la guerra en la Brigada de Valentín González (Campesino), otra figura mítica entre las filas republicanas. Esta participación activa de Pablo fue un paso natural, pues la Guerra Civil Española representaba también una posibilidad para su país. De haber ganado una democracia de corte socialista, quizás también a Cuba se le habría hecho posible aprovecharse de la ola de entusiasmo y crear una verdadera república, a lo mejor hasta socialista; pero, en cualquier circunstancia, libre e independiente. Cuba estaba en ese momento sometida a una dictadura ligada indisolublemente a los Estados Unidos.

Resulta evidente que no vamos a poder hablar de la figura de este autor si prescindimos de su recorrido existencial anterior, que contribuyó a crear ese personaje considerado todavía hoy como un icono para su país. Veremos entonces qué papel desempeñó en la Cuba de los primeros años 30 y cómo tuvo lugar su toma de conciencia política; su militancia en el Ala Izquierda Estudiantil, agrupación universitaria de izquierda, los períodos de prisión que tuvo que sufrir y los dos largos exilios en Nueva York, donde lo único que podía hacer era «fregar escupideras e inodoros como cualquier emigrante»;² las relaciones con la intelectualidad cubana y sus trabajos, con una inclinación preferencial hacia el reportaje periodístico.

¹ *Pluma en ristre* es el título de uno de los libros que recogen algunos de los textos de Pablo de la Torriente Brau.

² Pablo de la Torriente Brau, «Carta a Pedro Capdevila del 24 de julio de 1935», *Cartas cruzadas (selección, prólogo y notas de Víctor Casaus)*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.

La historia que relaciona a Pablo de la Torriente Brau con la España de la guerra civil no es sólo la de un intelectual comprometido, sino la de todos los pueblos oprimidos que se levantan en armas contra el opresor, prefiriendo la acción a la sumisión resignada. Es la historia del que luchó para crear un mundo mejor y contribuyó a ese mundo con la tinta y la sangre.



Pablo en el hospital, después de la manifestación del 30 de septiembre de 1930.

Pablo de la Torriente Brau, ideología y acción

Contexto histórico

El 24 de febrero de 1895, el pueblo cubano había reanudado la lucha —iniciada en el lejano 1868— por su propia independencia del imperio español. En el transcurso de 1897, las tropas mambisas habían logrado destruir el ejército de España, reducido a una situación extrema por falta de fondos debido a la bancarrota de las finanzas públicas. En esa situación, los Estados Unidos vieron la posibilidad de insertarse en la contienda, arrancarle la victoria al pueblo cubano y asegurarse así la posibilidad de explotar económicamente las ex colonias españolas.¹ En 1895 y 1896, respectivamente, habían desaparecido dos figuras fundamentales para la lucha de independencia de la Isla: José Martí y Antonio Maceo, de manera que le faltaba a la causa un fuerte aporte político e ideológico.

En los Estados Unidos existía la necesidad de motivar al pueblo para que apoyara la aventura. Y así fue como se lanzó una gran campaña periodística con un trasfondo patriótico que, en abril de 1898, llevó a la aprobación, en el seno del Congreso, de la resolución que autorizaba entrar en la guerra contra España. Las acusaciones dirigidas a la corona española eran de «una conducta brutal e inhumana hacia la Isla»,² y la justificación para su intervención la de querer ofrecerle libertad total al pueblo cubano. La flota española fue fácilmente destruida por la ya poderosa marina norteamericana, y el 10 de diciembre de 1898 se llegó a la firma del Tratado de París: los Estados Unidos tomaban posesión de Puerto Rico, las Filipinas, Guam, y ocupaba Cuba, donde estableció allí un gobierno militar de ocupación que serviría para crear las bases de un Estado neocolonial. Entre el 1 de enero de 1899 y el 20 de mayo de 1902, Cuba fue dirigida por un gobierno militar norteamericano.

¹ Hay que tener presente que en el pasado, en más de una oportunidad, los Estados Unidos ya habían intentado adueñarse de la Isla, comprándosela a los españoles. Eso había sucedido en 1823, 1844 y 1853. En 1809, el presidente Jefferson había llegado incluso al colmo de plantear la necesidad de adquirir Cuba, por varios motivos. El primero, porque su posición era estratégica, sobre todo desde el punto de vista del comercio: a pocas horas de la costa oriental de los Estados Unidos, frente al Golfo de México, en posición dominante en relación con la desembocadura del Mississippi (río navegable) y en la ruta de las líneas principales que unían Nueva York con el mar Caribe y Panamá. Un segundo motivo era la necesidad de conseguir un país que por sí solo representaba la mayor producción de azúcar del mundo.

² José Antonio Tabares del Real, *La revolución del 30: sus dos últimos años*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, p. 49.

Una medida, sin dudas de largo alcance, fue la que se adoptó el 24 de diciembre de 1898, cuando lograron imponer el dólar como moneda oficial, dándole así un fuerte empujón al control del mercado financiero y crediticio. El 5 de noviembre de 1900 decidieron que podía iniciarse una Convención Constituyente; y finalmente se llegó a la aprobación, en 1901, de una Constitución democrática y liberal, de clara inspiración estadounidense, en la que se incluía un apéndice conocido como Enmienda Platt. Esta toma su nombre del Senador norteamericano que

la había concebido, y funcionó como un instrumento de control por parte de los Estados Unidos de América sobre el gobierno de la Isla. A través del análisis de algunas de sus cláusulas y de las políticas imperialistas impuestas a la Isla, podrán comprenderse las motivaciones y las decisiones de los que vivieron ese momento, para insuflarle vida a una verdadera lucha de liberación. El Artículo 1 preveía que el Gobierno de Cuba no promulgaría nunca con ninguna potencia o potencias extranjeras ningún tratado u otro tipo de pacto sin autorización de los Estados Unidos. Este punto desembocaría en el desarrollo futuro del Tratado de Reciprocidad. El 3 establecía que el Gobierno de Cuba les consentía a ese país el poder de ejercer el derecho de intervención para preservar la independencia y el sostenimiento de un gobierno adecuado y para el cumplimiento de las obligaciones relacionadas con Cuba, impuestas a los Estados Unidos por el Tratado de París (10 de diciembre de 1898), y que debían ser ahora asumidas y cumplidas por el gobierno de Cuba.³ Ese derecho se convirtió rápidamente en una injerencia constante por parte de Washington, que podía decidir en todo momento, por encima del propio gobierno cubano.

El artículo 7, por su parte, estipulaba que para permitirles a los Estados Unidos velar (¿o vigilar?) por las libertades del pueblo cubano, este debía venderles o alquilarles partes de su territorio para bases navales. Es gracias a ese artículo que hoy existe la base de Guantánamo, donde mantienen prisioneros a supuestos terroristas, a quienes se les infligen las peores torturas y humillaciones. Los artículos citados demuestran el gran poder que podía ejercer el embajador estadounidense en La Habana, cuyo único fin era proteger los numerosos intereses de los monopolios de su país en la Isla.

El Tratado de Reciprocidad,⁴ firmado entre los Estados Unidos y Cuba en 1902, permitía que el primero monopolizara el mercado cubano. Se preveía la exclusión de eventuales injerencias en la economía cubana por cualquier otro país; impedía el nacimiento y crecimiento de una industria puramente nacional, y la diversificación de las producciones agrícolas y zootécnicas; estimulaba, por otro lado, el monocultivo y el desarrollo del latifundio. En la práctica, el Tratado les aseguraba a las refinerías de azúcar norteamericanas, materias primas a muy bajo costo gracias también a una mano de obra mal pagada. El desarrollo de la industria azucarera cubana fue determinado por la política azucarera norteamericana. Cuando los Estados Unidos alcanzaron su máximo nivel de consumo de azúcar en 1922 —a partir de allí crecería sólo con el aumento de la población— decidió incrementar los impuestos para la exportación cubana, de manera de limitar el ingreso de una cantidad excesiva en un mercado ya saturado.

³ *Ibidem*, p. 53.

⁴ Sobre el término *reciprocidad* aplicado a este tratado hay que realizar una profundización lingüística. Según el diccionario italiano *Il Nuovo Zingarelli*, Zanichelli, Milán, 1990, se define como esa «cualidad o condición de lo recíproco, cuando cada una de las partes contrayentes de un tratado se obliga a concederle a la otra u otras el mismo tratamiento que recibirá de ellas». De manera que si nos regimos por el diccionario de la lengua italiana, lo que veremos producirse entre los Estados Unidos y Cuba no será para nada un tratado de reciprocidad sino precisamente la ausencia de esta.

En dicho contexto, la economía cubana no pudo desarrollarse. Hubiera necesitado una planificación económica, pero con esos límites constitucionales era imposible y, de todas maneras, en la clase dirigente del país no había siquiera un hombre político con intenciones declaradas de entrar a analizar una revisión de los pactos.

En más de una oportunidad fue posible comprobar hasta qué punto estas cláusulas ejercían una influencia en la política cubana real. En el transcurso de 1927 aparecía en *América Libre*⁵ un estudio realizado por Rubén Martínez Villena —preparado entre fines de 1926 y principios de 1927 para el Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial celebrado en Bruselas— donde se explicaban algunas de las consecuencias del dominio comercial de los Estados Unidos sobre Cuba. Se trata de un análisis marxista que, tomando su punto de partida de documentos oficiales cubanos y estadounidenses, demostraba el dominio económico, de corte neocolonial, que Cuba sufría por parte de los Estados Unidos. Aunque la balanza

comercial —exportaciones menos importaciones— mostrara un signo positivo, mediante un análisis más cuidadoso Rubén Martínez Villena demostraba hasta qué punto carecía de validez.

Los datos extraídos del boletín oficial de la Secretaría del Tesoro y las Finanzas presentaban la situación siguiente: de un total de mercancías para la exportación por valor de 353 984 156 dólares, estaban destinadas a los Estados Unidos 264 200 470; pero en el cómputo general de importaciones, que representaban 297 324 447 dólares, 187 223 844 procedían de los Estados Unidos. De manera que, según el boletín de 1925, las exportaciones habrían superado las importaciones en 56 659 709 dólares; pero en el marco de las exportaciones, el elemento más sustancioso era el relativo al valor del azúcar crudo (que había, por lo tanto, que refinar) por un total de 295 036 008 dólares. Allí está precisamente lo que estaba equivocado en la interpretación de los datos: este producto era el fruto de la industria cubana más importante, que pertenecía en su casi totalidad —casi tres cuartas partes— a empresas norteamericanas. De manera que el valor positivo en la balanza comercial era en realidad ficticio; de valor virtual se transformaba en déficit real. El análisis de Martínez Villena tenía también un valor retrospectivo, ya que los datos de los veintidós años comprendidos entre 1904 y 1925 mostraban prácticamente la misma situación, en la que los intereses estadounidenses iban creciendo paulatinamente.

⁵ Rubén Martínez Villena, *Cuba, factoría yanqui*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1999. El texto fue llevado por una delegación cubana, presidida por Julio Antonio Mella, al Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial que se estaba celebrando en Bruselas, en febrero de 1927.

Pero la capacidad injerencista de los Estados Unidos se demostraba también en los momentos más delicados de la vida política de la Isla, por ejemplo cuando la expulsión del presidente Machado y el nombramiento de los sucesivos gobiernos de transición mediante el reconocimiento por parte del gobierno estadounidense. Así fue como el término *plattista* se mantuvo presente en la terminología de denuncia de la izquierda cubana.

Cuba entre las dictaduras de Machado y Batista

Gerardo Machado Morales se había convertido en el quinto presidente de la joven República cubana, al ganar las elecciones de 1925, desde las filas del Partido Liberal.

Llegado al poder gracias a los financiamientos de la norteamericana Electric Bond and Share Company, se había mantenido en ella gracias a los enormes préstamos asignados por el National City Bank y el Chase Nacional Bank, bancos estadounidenses que, poco a poco, habían contribuido al fortísimo endeudamiento del país. Desde 1925, se iban perfilando los contornos de un Estado ya neocolonial, pero ahora guiado por un poder fuerte que parecía inspirarse, en algunos de sus aspectos, en el modelo fascista italiano,⁶ aunque será mucho más similar al modelo dictatorial populista que se conocería mejor en el resto de América Latina a partir de los años 60-70. De todas maneras, lo que había anunciado Julio Antonio Mella en las páginas de la revista *Juventud* —en ese mismo mes de mayo de 1925—, se hizo realidad durante la práctica de su gobierno: Cuba se enfrentaría a «un Mussolini tropical». Desde el primer momento, Machado inició una campaña contra la prensa no alineada que había culminado —sólo tres meses después del inicio de su mandato—, en el asesinato del periodista Armando André, por haberse burlado de la vida privada del Primer Ministro; hizo aprobar por el Congreso una ley que prohibía la reorganización de los partidos políticos existentes y la creación de otros; buscaba la prosperidad revitalizando una serie de grandes obras públicas; le daba vida al cooperativismo, que preveía la alianza de los partidos políticos tradicionales —Liberal, Conservador y Popular— guiados por el tirano en un frente único contra el pueblo; había logrado que se expulsaran del Parlamento los miembros que no querían adaptarse al partido de gobierno. A todo esto se sumaba una corrupción gubernamental exorbitante. En abril de 1928, Machado logró también que se aprobara una reforma constitucional *ad personam*, llamada Ley de Prórroga de Poderes, que le permitiría renovar su mandato sin necesidad de elecciones, desde el 20 de mayo de 1929 hasta el 30 de mayo de 1935, para luego obtener el nombramiento como senador para los doce años siguientes, y no seis como estipulaba la vieja ley.

⁶ Antonio Baroni, *Cuba, país de poca memoria* (1944), «Hubo incluso algunos que [...] vieron en él cierta conexión con el fascismo y con Mussolini al haber declarado Machado que intentaba “disciplinar a los cubanos”, estos italianos de América», en Hugh Thomas, *Cuba. La lucha por la libertad (1762-1970)*, México, DF, Ediciones Grijalbo, 1974, p. 750.

La problemática de la situación y el carácter usurpador del gobierno de Machado se revelaron inmediatamente también en el ámbito económico. En 1925, un año favorecido por una excelente producción azucarera —más de 5 millones de toneladas— se registró, sin embargo, una caída notable en los precios. El problema fundamental era que la mayor parte de la producción de azúcar estaba en manos de los Estados Unidos. Este elemento nos obliga inmediatamente a estudiar el nuevo gobierno cubano y sus intenciones, refiriendo las afirmaciones de Machado con motivo de un viaje a Nueva York inmediatamente después de su elección como Presidente, y pronunciadas ante el presidente del National City Bank: «Deseo manifestar que durante mi administración habrá una garantía total para todos los negocios [...] cuento con la fuerza necesaria para reprimir cualquier conato de desorden».⁷ Con ello les garantizaba a los intereses estadounidenses una libertad total de acción.

⁷ Hugh Thomas, ob. cit., p. 749.

El problema esencial de Cuba era precisamente el exceso de concesiones a empresas de otros países, muy en particular a las de los Estados Unidos. En parte debido a las concesiones otorgadas a los inversionistas estadounidenses por el nuevo gobierno; en parte por culpa de los gobernantes precedentes, la realidad es que de la producción total de azúcar de Cuba, 78,91% pertenecía a las compañías norteamericanas y sólo 14,04% a las empresas cubanas; mientras 7,05% se repartía entre franceses y españoles. Pero ello no habría sido suficiente para determinar la fluctuación de los precios. No se puede, entonces, olvidar que la refinación del azúcar tenía lugar en los Estados Unidos, ya que Cuba carecía de refinerías; y que el consumidor principal era, de todas formas, ese país. Por eso el precio venía determinado por los estadounidenses que, siendo los refinadores, podían darse el lujo de decidir los precios jugando con los bajos salarios de la mano de obra —que apenas tenía otras posibilidades de trabajo ya que el azúcar era el producto principal, y casi absoluto, de la Isla.

Al cabo de sólo cinco años, el país se había hundido en una profunda crisis económica. Los niveles de los ingresos eran cada vez más bajos en relación con las mercancías exportadas (de 353 984 000 dólares en 1925, a 167 410 000, en 1930)⁸ —al ser el azúcar el único recurso real de la Isla—, debido a la sumisión a los tratados con los Estados Unidos derivados de la práctica neocolonialista, y a la depresión del 29. Todo esto había empobrecido a los pequeños productores, los trabajadores, los campesinos, y la sociedad toda. Se entraba en un período de fuertes choques sociales que culminaría en la huelga general del 20 de marzo de 1930, cuando por unas 24 horas unos 200 000 obreros se cruzaron de brazos. Este acontecimiento marcó un verdadero viraje en la lucha de masas de la Isla y llevó la acción incluso fuera de las grandes ciudades, hasta abrazar al proletariado azucarero, uno de los más explotados.

⁸ José Antonio Tabares del Real, ob. cit.

Como resultado de las manifestaciones del 30 de septiembre de 1930, se cerró la Universidad; fueron suspendidas las garantías constitucionales y censurada la prensa; los directores de los diarios *La Voz de Oriente* y *La Voz del Pueblo*, Lora Infante y Abelardo Pacheco, fueron asesinados.

En enero de 1931 se produjo la escisión del Ala Izquierda Estudiantil del Directorio Estudiantil Universitario, e inmediatamente después se produjo la encarcelación de muchos representantes estudiantiles, entre ellos, Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa. El 9 de enero se

pasó de la censura al cierre de todos los diarios, con la única excepción del *Heraldo de Cuba*, vocero del presidente Machado.

A partir de la zafra de 1932 se alcanzó una radicalización de las huelgas en las plantaciones y las fábricas de azúcar. En línea con las protestas del sector azucarero también se levantaron los trabajadores del tabaco, los portuarios y los conductores de tranvías. Durante todo el año 1933 el pueblo cubano se mantuvo en pie de guerra hasta la huelga general definitiva del 7 de agosto, que acabó por obligar a Machado a abandonar el país. El nuevo embajador de los Estados Unidos, Benjamin Sumner Welles, preocupado por el futuro de las inversiones estadounidenses, se movilizó para darle a Cuba un presidente nuevo, confiable pero provisional. Se nombró a Carlos Manuel de Céspedes, que se mantuvo en el cargo desde el 14 de agosto hasta el 4 de septiembre de 1933, con el apoyo de la derecha radical y filo-norteamericana. Pero era mal visto por el pueblo, todavía insatisfecho y desconfiado. El 4 de septiembre de 1933 fue destituido por un movimiento de sargentos, llamado Junta de Defensa. A los sargentos, clases y soldados, insatisfechos sobre todo por los bajos salarios, las pésimas condiciones de vida en los cuarteles y la falta de equipamiento, se les juntaron inmediatamente los estudiantes del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y juntos crearon un gobierno de cinco presidentes («la Pentarquía»). Fulgencio Batista, figura emergente en el panorama político, aun cuando había sido el autor detrás del golpe del 4 de septiembre, decidió mantenerse fuera del gobierno y asumir el grado de Jefe del Estado Mayor. Como afirma Tulio Halperin Donghi: «el movimiento estudiantil, como tal, no logra insertarse de forma permanente y eficaz en el juego político cada vez más complicado que se está desarrollando en América Latina. El que logra reconquistar algo de influencia es un elemento más tradicional: el ejército».⁹

Cada uno de los cinco componentes del nuevo ejecutivo asumiría la dirección de una o más ramas de la administración, pero como gobierno tendrá una vida muy breve, sólo una semana: del 40 al 10 de septiembre. Ni siquiera había sido reconocido por los Estados Unidos, que en vista de la situación extremadamente inestable, decidió enviar naves de guerra para eventualmente intervenir para defender sus propios intereses. En poco tiempo, la flotilla alcanzó veintinueve unidades, que se quedaron en el puerto de La Habana casi un año. Mientras tanto, el Directorio Estudiantil le había retirado su apoyo a la Pentarquía y logrado el nombramiento de un nuevo gobierno, encabezado por Ramón Grau San Martín, médico y docente universitario, que se quedaría en el cargo hasta el golpe de Estado definitivo de Batista, producido el 17 de enero de 1934. Tampoco este gobierno fue reconocido por los Estados Unidos, a pesar de un apoyo popular mucho más amplio en comparación con los precedentes y la promulgación de una serie de leyes avanzadas que dejaban entrever buenos propósitos como, por ejemplo, la introducción de las ocho horas de trabajo, la ley de protección del trabajador, la nacionalización del trabajo —el Decreto-ley del 50% establecía que por lo menos la mitad de los que trabajaban en Cuba debían ser cubanos. En ese contexto, Hugh Thomas refiere: «No hay duda de que la persistente negativa de los Estados Unidos de reconocer el gobierno de Grau, impidió no sólo la estabilización del régimen, sino la formación de un gobierno cubano de cualquier clase».¹⁰

Esto se debía a que era apoyado por las fuerzas más radicales del país. Por el contrario, el que prefería al gobierno norteamericano era el propio Batista. Ya el 4 de octubre de 1934, después de haber controlado la revuelta de los ex oficiales depuestos, atrincherados en el Hotel Nacional, Batista había sido reconocido por el embajador norteamericano como «la única persona en Cuba [...] que representa la autoridad».¹¹

⁹ Tulio Halperin Donghi, *Storia dell'America Latina*, Turín, Piccola Biblioteca Einaudi, 1972, p. 274.

¹⁰ Hugh Thomas, ob. cit., p. 855.

¹¹ *Ibidem*, p. 862.

El 15 de enero de 1934 se produjo un enfrentamiento entre Batista y el gobierno de Grau, en relación con el nombramiento de un sucesor que fuera aceptado por ambas facciones. Batista propuso a Carlos Mendieta, pero tenía una fuerte oposición de los estudiantes y de Antonio Guiteras.¹² Se decidieron por un compromiso y se nombró a Carlos Hevia. Al día siguiente, Guiteras organizó una huelga contra la participación de Batista en el gobierno. El 17,

aprovechándose de la crítica situación creada por la huelga, Batista se impone, Hevia es incapaz de oponérsele y se ve obligado a presentar su renuncia a favor de *su* presidente —Mendieta—, quien tomó posesión del cargo el 18 de enero de 1934. Al cabo de sólo cinco días, Washington decide otorgarle al naciente ejecutivo el reconocimiento oficial que siempre había negado desde la caída de Machado.

¹² Antonio Guiteras Holmes (1906-1935) fue una de las figuras de mayor relevancia dentro de la Revolución del 30. Es símbolo de la rebelión armada contra Machado. Fue Secretario (Ministro) de Gobernación y de Guerra y Marina durante el mandato de Grau (Gobierno de los 100 días) y a él se le atribuyen las medidas radicales que tomó ese gobierno. Al rechazar la naciente dictadura de Fulgencio Batista, fue asesinado en 1935, cuando intentaba salir del país para organizar una expedición armada [N. de la E.].

Ahora la única fuerza efectiva en el país era el ejército, y se reconocía a Batista como la única autoridad verdadera. Pero ya no era el ejército que había apoyado a Machado. El que representaba ahora el poder era un organismo militar procedente de una asonada —la del 4 de septiembre de 1933— que había borrado la vieja casta comprometida y había recibido el apoyo de parte de la sociedad. De manera que se trataba de una fuerza que inspiraba cierta confianza en algunos sectores.

Pero no gozaba del aprecio de muchos otros grupos, en particular los sindicatos, los estudiantes y dirigentes radicales como Guiteras. De hecho, las huelgas continuaron y le dieron al ejército la oportunidad de conseguir formalmente el poder que ya detentaba de hecho. Así, el 7 de marzo de 1934, Batista le solicitó a Mendieta la suspensión de las garantías constitucionales. Cuba se convirtió en dominio desenfadado del ejército y no se hizo nada para crear un parlamento, celebrar elecciones y establecer un sistema constitucional. Siguieron también las represiones, los asesinatos y, por lo tanto, las huelgas.

Batista tenía que garantizar una buena zafra a los empresarios estadounidenses. Había que respetar el pacto que se había estipulado en el mes de mayo. Este nuevo vínculo entre los Estados Unidos y Cuba tomaba su nombre del Acta Jones-Cooligan e iba a determinar la política azucarera cubana durante los veinticinco años siguientes. Convertida en ley, preveía que el Secretario de Agricultura de los Estados Unidos calculara de antemano la cuota azucarera que ese país necesitaría cada año y luego se la impondría a la Isla. A pesar de la reducción en la producción, esta disposición sirvió, durante un breve período, para aumentar lo que en ese momento era un precio excesivamente bajo del azúcar. Desgraciadamente, esta realidad se viró en contra de la economía cubana por su imposibilidad de competir libremente en el mercado.

El 24 de agosto de ese mismo año, se firmó un nuevo compromiso para corregir el anterior. Pero para ello Cuba debía dar más concesiones importantes, entre ellas la reducción en los derechos de importación sobre una gran cantidad de mercancías norteamericanas; supresión o reducción del impuesto interno sobre un número específico de otros productos, por supuesto siempre procedentes de los Estados Unidos. Se concedió no incrementar sus propios derechos, ya existentes, sobre otros; no se crearían nuevas restricciones; no se impondrían sobre productos que ya gozaban de una reducción en sus tarifas. En la práctica, para remediar un error cometido a expensas de los cubanos, se les imponían nuevas medidas aún más duras para su ya precaria economía.

La decisión de derogar la Enmienda Platt pareció finalmente una novedad importante, pero no se eliminaba lo relacionado con la base de Guantánamo. Y eso sucedía nuevamente en mayo de 1934. Como hemos visto, la Isla se mantenía sólidamente en manos de la economía estadounidense.

Durante el mes de mayo también se reanudó el conflicto estudiantil. El gobierno de Mendieta-Batista se había consolidado con el uso de la fuerza y el consenso tácito de los Estados Unidos. Pero ninguno de los grupos políticos aceptaba al ejército como representante de la autoridad del Estado; y así los choques continuaban. En enero de 1935 hubo una nueva suspensión, por tres meses, de las garantías constitucionales. Se llegó así al choque final a través de una huelga general en el mes de marzo. La organización de la huelga no la tuvieron los movimientos políticos, que en su mayor parte la consideraban prematura, sino una nueva generación de estudiantes. Agrupados alrededor de un Comité universitario, lograron obtener el apoyo

inmediato de la Federación Obrera de La Habana y la Federación Sindical Regional de La Habana. A esa altura, también el Partido Comunista y la organización Joven Cuba, de Guiteras, decidieron apoyar la huelga, que comenzó el 6 de marzo y alcanzó su auge entre el 9 y el 10 de ese mes, cuando hasta varios periódicos decidieron apoyarla bloqueando sus propias publicaciones. Como siempre, fue el ejército el que se hizo cargo de la situación y reprimió la huelga. Se ilegalizaron inmediatamente los sindicatos que habían participado, Mendieta promulgó el estado de sitio, nuevamente se suspendieron las garantías constitucionales y los soldados ocuparon la Universidad. El protagonista absoluto de la represión en La Habana fue el coronel José Eleuterio Pedraza, que había sido nombrado por Batista gobernador militar de la ciudad y utilizó las fuerzas de la policía para cometer una verdadera carnicería. Unas doscientas personas fueron asesinadas.

El proceso revolucionario, iniciado con la lucha por la reforma universitaria, se cerró con la derrota en la huelga de marzo, cosa que ya era patente desde el día 14, y luego con el asesinato de Antonio Guiteras el siguiente 8 de mayo de 1935. Muchos de los que habían participado en el movimiento tuvieron que recurrir al exilio para huir de las represalias desencadenadas en los meses posteriores. Entre los que se fueron estaba Pablo de la Torriente Brau.

La lucha estudiantil en Cuba

El movimiento estudiantil cubano nació en el ámbito de la lucha por la reforma universitaria, desarrollada en prácticamente todos los países de América Latina. El movimiento reformista había surgido en Córdoba, el 10 de marzo de 1918, siempre bajo la inspiración de la revolución rusa de 1917 y del triunfo de la revolución mexicana. Habiendo atravesado Chile, Guatemala, Perú y Colombia, llegaba a Cuba, donde, hacia fines de 1922, el Rector de la Universidad de Buenos Aires exponía sus ideas de renovación a los jóvenes de la Universidad de La Habana. En dicho encuentro tomó la palabra un joven que con su oratoria inflamó los ánimos de los estudiantes, incitándolos a seguir el camino de la reforma al precio que fuera necesario, en contra de la incompetencia y la corrupción de muchos de sus docentes (y del gobierno incluido). Ese estudiante era Julio Antonio Mella (1903-1929), primer líder universitario que devino rápidamente figura política nacional de referencia. Fue primer secretario de la recién nacida Federación Estudiantil Universitaria; creador de la Universidad Popular para adultos José Martí; fundador de la Liga Antiimperialista contra la Enmienda Platt en la Constitución Cubana y contra toda forma de imperialismo; cofundador del Partido Comunista de Cuba junto con Carlos Baliño el 16 de agosto de 1925. Una de las más importantes metas de renovación era la necesidad de imponer un ordenamiento en el que podrían participar los estudiantes; otra era la posibilidad de sustituir a los docentes inadecuados, excesivamente vinculados a las oligarquías dominantes. Gracias al compromiso de jóvenes como Julio Antonio Mella, la propuesta se transformó en una toma de posición muy precisa expuesta en el manifiesto de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana, el 10 de enero de 1923, considerado el documento-programa de la reforma.

En octubre de ese año se celebraba el Primer Congreso Nacional Revolucionario Estudiantil, y fue elegido Mella como presidente. El punto focal del Congreso fue la Declaración de derechos y deberes del estudiante, presentada por el propio Mella y que representó un primer compromiso serio de los estudiantes en la lucha política. Como destaca Tulio Halperin Donghi, «[e]l movimiento por la reforma universitaria no se agota, por supuesto, en los Ateneos, sino que conduce a una politización permanente de los estudiantes, que [...] en más de un país se convertirán en los voceros de capas sociales aún silenciosas».¹³

Ello se debía a la ausencia de movimientos populares de masas. El objetivo, en realidad, radicaba también en la negación de toda forma de imperialismo, y se lanzaba contra la existencia de la Enmienda Platt. Habiéndose pronunciado a favor de las doctrinas marxistas — de un marxismo que privilegiaba el conocimiento de una realidad específica, inspirado en las Tesis sobre la cuestión colonial propuestas por Lenin y M. N. Roy al Segundo Congreso de la Tercera Internacional (1920)—¹⁴ para intervenir con una acción transformadora, la manifestación de sus ideas le sirvió a Mella para activar contactos con la Federación Obrera de

La Habana, que esperaba a su vez sacar alguna ventaja del naciente movimiento revolucionario, porque también en el mundo obrero hacían falta profundas reformas.

Con la asimilación de contenidos ideológicos procedentes de la Unión Soviética, el movimiento que favorecía la reforma universitaria podía superar, sin renegar de ellas, las antiguas ideas nacionalistas de inspiración martiana. El ejemplo de la revolución proletaria soviética y las tesis de Lenin presentaban un modelo para dirigir una lucha de liberación del yugo neocolonialista —o neoimperialista según la visión de Andre Gunder Frank—¹⁵ que abría una brecha en el mundo capitalista y le ofrecía al pueblo un papel de primer orden, autónomo, en el proceso revolucionario mundial. Como demuestra José Aricó en el ensayo *El marxismo latinoamericano en los años de la Tercera Internacional*,

[L]os años 20 estuvieron cargados de una densa atmósfera nacionalista y antimperialista, vieron surgir poderosas fuerzas políticas populares que agitaban nuevas banderas de independencia nacional, de lucha contra el imperialismo estadounidense y las oligarquías latifundistas. Fueron años de búsqueda de los elementos ideológicos y políticos que definían una identidad peculiar de América Latina.¹⁶

Los promotores ideales de las teorías marxistas y leninistas en territorio latinoamericano fueron, sobre todo, Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui, quien con sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), facilitaba un instrumento original de análisis materialista orientado hacia un desarrollo autónomo de un marxismo latinoamericano, que debía oponerse al de la oficialidad de la Tercera Internacional, propuesto precisamente ese mismo año y fundado en la nueva estrategia de la «lucha de clase contra clase». La contribución de estos dos grandes pensadores y políticos fue fundamental en ese momento histórico, porque, como escribe Fernando Martínez Heredia: «Mariátegui y Mella dieron el ejemplo histórico de mantener su autonomía militante frente a aquel grave error, ser marxistas de manera creadora e intentar una política revolucionaria viable para la liberación».¹⁷

¹³ Tulio Halperin Donghi, ob. cit., pp. 273-274.

¹⁴ José Aricó, «Il marxismo latinoamericano negli anni della III Internazionale», en *Storia del marxismo*, v. 3, t. 2, Turín, Einaudi, 1981, p. 1031.

¹⁵ Andre Gunder Frank, *Capitalismo e sottosviluppo in America Latina*, Turín, Einaudi, 1974. Según Frank, después de la Primera Guerra Mundial se había producido un salto de calidad en la gestión de los capitales que había conllevado la creación de grandes monopolios sobre una base internacional, y estos habían favorecido un desarrollo neoimperialista mediante nuevos instrumentos de inversión y financiamiento. Esto a despecho del concepto del neocolonialismo que, de hecho, entrará en crisis con la depresión de 1929, a favor del neoimperialismo, que goza todavía hoy de buena salud.

¹⁶ José Aricó, ob. cit., p. 1033.

¹⁷ Fernando Martínez Heredia, «Los dilemas de Mella», *Dos siglos de pensamiento de liberación cubana*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2003, pp. 71-72.

Las ideas socialistas eran conocidas en la Isla ya desde fines del siglo XIX, gracias a las contribuciones de Carlos Baliño y Diego Vicente Tejera, que las habían aprendido en los Estados Unidos. Pero sus evoluciones recientes, relacionadas con el convencimiento creciente de vivir en un Estado neocolonial, les habían irradiado una nueva luz, creando un trasfondo revolucionario que los estudiantes ahora abrazaban con entusiasmo.

Otro momento importante del Congreso Nacional Revolucionario Estudiantil fue la creación de la Universidad Popular José Martí, donde Mella y Rubén Martínez Villena, que ya se habían conocido durante la preparación de dicho Congreso, se volvieron a encontrar para impartir clases. En la Declaración de los Derechos y Deberes se leía que el primer deber de los estudiantes era «divulgar sus conocimientos entre la sociedad, principalmente entre el proletariado manual».¹⁸

A pesar de todo, la reforma universitaria se detuvo. Se nombró un nuevo rector: un representante de la contrarreforma, quien inauguró un período de fuerte corrupción y clientelismo dentro de la Universidad misma, favorecido por el entonces presidente de la República, Alfredo Zayas (1861-1934).

La situación no mejoró con la llegada al poder de Gerardo Machado. Mella había chocado inmediatamente con el nuevo patrón de Cuba, protestando violentamente por el retorno de docentes incapaces decretado por el presidente en persona. Esta actitud le costó ser detenido. Durante diecinueve días realizó una huelga de hambre que será recordada por Pablo de la Torriente Brau en un artículo publicado en el periódico *Ahora*, el 6 de enero de 1935, titulado «Mella, Rubén y Machado: un momento en la vida de tres protagonistas».¹⁹ Describe cuando Villena, en un encuentro con Machado e indignado por su actitud hacia Mella, lo nombró «asno con garras».

¹⁸ Erasmo Dumpierre, *Mella (esbozo biográfico)*, La Habana, Instituto del Libro, 1975.

¹⁹ Pablo de la Torriente Brau (a partir de ahora PTB), «Mella, Rubén y Machado» (*Ahora*, 6 de enero de 1935), en Raúl Roa, comp., *Pluma en ristre*, La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, p. 325.

Fue en 1927, cuando el intento de aprobación de la ley para prorrogar los poderes de Machado, que los estudiantes se movilizaron con fuerza. Primero manifestaron su oposición reuniéndose, el 30 de marzo, en el estadio universitario y chocando con las fuerzas del orden; luego dieron vida al Directorio Estudiantil Universitario Contra la Prórroga de Poderes (1927). A través de dicho órgano solicitaron la renuncia del Rector, doctor Fernández Abreu, y desencadenaron una lucha feroz que culminó con varios choques contra la policía y la suspensión de las clases.

La batalla contra el decreto de prórroga de los poderes se convirtió cada vez más en una oposición generalizada contra el dictador, que culminó en la jornada del 30 de septiembre de 1930. La Universidad fue inmediatamente clausurada como consecuencia de dicha manifestación, junto con la expulsión de 52 estudiantes y la detención de 300 profesores después de una manifestación de solidaridad. Esto, sin embargo, le dio un nuevo impulso al movimiento estudiantil, que se encontró ahora dividido en tres grupos: el Directorio Estudiantil de 1927, que se estaba disolviendo; el nuevo Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1930; y el Ala Izquierda Estudiantil (AIE), más radical y de inclinación marxista. Pablo de la Torriente Brau, herido en los choques de esa jornada, escribió:

Yo recuerdo momentos emocionantes de mi vida. [...] Porque mi vida ha sido libre [...] pero creo que ninguno puede ser más trascendental que el del 30 de septiembre [...] Entre todos estos fragmentos de aquel día [...] recuerdo la última sonrisa de Rafael Trejo como algo que fue a la par grato y doloroso, inefable y triste.²⁰

En su manifiesto, el AIE reconocía la hegemonía del proletariado en la lucha antimperialista y se incorporaba a ella; planteaba que para serle útil al pueblo, formado por obreros y campesinos, el movimiento estudiantil tenía necesariamente que alinearse en contra del imperialismo; criticaba al Directorio Estudiantil de 1930, por no ser antimperialista y no oponerse al sometimiento económico de Cuba a los Estados Unidos, sino solamente antimachadista.²¹ El propio Pablo de la Torriente expresaría en un artículo publicado en *Bohemia* el 14 de enero de 1934:

La otra parte, inexperta, con una evidentemente inferior preparación cultural, surgida a la lucha al calor de una crisis violenta que demandaba acción inmediata —siempre dentro del campo burgués— se inclinó [...] al lado derecho, surgiendo entonces el Directorio Estudiantil Universitario [...] De él, algunos miembros, [...] pasaron a la izquierda como quien escapa de un naufragio.²²

²⁰ PTB, «La última sonrisa de Rafael Trejo», *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 111.

²¹ Debemos dejar constancia de una posición distinta de Teté Casuso. Ella sostenía que dicha afirmación la habían hecho los miembros de la facción comunista del Ala Izquierda Estudiantil, que, aprovechándose de la encarcelación de prácticamente todos los miembros del AIE (enero de 1931), habían emitido un manifiesto a nombre de dicha Ala en el que se hacían acusaciones enormes contra los componentes del Directorio Estudiantil, para que no resultaran tan atractivos a los ojos de los estudiantes que no se habían definido todavía. El AIE habría nacido bajo el impulso del Partido Comunista que quería utilizarla para atraer jóvenes para sí mismo. Esta declaración de Casuso constituye una

acusación pública contra el PC, según ella siempre más centrado en su propio sectarismo. Véase Teté Casuso, *Cuba y Castro*, Buenos Aires, Plaza y Janés, 1963, pp. 138-139.

²² PTB, «La nueva actitud universitaria», *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 217.

Durante el mes de enero de 1931, muchos miembros de los grupos estudiantiles fueron encarcelados. Pablo fue enviado al Castillo del Príncipe.

La caída de Machado representó para el movimiento estudiantil el inicio de una nueva fase política. El nuevo presidente, Carlos Manuel de Céspedes, aupado por el embajador norteamericano Somner Welles, y mantenido por las fuerzas de la extrema derecha cubana, fue inmediatamente repudiado por el Directorio Estudiantil mediante un manifiesto del 22 de agosto de 1933, en el que se apelaba al pueblo y a los estudiantes para que lucharan por un gobierno provisional en el que participara el DEU.

Como se ha mencionado antes, el 4 de septiembre de 1933, el ejército, en manos de un grupo de sargentos conspiradores, destituyó a Céspedes. Presentándose rápidamente en el Campamento de Columbia,²³ los estudiantes del DEU lograron ponerse de acuerdo con los sargentos para entrar en el nuevo Ejecutivo. Ello fue posible porque Batista no tenía un programa bien definido y lo que los estudiantes le proponían era precisamente lo que necesitaba. Una vez llegados al poder, tuvieron un papel de primer plano, sobre todo para derrocar el gobierno transitorio de la Pentarquía a favor de uno reformista y más radical, encabezado por Ramón Grau San Martín. Pero menos de cuatro meses después, mediante un golpe de Estado, Fulgencio Batista puso a la cabeza del ejecutivo a un hombre *suyo*: Carlos Mendieta. Los estudiantes se vieron así excluidos nuevamente del poder y obligados a volver a las plazas para manifestar su oposición al nuevo dictador sanguinario.

²³ Campamento base del ejército cubano.

El gobierno Batista-Mendieta se caracterizaba por el inmovilismo y la sumisión al embajador norteamericano Jefferson Caffery. No programaba, no hablaba de elecciones y mucho menos de crear un sistema constitucional efectivo. En el país, todavía a la espera de reformas después de los acontecimientos de los años precedentes, se anidaban tensiones que más temprano que tarde explotarían nuevamente.

Así fue como en el mes de febrero se reanudaron las huelgas, que culminaron en el desfile pacífico del primero de mayo, disuelto brutalmente por las fuerzas del orden. La manifestación de protesta resultante, el 3 de mayo, que encontró de nuevo como protagonistas a los estudiantes, fue disuelta a tiros de fusil. Raúl Roa lo recuerda de la manera siguiente: «Cuando todavía el espíritu popular vibraba indignado por la masacre del Primero de mayo, en que la fuerza pública fusiló a quemarropa la manifestación proletaria [...] un nuevo hecho selvático sacude la isla».²⁴

El Ala Izquierda Estudiantil había convocado la manifestación frente al Instituto de La Habana. Duramente reprimida, el balance final de la jornada fue de un muerto, Antonio González; ocho heridos, y muchos detenidos. Habiendo tomado conciencia de que se encontraban frente a una dictadura potencialmente más despótica y arrogante que la de Machado, Roa sigue escribiendo: «Machado persiguió y torturó, asesinó [...] pero solo en sus postrimerías [...] se atrevió a ametrallar al pueblo en masa [...] Estamos en presencia de una tiranía más irresponsable y feroz que la de Gerardo Machado».²⁵

Pablo describió esa jornada en las páginas de *Ahora*, como un nuevo 30 de septiembre de 1930: «Toda la tarde de ayer el Instituto de La Habana se convirtió en un verdadero Verdún del estudiantado cubano. [...] Nuevos héroes han venido a aumentar la interminable lista [...] El 3 de mayo será de hoy en adelante el 30 de septiembre del Instituto de La Habana».²⁶

²⁴ Raúl Roa, *La revolución del 30 se fue a bolina*, La Habana, Instituto del Libro, 1969, p. 99.

²⁵ *Ibidem*, pp. 101-103.

²⁶ PTB, «El 3 de mayo, 30 de septiembre del Instituto de La Habana» (*Ahora*, 4 de mayo de 1934), *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 133.

Los viejos representantes de los estudiantes estaban ahora divididos, sobre todo entre el Ala Izquierda Estudiantil y la Izquierda Democrática, y se debatían en infinitas discusiones inútiles. A pesar de todo ello, lograron preparar una reforma universitaria, fruto del trabajo de una comisión mixta de estudiantes y profesores. Le siguió la concesión de la autonomía universitaria por parte del presidente Mendieta. Parecía una victoria. Y en el ámbito de la Universidad lo era en realidad. Sólo que una vez fuera de los muros académicos los estudiantes eran perseguidos sistemáticamente por la policía.

La situación volvió a inflamarse rápidamente. La Generación del 30, de la que también Pablo de la Torriente Brau había formado parte, estaba cediendo su papel de guía a una nueva generación de estudiantes universitarios. Estos co-protagonizaron la huelga general de marzo de 1935. Una vez frustrada esta, se necesitaron casi cinco lustros para que volviera a nacer un movimiento revolucionario entre el estudiantado.

Biografía de un intelectual revolucionario

Pablo Félix Alejandro Salvador de la Torriente Brau nace en San Juan, Puerto Rico, en la Calle O'Donell no. 6, el 12 de diciembre de 1901, en la misma casa en que se ubica la escuela Centro Docente de la Unión Iberoamericana, fundada y dirigida por su padre, Félix de la Torriente Garrido. Su madre, Graciela Brau Zuzuáregui, y su hermana Graciela componen el resto del núcleo familiar. Más tarde nacerán otras tres hermanas: Zoe, Lía y Ruth.

Con sólo tres años, Pablo realiza su primer viaje, va con su padre a Santander, España, a conocer a la abuela Genara Garrido, viuda desde poco antes, del ingeniero cubano Francisco de la Torriente Hernández. La estancia en España dura dos años. La familia vuelve a reunirse en La Habana, donde el padre es llamado para asumir el cargo de inspector pedagógico.

El pequeño Pablo comienza a frecuentar una escuela en la Quinta de los Molinos. Sin siquiera el tiempo necesario para encontrar la estabilidad, se ve obligado a viajar de nuevo, esta vez hacia Puerto Rico, a la casa del abuelo materno, Salvador Brau, un prestigioso patriota que elogia la figura de José Martí (1853-1895), y le regala *La edad de oro*, con la que el nieto aprende a leer y será una inspiración para su formación moral.

En 1906, por segunda vez en Puerto Rico, inicia su aprendizaje a la sombra del gran abuelo. Pero en esta ocasión su experiencia se ve detenida y, en 1909, vuelve a Cuba. Pero no a La Habana, sino a El Cristo, provincia de Oriente, donde el padre ejercería como maestro en la Escuela internacional, que el propio Pablo frecuenta y donde se sumerge en la lectura de las aventuras de Don Quijote y su escudero Sancho Panza.

Probablemente bajo la influencia de su abuelo Brau, que escribía libros; de su padre, que además de maestro era también periodista; de sus lecturas precoces de los textos ya citados, con solo nueve años publica su primer artículo periodístico en *El Ateneísta*, pequeño periódico de la escuela. En 1913 lo trasladan al Colegio Cuba, fundado por su padre en Santiago de Cuba. Los años de estudios secundarios en la escuela paterna concluyen con su traslado al Instituto de Santiago, en 1915.

En 1919, una nueva mudada. El padre vende la escuela por problemas económicos y vuelve finalmente a la capital. Pablo, ya con 18 años, decide abandonar los estudios —aunque más tarde conseguirá su diploma— para comenzar a trabajar. Además de los apuros familiares, siente que el mundo exterior se le escapa de las manos mientras a él lo obligan a asistir a unas clases aburridísimas. Esa sensación de que el tiempo no le alcanza en lo absoluto, posteriormente será una de sus recriminaciones más frecuentes en sus cartas desde el frente: «Es el tiempo material el que me falta».²⁷

En enero de 1920 consigue que el ingeniero José María Carbonell lo contrate para un proyecto relacionado con la instalación de un central azucarero en Sabanazo, provincia de Oriente. Allí conocerá a Teresa «Teté» Casuso, su futura esposa. Y de esa experiencia recogerá elementos para su cuento «Una aventura de Salgari», que verá la luz en 1930 en la colección de cuentos titulada *Batey*, en colaboración con su amigo Gonzalo Mazas Garbayo.²⁸ Será el único libro publicado en vida.

Pablo y Teresa se conocieron en casa de la familia de ella, durante ese trabajo en Sabanazo. La descripción que Pablo hace de ella, y que volvemos a encontrar en el cuento, es de «una chiquita fea, malcriada y antipática que se llamaba Teté»,²⁹ pero cambiará rápidamente de opinión al respecto; cuando se encuentran nuevamente unos cuatro años más tarde, Pablo quedará tan fascinado que le pedirá al padre permiso para casarse. Pero la muchacha sólo tenía doce años. ¿Cómo habrían podido los padres aceptar su propuesta? Aunque querían al joven, decidieron no concederle el permiso hasta que Teresa se graduara. Pero ante esta propuesta, Pablo respondió que si cuando ella cumpliera quince años no le permitían casarse con él... ¡la raptaría! Fue así como consiguió el permiso de los padres. Este episodio muestra la tenacidad y la fuerza de espíritu que Pablo invertía en las causas en que creía y para las cuales llegaría más tarde a dar su propia vida.

²⁷ PTB, *En España, peleando con los milicianos*, México, DF, Editorial Grijalbo, 1972, p. 79.

²⁸ PTB y Gonzalo Mazas Garbayo, *Batey*, La Habana, Cultural, 1930.

²⁹ PTB, *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 325.

Antes de volver a La Habana presenciará un acontecimiento que también llegó a formar parte del cuento mencionado y que lo sacudirá profundamente: el despedazamiento de un obrero por un caimán. Una vez de regreso a la capital, ese mismo año, comienza a colaborar con la revista *El Veterano* y con el diario *Nuevo Mundo*, donde se hace responsable de casi todos los cargos, desde el de redactor hasta el de distribuidor-repartidor.

En 1922 continúa en *Nuevo Mundo* como redactor de la página deportiva, y escribe sueltos y noticias de distinta índole. También comienza a redactar una biografía del general Emilio Núñez. Pero como no logra mantenerse con ese trabajo, intenta abrirse nuevos caminos y alcanza un cargo en un departamento del Ministerio de Hacienda con un estipendio óptimo para esa época: 170 pesos. Consigue mantenerse en el puesto sólo dos meses, pues se trata de un trabajo que carece de satisfacciones existenciales. Decide por ello participar en una convocatoria para ingresar en la Academia Naval. Logró superar una prueba tras otra, hasta el examen final. Le hicieron una pregunta gramatical sobre las palabras homófonas cenador y senador. Pablo, de una ironía viva y cortante, no logra sustraerse a la tentación de hacer una crítica política.³⁰ Su incapacidad para resistir una tentación de esa naturaleza provoca su exclusión inmediata de la convocatoria.

Al año siguiente, es contratado como taquígrafo en el gabinete de abogados Ortiz, Giménez Lanier, Barceló. Esta nueva experiencia resultará esencial para su formación, tanto por la oportunidad de trabajar con un personaje del nivel de Fernando Ortiz (1881-1969) como por la suerte de encontrar allí a otras personas como Rubén Martínez Villena (1899-1934), futuro secretario del Partido Comunista de Cuba. Durante ese mismo año, Martínez Villena comprenderá que no desea seguir la carrera de abogado y abandonará el gabinete, de manera que, en 1925, lo que había constituido su cargo —secretario personal del Dr. Ortiz— es asumido por Pablo. Más tarde, Ortiz volverá a llamar a Rubén para encargarle la redacción de un prólogo a una selección de sus discursos. En esa ocasión Pablo y Rubén Martínez Villena tuvieron la oportunidad de conocerse mejor y entablar una profunda amistad. Posiblemente se deba incluso a ese ambiente tan rico en estímulos intelectuales que Pablo decide comenzar a escribir seriamente. Y es sin dudas gracias a Martínez Villena que el 14 de julio de 1929 se publica su primer cuento, «El héroe»,³¹ en el *Diario de la Marina*. Y, siempre en dicho órgano, el poema «Motivos del viaje bajo la noche lunar».³²

³⁰ Responde correctamente sobre la diferencia entre «senador» y «cenador», pero agrega una nota comprometedor: «senador en Cuba es sinónimo de botellero».

³¹ Cuento recogido en *Batey*, ed. cit.

³² Publicado en *Diario de la Marina*, 24-02-1929, La Habana, n. 55, tercera sección, p. 2.

Pablo es también un apasionado de los deportes y miembro de la Real Academia de Football Interscholar del Club Atlético de Cuba, donde juega en la posición de *guard* o defensor, o como *tackle center*. Con este equipo viaja a Atlanta, en los Estados Unidos, para un encuentro con un equipo local. Precisamente en dicho club deportivo entra en contacto con Mazas Garbayo, con el cual escribirá *Batey*. La pasión por ese deporte y los eventos deportivos en general lo llevará a escribir «Las Olimpiadas centroamericanas»,³³ relato sumamente vivo y ya ejemplo de ese nuevo género periodístico llamado *New Journalism*, del que resulta precursor inconsciente, y que se conceptualizaría sólo a partir de los años 60. Todo ello, a pesar de que sus autores de referencia, por lo menos en sus años juveniles, fueran Emilio Salgari, Julio Verne, Alejandro Dumas, Mayne Reid, Víctor Hugo, José Martí y Edgar Allan Poe, todos expresión de las más diferentes modalidades literarias. Posiblemente gracias a tan disímiles influencias logra ir más allá, asomarse a la realidad de las cosas y reproducirlas con una mirada tanto crítica como irónica, pero también apasionada, sanguínea. Su forma de escribir se convierte en una interpretación de la vida misma. A la palabra se unirá muy pronto la acción, y de dicho encuentro se desencadenará su mejor producción: la periodística.

Llegamos así a 1930, año fundamental que marca los virajes más significativos en la vida de Pablo. El 19 de julio se casa con su amada Teté, todavía estudiante: «Fue una linda boda [...], en una ermita situada en lo alto de una colina [...] Tuvimos un gracioso departamento donde vivimos solo un mes [...] Al mes ya estábamos huyendo de la policía».³⁴

³³ Publicado en *Revista de La Habana*, a. 1, v. 2, La Habana, abril-junio de 1930.

³⁴ Teté Casuso, ob. cit., pp. 118-119.

Desgraciadamente, no eran años felices, ni desde el punto de vista económico ni del político. De hecho, desde 1925, el pueblo cubano había sido sometido a la dictadura sanguinaria de Gerardo Machado Morales (1873-1939). Había hundido la ya crítica situación del país e instaurado un período de fuertes choques sociales, como vimos en las anteriores páginas.

Sin lugar a dudas, también la existencia de Pablo sufrió durante dicho período un giro determinante. Había comenzado a interesarse activamente por la vida política de su país y logrado que le publicaran *Batey*, del que diseñó la carátula. Puede decirse que estaba concluido su recorrido hacia la maduración.

En septiembre de 1930 se integró a la lucha revolucionaria gracias a la intercesión de Martínez Villena, quien entre otras cosas, como nuevo secretario del Partido Comunista, había sido uno de los organizadores de la huelga de marzo. Martínez Villena había presentado a Pablo a otro gran personaje que entrará, por derecho propio, en la historia de Cuba: Raúl Roa (1907-1982). Futuro Ministro de Relaciones Exteriores de la Cuba revolucionaria, hacia fines de 1930 le daría vida al Ala Izquierda Estudiantil (AIE), movimiento del que también Pablo formaría parte. El grupo nacía de la insatisfacción ante la dirección de la lucha estudiantil por el DEU de 1930, al que consideraban no suficientemente revolucionario. El AIE resolvía esa necesidad. Siempre en primera línea contra el imperialismo y la dictadura, se expresaba mediante una terminología marxista. Muchos de sus miembros entrarían posteriormente en el Partido Comunista.

Los que pertenecían a esta generación fecunda —de la que formaron parte esencial los estudiantes—, autoproclamada Generación del 30, fueron los que sintieron la necesidad de recuperar los valores de la lucha de independencia de 1895 y del pensamiento martiano, además de la fusión con las ideas revolucionarias procedentes de todo el mundo. Fueron también la fuente que sirvió para darles nuevos contenidos a los emblemas de otra revolución, la que vendría en 1959.

Esa generación de intelectuales seguía los pasos del movimiento de reforma universitaria nacido en Córdoba, Argentina, en 1918, y llegado a Cuba en 1922 con la visita del Rector de la Universidad de Buenos Aires, el Dr. José Arce, el que a su encuentro con los estudiantes tuvo la oportunidad de divulgar sus ideas de renovación. Entre ellos, como hemos apuntado, se destacó Julio Antonio Mella. En uno de sus artículos publicado en 1934 en el periódico *Ahora*, Pablo habla de él con afecto y estimación profundos, describiéndolo de esta manera: «joven, guapo e

insolente, como un héroe homérico».³⁵ Desgraciadamente, nunca pudo conocerlo personalmente: tanto por el exilio forzado en México al que Mella había tenido que recurrir en enero de 1926 debido a la persecución a la que lo tenía sometido el dictador Machado —que alcanzará su objetivo mandándolo asesinar por sus sicarios el 10 de enero de 1929— como por haber iniciado Pablo su lucha política a más de un año de esa muerte, el 30 de septiembre de 1930. A esta fecha hay que prestarle una atención particular, pues marcará la verdadera toma de posición política de Pablo de la Torriente Brau, y será tanto más importante por cómo se desarrollará.

En el otoño de 1930 el movimiento estudiantil organizará, como hemos dicho, el Directorio Estudiantil Universitario (DEU) —del que se desprenderá posteriormente el AIE— para volver a la primera línea del combate contra el despotismo y apoyar así a las masas trabajadoras en su lucha. Fue exactamente en ese contexto que Pablo hizo su entrada en el escenario de la lucha. Según lo que recuerda Roa, «una noche apareció en el local un fornido mocetón de frente montuosa, voz profunda, sonrisa franca y ademán resuelto. Era Pablo de la Torriente Brau. Le impuse de nuestros empeños y planes. Los ojos le resplandecieron y se le estremeció la musculatura».³⁶

En la manifestación organizada por los estudiantes el 30 de septiembre de 1930 de los choques con las fuerzas represivas resultó muerto el estudiante Rafael Trejo. Junto a él fueron heridos el dirigente obrero Isidro Figueroa y el propio Pablo, que se había inscrito en la Universidad de La Habana para poder entrar en las filas del DEU. De ese episodio resultará un recuento amargo, pero al mismo tiempo irónico en el artículo titulado «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre de 1930»,³⁷ y un año después de los acontecimientos, en su recordación emotiva de Trejo, «La última sonrisa de Rafael Trejo»,³⁸ fallecido bajo los ojos de Pablo, que yacía al lado, en la cama de hospital.

³⁵ PTB, «Mella, Rubén y Machado», ed. cit., p. 118.

³⁶ Raúl Roa, *La revolución del 30...*, ed. cit., p. 143.

³⁷ PTB, «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre de 1930» (*Alma Mater*, 15 de octubre de 1930), en *El periodista Pablo. Crónicas y otros textos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989, p. 23.

³⁸ PTB, «La última sonrisa de Trejo» (*Ahora*, 30 de septiembre de 1934), *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 111.

El primero de los dos artículos citados resulta importante por dos razones: representa su primera declaración oficial de corte político y su primer trabajo periodístico publicado. Las páginas de *Alma Mater* acogieron sus palabras acusatorias. Entre otras cosas, el momento en que apareció ese artículo representó un viraje incluso para *Alma Mater*, pues el comité de redacción, en el que él mismo comenzaría a trabajar en mayo de 1931, decidió que, en vista de lo delicado del momento, la revista debía convertirse en semanario «de combate, hasta que se restablezca la normalidad y nos lo indique el Directorio Estudiantil Universitario, cuyas órdenes seguimos por ser este su órgano oficial»,³⁹ radicalizando así su posición antimachadista.

Fácilmente identificable como opositor, Pablo inicia su difícil vida de perseguido. Junto con Roa, escribe en el periódico *Línea*, órgano de difusión de las ideas del AIE, y continúa en el camino de la lucha, participando en encuentros secretos junto con otros compañeros. Es precisamente durante uno de estos que lo detienen la noche del 3 de enero de 1931, en la casa que el periodista Rafael Suárez Solís les había prestado para la ocasión. Es conducido a la cárcel del Castillo del Príncipe junto con otros miembros del Directorio Estudiantil Universitario que se habían citado allí. Trasladado a la cárcel de Nueva Gerona, tiene la oportunidad de escuchar de boca de los detenidos los primeros relatos sobre el terrible Presidio Modelo. En abril lo liberan. El relato de este período de encierro será publicado en doce partes, entre el 24 de abril y el 18 de mayo de 1931, en las páginas del diario *El Mundo*, bajo el título «105 días preso».⁴⁰

³⁹ *Alma Mater*, octubre de 1930, época III, n. XV. Tomado de *Alma Mater, la revista de Mella*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 59.

⁴⁰ PTB, «105 días preso» (*El Mundo*, 26 de abril-8 de mayo de 1931), *Pluma en ristre*, ed. cit.

Una vez fuera de la cárcel intenta huir de las atenciones de la policía escondiéndose en casa de amigos, pero sigue escribiendo artículos cortantes contra la dictadura. En uno de sus varios escondrijos, esta vez en casa de José Z. Tallet durante el mes de agosto, lo sorprenden con su fraternal amigo Roa y juntos son encarcelados nuevamente. Primero los detienen en penitenciarías de La Habana, luego los envían a la cárcel de Nueva Gerona, y sucesivamente, el 16 de septiembre de 1931, junto con otros 23 presos, los remiten al tristemente célebre Presidio Modelo en Isla de Pinos. Allí coincide con Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977), el único docente que había tenido el valor de apoyar a los estudiantes en su manifestación del 30 de septiembre de 1930. Pasará dos años en el Presidio, y para mantenerse activo, se ocupa en diversos frentes. En colaboración con su amigo Gabriel Barceló, traduce *Materialismo histórico* de Nikolai Bujarin; crea objetos de madera que envía a sus familiares, y mantiene una viva correspondencia casi diaria con su esposa.

Esta experiencia la relatará el propio Pablo, en forma de reportaje, en el periódico *Ahora* bajo el título «La isla de los 500 asesinatos»,⁴¹ serie de trece artículos que le servirá como estímulo y base para *Presidio Modelo*,⁴² texto en el que denunciará los horrores cometidos durante el odioso régimen carcelario cubano. Al igual que muchos otros escritos de Pablo, también esta obra será publicada póstumamente. En mayo de 1933, finalmente obtiene la libertad. Una amnistía para los presos políticos, que le ha sugerido a Machado el nuevo embajador estadounidense en Cuba, Benjamin Sumner Welles —recién nombrado por el novel presidente Franklyn D. Roosevelt— beneficia también a Pablo. Ha madurado la decisión de ir al exilio, de manera que junto con su esposa Teresa y Gabriel Barceló, embarcan en el *Cristoforo Colombo* con dirección a España. Pero el 21 de mayo, en una escala de la embarcación en Nueva York, apela a sus orígenes puertorriqueños y, después de una estancia en el centro de identificación en Ellis Island, consigue la visa para los Estados Unidos. Aquí continúa la lucha contra Machado, mediante la fundación del Club Julio Antonio Mella.

⁴¹ PTB, «La isla de los 500 asesinatos» (*Ahora*, 8 a 24 de enero de 1934), *Pluma en ristre*, ed. cit., pp. 191-312.

⁴² PTB, *Presidio Modelo*, La Habana, Ediciones La Memoria, 2000.

Regresa a la patria casi inmediatamente después de la caída de Machado, precisamente en los días del 4 de septiembre, como lo demuestra su artículo publicado al día siguiente en las páginas de *El Mundo*, «Ejecutado el traidor Soler después de juzgado por los mismos a quienes entregaba», sobre el juicio sumario organizado por los estudiantes contra José Soler Lezama, que había denunciado a la policía a su compañero Carlos Manuel Fuertes Blandino, asesinado por esta.

El 10 de octubre de 1933, entra en la cooperativa de periodistas que hacían el periódico *Ahora*.⁴³ Pablo experimenta una nueva etapa de su vida. Su activismo de combatiente de primera línea se inclina hacia un tipo de revolución menos física, pero igualmente importante: la suya será ahora una resistencia periodística. En las páginas del nuevo diario puede desahogar sus ansias de reportero. También puede explotar un permiso especial para consultar los archivos del Presidio Modelo, que en diciembre de 1933 ha conseguido del entonces Ministro de Gobernación, Antonio Guiteras Holmes. El material que encontró en dichos archivos le sirvió para publicar la ya citada serie «La isla de los 500 asesinatos», además de otros tres artículos, «Presidio Modelo otra vez», «Castells no ayudó a Machado», y «La justicia en Presidio», publicados en *Ahora* los días 24 de febrero, 24 de mayo y 29 de julio de 1934, respectivamente.

Una vez más, sin embargo, la situación política había cambiado y lo que parecía el final de una pesadilla resultó ser solamente un paréntesis antes de que se abriera un período igualmente negro. El 17 de enero de 1934, como se ha explicado, Batista había llevado a cabo un golpe de Estado. La lucha estudiantil se reanuda vigorosamente, como lo demuestra el propio Pablo en el artículo «El 3 de mayo, 30 de septiembre del Instituto de La Habana», ya comentado.

Mientras tanto, Pablo se había apasionado también por las nuevas temáticas que se iban asomando en el escenario literario y artístico cubano. Durante esos años se volvía a mirar hacia

los orígenes propios, hacia la tierra y sus pobladores: había un verdadero retorno a esa cultura nacional-popular. Pablo había decidido dirigir su mirada hacia la lucha de los campesinos de las montañas en la provincia de Oriente, sin trabajo hacía ya varios meses, y había transformado su experiencia entre ellos en un trabajo titulado «Tierra o sangre»,⁴⁴ publicado en *Ahora* entre el 16 y el 24 de noviembre de 1934.

⁴³ Colaborará asiduamente con este periódico desde el 8 de enero de 1934 (fecha de publicación del reportaje «La isla de los 500 asesinatos»), hasta el 26 de febrero de 1935.

⁴⁴ PTB, «Tierra o sangre», *El periodista Pablo...*, ed. cit., pp. 231-282.

También se encontraba, cada vez más, entregado a la lucha antibatistiana. El 2 de septiembre de 1935 había escrito un artículo acusatorio contra el teniente Powell —oficial del ejército prestado al cuerpo nacional de la policía— como reacción ante el asesinato de los estudiantes Rodolfo Rodríguez e Ivo Fernández Sánchez. En marzo de 1935, luego de la frustrada huelga general y la consiguiente contraofensiva reaccionaria por parte del gobierno cubano, también el teniente Powell buscará su venganza contra Pablo, obligándolo a buscar refugio por segunda vez en los Estados Unidos. En el mes de octubre, Pablo seguirá activo en ese país fundando y publicando el periódico *Frente Único*, de la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA). A pesar de sus reducidas dimensiones (14 cm x 11 cm), su publicación era un riesgo económico de una envergadura tal que para hacer frente a los gastos, Pablo y sus colaboradores se habían creado el Club José Martí, con el que obtenían algún dinero de los simpatizantes de la causa cubana. Pero, como destaca Víctor Casaus en el prólogo a la selección de textos periodísticos de Pablo, valía realmente la pena, puesto que «esos esfuerzos se traducían en una publicación audaz y combativa, moderna en su concepción periodística».⁴⁵

Durante este segundo exilio, escribe otros artículos y el 8 de junio de 1935, termina su reportaje más profundo, *Presidio Modelo*, sobre esa cárcel de Isla de Pinos. También resulta importante, sin embargo, el trabajo de archivo de la correspondencia que sostenía con amigos, parientes y colaboradores. Es precisamente a través de ella que podremos comprender cómo fue madurando en él la decisión de acudir a la guerra de España, y también, de manera más general, lo que era su pensamiento. Pues como le escribe Raúl Roa el 15 de enero de 1936, «mis cartas son las actas oficiales de mi pensamiento».⁴⁶

En el mes de junio de 1936 aparecen dos escritos importantes por distintos motivos: el día 13 de ese mes le envía a Roa una carta con el trabajo indudablemente más original, pero menos conocido, en el que había trabajado: «Álgebra y política».⁴⁷ El 21 de junio siguiente sale en *Bohemia* la crítica «Guajiros en Nueva York»,⁴⁸ sobre la muestra de arte cubano organizada en el French Institute alrededor de la obra de Antonio Gattorno. Dicha obra es un ejemplo del arte que se definirá más tarde como *social o nacional-popular*, de la que hablábamos antes y de la que el propio Pablo será representante a través de algunos de sus escritos. Los nuevos sujetos de esta corriente serán el negro, el campesino, el proletario. Gracias a dicha crítica, Pablo alcanzará un reconocimiento —lamentablemente de manera póstuma— con el Premio nacional cubano de periodismo Justo de Lara, edición de 1937.

⁴⁵ Víctor Casaus, «Prólogo» a *El periodista Pablo...*, ed. cit.

⁴⁶ PTB, *Cartas cruzadas* (selección, prólogo y notas de Víctor Casaus), La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 226.

⁴⁷ PTB, *Álgebra y política* (prólogo y notas de Ana Cairo), La Habana, Ediciones La Memoria, 2001.

⁴⁸ PTB, «Guajiros en Nueva York», *Bohemia*, a. 27, n. 25, La Habana, 21 de junio de 1936, p. 11 y sig.

Mientras intenta desesperadamente encontrar un editor dispuesto a publicarle *Presidio Modelo*, comienza a escribir una novela, *Aventuras del soldado desconocido cubano*.⁴⁹ Su proyecto, logrado a medias, era escribir una historia irónica sobre la participación cubana en la Primera Guerra Mundial, que, en realidad, fue solo virtual. De hecho, la declaración de guerra cubana se había producido al día siguiente de la norteamericana.

⁴⁹ PTB, *Aventuras del soldado desconocido cubano*, La Habana, Publicaciones del Gobierno Provincial Revolucionario de La Habana, Departamento de Cultura, 1968. También Ediciones La Memoria, 2000 [N. de la E.].

En la novela, el personaje es incorporado al ejército estadounidense y enviado a Francia, donde morirá. Pero no en el campo de batalla, sino en un hospital militar a causa de una epidemia de influenza. La narración se verá interrumpida, desgraciadamente, en el quinto capítulo, como resultado de un alistamiento, esta vez real. Porque, mientras tanto, el 18 de julio de 1936 había estallado la Guerra Civil Española, y después de haber preparado condiciones para poder participar en calidad de corresponsal de guerra, Pablo había logrado partir, dejando inconclusa, como lo nota justamente Raúl Roa en el Prefacio, una obra que hubiera podido entrar por derecho propio en la literatura antibélica a la que dieron celebridad autores como Henri Barbusse o Erich Maria Remarque.

Organizar el viaje para España no fue cosa sencilla. La parte más complicada fue encontrar el dinero necesario. Pero el entusiasmo y agitación que se leen en las cartas que envía desde Nueva York en el mes de agosto, muestran a un hombre que ya ha tomado una decisión definitiva y que nadie podrá convencer para que se quede. Su decisión es consciente. Sabe que tiene que irse no solo por el choque entre dos frentes ideológicamente contrapuestos, sino también porque: «La revolución cubana pende en estos momentos de la española [...] Sé que me juego en este viaje la oportunidad de ver a Cuba otra vez. Mas si triunfamos allá, entonces la veré con mayor claridad aún».⁵⁰

En sus palabras se lee, por lo tanto, el reconocimiento de la eventualidad de un no retorno, pero dicha posibilidad es superada por la conciencia política de un viraje que podría marcar favorablemente la vida de su propio país. He ahí el último giro de su vida, el fundamental, nada fácil y sin duda alguna no tomado con ligereza, sino que representa la acción revolucionaria definitiva. Después de haber luchado en La Habana; después de haber descrito con palabras de fuego y una ironía desbordante el estrago en su propio país, ahora la lucha se muda hacia otro frente, del que saldrá su obra más característica, bañada en tinta y sangre, escrita con la pluma y el fusil.

⁵⁰ PTB, «Carta a Raúl Roa, 10 de agosto de 1936», *Cartas cruzadas*, ed. cit., p. 417.

Consigue ser nombrado corresponsal para los periódicos *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano, y *New Masses*, revista estadounidense, y finalmente partir en el trasatlántico *Ile de France*. Una vez en Europa, primero pasa por Bruselas, donde asiste al Primer Congreso Universal por la Paz y luego va a París. El 20 de septiembre, una vez pasada la frontera entre Francia y España, llega a Barcelona y finalmente, la noche del 24 de septiembre de 1936, a Madrid. Ya había comenzado a escribir las primeras crónicas: «Des avions pour l'Espagne!» (10-09-1936), «Barcelona bajo el signo de la revolución» (20-09-36), y a recoger testimonios e impresiones.

Pero sentía que le faltaba algo. Después de haber pasado el mes de octubre entre Buitrago de Lozoya —un pueblo a unos 79 km de Madrid, centro de las operaciones militares en defensa del embalse que le suministraba agua a la capital— y la ciudad, desde donde enviaba su correspondencia, sentiría la necesidad de dar un nuevo paso. En carta fechada 15 de noviembre de 1936, escribía: «en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento».⁵¹

Pero no abandonará su misión. Aunque escribir se ha convertido en algo prácticamente imposible por el empeño necesario en un frente de guerra, logrará de todas maneras escribir cartas y un último artículo: «Campesino y sus hombres» (21-11-36).

⁵¹ PTB, *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 517.

Su última carta sería del 13 de diciembre de 1936. Unos días después, el 19 de diciembre, encuentra la muerte durante una acción cerca del pueblo de Majadahonda, al noroeste de Madrid. Su cuerpo fue recuperado sólo cuatro días más tarde y el anuncio de su muerte aparece

en las primeras páginas de los periódicos *Milicia Popular* y *Claridad*, órganos de prensa de las milicias populares, el 23 de diciembre de 1936. En Cuba, la noticia de su desaparición llega el 24 de diciembre a través de un cable de la Associated Press.

El cadáver de Pablo de la Torriente Brau fue enterrado en el cementerio de Chamartín de la Rosa, donde le confieren honores de Capitán de la Milicia, durante una ceremonia en la que el poeta Miguel Hernández declama su poema «Elegía segunda», compuesto en honor del compañero desaparecido.

Pero a menudo la historia reserva sorpresas tristes y ese cuerpo que debería haber descansado en paz y un día incluso volver a su amada Cuba, tuvo que sufrir la última y peor ofensa que se les pueda reservar a los difuntos. Con la victoria del general Franco, los cuerpos de los caídos de la República fueron desenterrados y tirados en masa a una fosa común en el cementerio de Montjuic, en Barcelona. Pensaban borrar así los nombres de todos los que habían muerto por una causa justa. Afortunadamente, la historia no está hecha sólo de tumbas donde verter lágrimas, y así Pablo de la Torriente Brau, al igual que muchos otros, seguirá viviendo en la memoria colectiva de Cuba. Se quedará para siempre entre nosotros gracias a sus páginas, a través de las cuales quedarán también todos los que él conoció, describió, entrevistó, en el transcurso de su breve, pero intensa, vida de periodista revolucionario.

El escritor

Cuadro cultural cubano

En América Latina, los primeros decenios del siglo XX se caracterizaron por una prosa en la que el artista evidenciaba y exaltaba las características locales típicamente americanas, en el intento de recuperar su propia identidad, en línea con las nuevas ideas políticas nacionalistas y antiimperialistas.¹ Recogían rasgos lingüísticos típicos de las distintas regiones mediante la imitación del léxico popular. Los personajes se insertaban en un contexto natural, en el que se destacaba fuertemente el vínculo entre el hombre y la tierra. Se trataba de alcanzar un reconocimiento del propio territorio; de manera que podríamos decir que la literatura de esos años expresaba una «aspiración social»² de fondo que contribuyó, con frecuencia, al debate político gracias a una especie de «impulso reformador»³ que se expresaba en las denuncias de las injusticias y los abusos de los pueblos y las minorías. No se trata, por lo tanto, de una simple descripción de la realidad. La novela regional adquirirá entonces, «una mayor expresividad, revelando tonalidades intensas, tramas fascinantes y profundos valores temáticos [...] se convierte también en novela de evocación poética de una realidad más profunda que la organización superficial del mundo perseguida por el espíritu racionalizador».⁴

¹ Véase José Aricó, ob. cit., p. 39.

² Saúl Yurkievich, «Lo spazio del riconoscimento», en Darío Puccini y Saúl Yurkievich, *Storia della civiltà letteraria ispanoamericana*, v. 2, (*L'ultimo ottocento e novecento*), Turín, UTET, 2000.

³ *Ibidem*.

⁴ F. Delprat, «Romanzo regionale o romanzo della terra», en Darío Puccini y Saúl Yurkievich, ob. cit., p. 144.

También en Cuba predominaron estas tendencias, que se ampliaron como reacción a la injerencia estadounidense que, de hecho, despojaba al pueblo cubano de sus derechos fundamentales y lo sometía económicamente. La orientación narrativa hacia temas relacionados con el ambiente natal propio vino sin dudas de la influencia de otros autores realistas hispanoamericanos, pero también de escritores rusos, como Gorki, y del naturalismo francés de Zola, por ejemplo. Las nuevas generaciones, crecidas entre las turbulencias socioeconómicas después de la Primera Guerra Mundial, le prestarían una atención especial a la política internacional y a menudo escribían obras marcadas por una tensión revolucionaria, situando en primer plano la explotación económica imperialista.

El servilismo machadista frente a la potencia norteamericana sirvió de estímulo para alcanzar una conciencia política frente a la situación interna del país. De manera que los asuntos vinculados con el elemento autóctono invadieron los cuentos cubanos de la época, exhibiendo temáticas como la discriminación racial, el servilismo imperialista, la indigencia de los obreros y los campesinos. Aparece así una literatura nacional que, permeada por la toma de conciencia política —nos encontramos en el período 1923-1933— desarrollará una tendencia nacional-popular.⁵ Entre los autores que expresaron por primera vez esta nueva actitud estuvieron Enrique Serpa y Carlos Montenegro, y también Luis Felipe Rodríguez y José Antonio Ramos, aunque cronológicamente estuvieran más insertados en la generación anterior. Particularmente en Rodríguez debemos reconocer al primer escritor que, con *La Pascua de la tierra natal* (1923), inició «la narración de genuino carácter cubano, afincada en la tierra y sus problemas, expresada en la lengua fuerte y pintoresca del pueblo»,⁶ gracias a la forma de tratar los personajes populares tomados del mundo del trabajo rural. Aun cuando, todavía vinculado con formas narrativas del siglo XIX, no será hasta *Ciénaga* (1937) que logrará expresar acertadamente el sentimiento nacional-popular.

Pero fue realmente Montenegro quien impuso la nueva narrativa, paralelamente con la reanudación de la lucha estudiantil y nacionalista. Su gran capacidad residió en describir personajes y acontecimientos con breves señalamientos, sacando a la luz situaciones duras, pero reales, y mostrándolas a través de un estilo realista innovador que ejercería una influencia en la narrativa posterior. Uno de los ejemplos emblemáticos de ello fue la colección de cuentos titulada *Dos barcos* (1934).

Como declara Francisco López Segrera, en esa etapa «se produce el triunfo definitivo de la cultura cubana nacionalista por encima de los valores antinacionales, como cultura nacional y sobre todo, como cultura nacional-popular».⁷ El nuevo papel político y social que marcó la literatura de este período, cuyo fin era provocar en el lector indignación y rebelión a través de la exposición de la cruda realidad, es motivo de reflexión para Ambrosio Fornet:

Ese nuevo prestigio de la palabra que traducía realidades concretas le dio al escrito una dignidad que no había tenido hasta entonces. Claro que fue una dignidad peligrosa: en lo adelante —sobre todo al iniciarse la lucha contra la dictadura de Machado— ya no se era solo buen o mal escritor, sino también juez y testigo, cómplice o revolucionario, inocente o culpable.⁸

⁵ *Nacional-popular* se entiende aquí en el sentido gramsciano, auspiciador de una cultura que debe radicarse en el pueblo y en sus tradiciones históricas más auténticas. Dicha tesis se adapta perfectamente a la cultura cubana que se iba reafirmando en esa época.

⁶ José Antonio Portuondo, *Cuentos cubanos*, México, DF, Editorial Leyenda, 1946, p. 9.

⁷ Francisco López Segrera, «Intelectuales, masas y cultura nacional-popular (1923-1940)», *Cuba, cultura y sociedad (1510-1985)*, La Habana, Letras Cubanas, 1989, p. 148.

⁸ Ambrosio Fornet, citado en Francisco López Segrera, ob. cit., p. 149.

Más tarde, en esa misma línea, también se expresaría Roberto Fernández Retamar, cuando hablando de la literatura de testimonio, valora la importancia del compromiso de esa nueva generación de escritores que utilizaron esa técnica, que era entre todas la que «más cerca se encuentra de esa “historia narrada por sus creadores” [...] de que Cuba conocería nuevos

ejemplos vigorosos en la década del 30 de este siglo [XX], sobre todo en la obra de Pablo de la Torriente [Brau].⁹ Así vemos que una vez evocada la literatura de compromiso, se menciona inmediatamente el nombre de Pablo como uno de los escritores que salieron a la luz en este período y que le aportaron a la nueva literatura cubana nacional-popular una de las mejores contribuciones, gracias a la utilización de un estilo innovador, fundado en un lenguaje de extracción popular orientado a acentuar el realismo de la narración al reducir la distancia entre autor y personajes. Además, en sus cuentos «se entremezcla la agilidad de un periodista, la afición por la aventura, un fresco lirismo que le brota casi inconscientemente, y un humor sano y fuerte que irrumpe con fuerza inusitada»,¹⁰ pero tocando también temas considerados desde siempre marginales e ignominiosos, como el problema de las cárceles, la degradación suburbana, las problemáticas relativas al trabajo obrero, la homosexualidad o la violencia sexual: «“la sodomía” es, en la cárcel, muerto o anestesiado el espíritu humano, la lóbrega animalidad puesta en acecho, y la lujuria —persistente relámpago de tigre— no perdona al cazador que la hace abandonar la presa...».¹¹

⁹ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Santafé de Bogotá, Caro y Cuervo, 1995, p. 185.

¹⁰ Salvador Bueno, «Cuentos cubanos del siglo XX», *De Merlín a Carpentier*, La Habana, UNEAC, 1977, pp. 153-171.

¹¹ Pablo de la Torriente Brau (en lo adelante PTB), «La noche de los muertos», *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 427.

Influencias culturales en la obra narrativa de PTB

La lucha política ya había conquistado a los intelectuales: como ya se ha dicho, a través de sus obras se alzaron como voceros de las injusticias sufridas por los sectores más débiles, los campesinos, los negros, y el proletariado en general. El primer medio utilizado por los escritores fue el cuento, seguido inmediatamente por la poesía.

También Pablo se insertó rápidamente en esta corriente, con la aspiración inicial de descubrir y describir lo que representaba el ser cubano. Hablando de su narrativa en comparación con las opciones periodística y ensayística —donde enfrentará la realidad mediante una perspectiva más declaradamente política— podríamos acercarla sobre todo a la obra de Carlos Montenegro, tanto por los temas tratados como por el estilo utilizado. Sergio Chaple, en una crítica descarnada, señalaba algunos de los rasgos estilísticos de Montenegro que encontraremos también en algunos de los textos de Pablo.¹² Entre estos, sin dudas, «El héroe»,¹³ «El viento sobre las tumbas»¹⁴ o «Asesinato en una casa de huéspedes».¹⁵ Todos pertenecientes a una fase en la que Pablo estaba elaborando su propio modelo de estilo nacional-popular, pero en el que todavía se perciben los influjos de cierta literatura europea, más cercana a un Maupassant que a un Zola, por ejemplo; donde la voz del autor se esconde detrás del personaje *autodiegetikos*¹⁶ —elemento típico en Pablo. Fue la suya una literatura realista con facetas incluso de humor negro, en la que probablemente había tenido un papel determinante el conocimiento de Martínez Villena. Como escribió Virgilio Piñera en 1961 —citado por Fernández Retamar en su nota final a *Rubén Martínez Villena*—, el cuento «En automóvil» de Martínez Villena «se emparenta con grandes narraciones como [...] *El Heresiarca* y *Cia.* (Apollinaire) [...] y, por qué no, con Poe».¹⁷ Y, agregaríamos, los cuentos ya citados de Pablo se emparentan exactamente tanto con «En automóvil» como con *El Heresiarca*, y luego veremos que también con Poe. Todo lo cual no es de sorprender porque, además de que estos autores eran referencia común en la literatura cubana, en los años en que Pablo producía sus primeros textos, como vimos en el primer capítulo, tuvo la ocasión de frecuentar muy a menudo a Rubén Martínez Villena en el estudio de Fernando Ortiz, y se convirtió en su amigo fraternal. Al respecto escribió: «En la azotea del bufete Ortiz, Giménez Lanier, Barceló, donde yo trabajaba y él había trabajado, cuando terminaban las labores de oficina, jugábamos a la pelota y nos divertíamos como dos “mataperros” [...] Rubén, en unos días escasos, fue íntimo amigo mío».¹⁸ Esa amistad fue fundamental, incluso, para la publicación de su primer cuento: «El héroe» (1925).

Quisiera insistir un poco en la importancia de la experiencia de nuestro autor en el estudio de Fernando Ortiz, porque fue el propio ilustre estudioso, con su *Hampa afro-cubana* (1906), quien hizo una contribución fundamental a la nueva percepción de la realidad cubana y, por lo tanto, el que sentó las bases de la naciente temática regionalista. Como dice Thomas, «entre los intelectuales y los escritores había ya, en 1920, una tendencia a identificar a la Cuba real con los negros, con los esclavos de la industria azucarera, sobre todo después de la contribución negra al ritmo, al baile y en general al folklore cubano».¹⁹

¹² Francisco López Segrera, ob. cit., p. 169.

¹³ PTB, *Pluma en ristre*, ed. cit., pp. 317-319.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 373-381.

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 391-396.

¹⁶ En *Le Horla*, Guy de Maupassant, mediante la decisión de utilizar el personaje autodiegético —confirmada en la preferencia concedida a la segunda versión del cuento (1887), cuando la primera (1886) estaba en tercera persona— nos muestra su evolución de una redacción impersonal a una personal, anunciándonos una inclinación en su relación con el naturalismo. Véase Guy de Maupassant, *El Horla y otros cuentos fantásticos*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

¹⁷ Roberto Fernández Retamar, Nota final a *Órbita de Rubén Martínez Villena*, La Habana, UNEAC, 1972, p. 232.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 39.

¹⁹ Hugh Thomas, ob. cit., p. 788.

Parece razonable suponer que también esto influyó en la formación intelectual de Pablo, impregnada de regionalismo y realismo. Veamos, por ejemplo, «¡Nosotros solos!», cuento en el que se respira el aire pesado del trabajo proletario, el olor de los obreros empapados de sudor y sangre, a través de los cuales se nos muestra otro problema de la época: la presencia de trabajadores extranjeros —a menudo españoles y haitianos— explotados como braceros en trabajos pesados y mal pagados por los latifundistas estadounidenses, que los utilizaban para mantener el bajo costo del trabajo en la Isla:

Bien temprano, los guerreros del trabajo, con los picos y las mandarrias [...] se encontraron doblados sobre el fulgor de los raíles colocando polines. Era un enjambre de hombres poderosos. Representación de varios pueblos y un solo vigor. Entre la treintena, muchos eran gallegos de ojos azules y pelo rubio; pero había también algunos que revelaban ser levantinos a juzgar por la tiniebla de los ojos y la noche tempestuosa de la cabellera; y mezclado con los mármoles sucios de los obreros blancos, como alegorías de un momento, aquí y allá, se veía el torso bronceado de algún que otro negro o mulato desafiando impasible los rayos del sol, al aire la musculatura sudada y magnífica.²⁰

A nivel estilístico, sobre todo en los primeros textos, influyeron en Pablo también las lecturas de su juventud. Se encuentran reclamos frecuentes sobre escritores como Emilio Salgari, con cuya figura siempre se sintió fascinado —«Salgari se había matado colocándose una bomba en el vientre abierto. Murió, pues, como un héroe de él mismo y esto le añadía un profundo interés humano»²¹— y de quien seguramente heredó los acentos coloreados y fantasiosos de algunos cuentos, además de cierta vena aventurera, por la que a menudo hacía chocar sus personajes con las fuerzas de la naturaleza, como sucede en «Una aventura de Salgari»:

Ramón [...] alargó desesperadamente el brazo y enterró los dedos en mi muñeca... Gritaba lleno de espanto inenarrable, con una voz que hacía temblar a todas las hojas de los árboles del monte, y mientras mis huesos se astillaban, sin poder desprendérmelo, y sin poder rescatarlo, impotentes también, gritaban desde lo alto todos mis amigos [...] El caimán se lo comió vivo, mirándome a los ojos, acercándose a mí, salpicándome a la cara, agua, fango, sangre y peste, desesperado, aullando...²²

Pero también durante una fase más madura como la vinculada con la experiencia de la cárcel, podremos reconocer importantes ascendencias literarias. En cuentos como «La noche de los muertos»,²³ o «El cofre de granadillo»,²⁴ por ejemplo, no tenemos ninguna dificultad en detectar rasgos de Edgar Allan Poe —que de todas formas ya había demostrado haber leído²⁵— atribuibles a una tensión derivada del ambiente de misterio que Pablo logra expresar. Veamos, en este sentido, un extracto de «El cofre de granadillo»:

²⁰ PTB, «¡Nosotros solos!», *Cuentos completos*, La Habana, Ediciones La Memoria, 1998, pp. 64-69.

²¹ PTB, «Reivindicación de Emilio Salgari» (*El Mundo* 5-11-1952), *El periodista Pablo*, ed. cit.

²² PTB, «Una aventura de Salgari», *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 336.

²³ PTB, «La noche de los muertos», *Cuentos completos*, ed. cit.

²⁴ PTB, «El cofre de granadillo», *Cuentos completos*, ed. cit.

²⁵ PTB, «105 días preso», y «Edgar Allan Poe, el extranjero», *Pluma en ristre*, ed. cit., pp. 4-43 y 449-456.

Yo me había puesto a trabajar en un cofre de granadillo.²⁶ [...] Cuando ya estaba casi listo, faltándole solo la tapa, un empleado del pabellón del hospital en el que estábamos los presos políticos [...] me dijo: —Caramba, yo le daría a usted un pedazo de madera que tengo. [...] Al día siguiente, si me lo trajo y era de verdad un asombro aquel trozo de madera. Solo le habían pasado una lija baja y revelaba, con una perfección que tenía algo de misterioso, la cara de un chino. Mas una cara en la que había tal aire de malevolencia, que al mirarla no se podía dejar de sentir cierta sensación como de retirar la vista [...] — Mire —me dijo mi amigo preso— esta tabla la tengo yo desde hace algún tiempo [...] había un loco que no permitía que nadie más que yo entrara en su celda. Era un hombre tranquilo [...] sólo cuando le entraba la tristeza se ponía pesado y entonces no hacía más que hablar de Li. Fue entonces que yo conocí la tabla esa, que él siempre llevaba escondida. [...] El un día me dijo bajito: «¿Cómo es que no te acuerdas [...] de aquella noche cuando ahorcamos a Li, el chino [...]? ¿No te acuerdas de cómo se movía en el palo? [...] Yo lo estoy viendo aún, pataleando en el aire, sin poder gritar, con la cara espantada [...] Yo no sé lo que me pasó. Me parecía verlo colgando del patio bamboleante y espantable [...] Se me hizo insoportable el árbol aquel. Además, tenía miedo. Los chinos habían dicho que en el mismo árbol iban a ahorcar al asesino. Esa gente mete miedo. Entonces decidí que lo tumbaran, que lo aserraran y me trajeran las tablas [...] Eso fue lo que me perdió. Porque Li estaba dentro del árbol. Se había quedado. Cuando me trajeron las tablas, cuando lo vi retratado en una de ellas, me dio un arrebató horrible. Huí por las calles del pueblo, dando gritos espantosos.²⁷

Sin dudas, en Pablo falta el elemento perturbador de la acepción freudiana y que encontramos en cuentos de Poe como «William Wilson».²⁸ En el mejor de los casos, la sensación de desasosiego al que se somete el personaje en cuentos como el que acabamos de ver procede de una manipulación, por parte del autor, de lo que se define como una falta de seguridad intelectual, básica del concepto *perturbador* según la tesis de Jentsch: «el elemento perturbador procede de la duda de que un ser aparentemente animado esté efectivamente vivo; y por el contrario, es decir, que un objeto sin vida esté de alguna manera animado»,²⁹ que sería nuestro caso.

²⁶ Se trata de un tipo de madera preciosa cubana.

²⁷ PTB, «El cofre de granadillo», ed. cit., pp. 165-169.

²⁸ Edgar A. Poe, «William Wilson» (1839), *Racconto del mistero*, Milán, Bur-Rizzoli, 1999.

²⁹ Sigmund Freud, *Lo siniestro*, Barcelona, José J. De Olañeta Editor, 1979.

La pregunta que roza al protagonista es: ¿será realmente del chino Li la imagen en la tablita? Pero su posición en relación con lo incognoscible se nos revela al final, cuando desdramatiza el tono de la narración proponiéndonos una visión racional que, de hecho, desmonta la orientación siniestra del cuento. Y el procedimiento es el que siempre preferirá, mostrándonos su posición firmemente racional e irónica ante la vida. Y lo veremos sobre todo en una novela como *Aventuras del soldado desconocido cubano* (1936),³⁰ donde explota el elemento paranormal —el encuentro con el fantasma de un soldado cubano que, por equivocación, habían enviado a combatir en la Primera Guerra Mundial junto con el ejército estadounidense— para tratar de manera grotesca y satírica el tema de la estupidez de la guerra y del sacrificio de millones de vidas humanas a nombre de un patriotismo falso.

También hay que tener presente que no será esta la única posibilidad interpretativa de sus textos, ya que los recorridos narrativos que emprendió, como hemos podido comprobar, fueron sumamente variados. De hecho, en su estilo ejercieron influencia no solo elementos procedentes del ámbito exclusivamente literario. Otro componente, que se desarrolló particularmente en esos años le ofreció estímulos que se mostrarían en su forma de escribir —lo veremos también en la correspondencia desde España³¹— haciéndola moderna y, en cierto sentido, vanguardista.

Estamos hablando del cine. Con la llegada del cine sonoro —a partir del filme *El cantante de jazz* (1927) de Alan Crosland— este nuevo arte se amplió cada vez más, llegando incluso a ejercer una influencia en otros ambientes artísticos. En Pablo veremos la aplicación de modelos cinematográficos a la literatura, en particular en los cuentos «Las pupilas»³² y «Las Olimpiadas centro-americanas»,³³ donde el desarrollo de la acción se cuenta casi con fotogramas. Como destaca Denia García Ronda en relación con *Presidio Modelo*, «la innegable influencia del cine en la obra de Pablo cobra [...] una función explícita: las imágenes son más eficaces que las palabras para presentar los horrores de la vida en prisión».³⁴ Y es el propio Pablo el que nos introduce esta nueva óptica —o mejor deberíamos llamarla visión— literario-cinematográfica, en la introducción al capítulo XLVI, de *Presidio Modelo*: «quiero que el lector venga ahora conmigo al cine: que me lea con los ojos cerrados... con la imaginación dispuesta a esta tiniebla roja, propia para el salón de proyecciones... ¡La función va a comenzar!...».³⁵

³⁰ PTB, *Aventuras del soldado desconocido cubano*, ed. cit.

³¹ Véase el Capítulo 4 del presente texto.

³² PTB, *Presidio Modelo*, ed. cit., pp. 413-415.

³³ PTB, «Las Olimpiadas centro americanas», *Pluma en ristre*, ed. cit., pp. 397-408.

³⁴ Denia García Ronda, Prólogo a PTB, *Cuentos completos*, ed. cit., p. 32.

³⁵ PTB, *Presidio Modelo*, ed. cit., p. 412.

Veamos un ejemplo concreto de ello en el texto siguiente, extraído del ya mencionado cuento «Las pupilas»:

Charcas de fango negro, cubiertas a trechos por costras de lamas verdosas, fermento de las pudriciones... Palmas jatas, urdimbre de las yanás, pujanza espléndida y verdecida de los manglares... ¡A lo lejos, un guanabá gris desliza su velo majestuoso!...

Comienza a oírse un rumor creciente. De vez en cuando, gritos indescifrables también se escuchan... ¡Se ve avanzar la fila!... Es un plaf plaf precipitado, casi de fuga, el que traen los hombres saltando sobre el lodo tembloroso y traidor...³⁶

³⁶ *Ibíd.*, p. 413.

Pero Pablo, sin abandonar la narrativa —como lo demuestra *Aventuras del soldado desconocido*, escrita durante su exilio en Nueva York en 1936— practica formas de reportaje periodístico y ensayo, con los cuales expresar sus propias tensiones interiores, provocadas por la percepción de una realidad depauperada de desgobierno y decadencia. Superó el periodismo al uso gracias a la búsqueda de una forma expresiva más en consonancia con las circunstancias, mediante la cual se ubicó en posiciones revolucionarias, dándole vida a esa literatura de compromiso que lo identificaría siempre.

Periodista y revolucionario

En la actividad periodística, Pablo expresó toda su vitalidad. Ejerció la profesión con dinamismo y exuberancia, tratando, al mismo tiempo, de ser siempre riguroso, sin dejar de expresar sus propias posiciones. Fue una opción consciente, dictada por la urgencia del momento para demostrarle a la opinión pública la corrupción y entreguismo del gobierno cubano y las expoliaciones del vecino estadounidense. Fue un periodismo de oposición, sin dudas, pero no se limitó solo a condenar el sistema. Se hizo también vocero de las minorías, de esa parte del pueblo siempre abandonada a sí misma y sobre la que recaían mayormente las desgracias económicas de la Isla. Representó la voz de los campesinos, los presos y los estudiantes. Compartió sus experiencias, viviendo junto con ellos voluntariamente, como lo hizo con los estudiantes cuando la protesta reportada en «El 3 de mayo, 30 de septiembre del Instituto de La Habana»,³⁷ o con los campesinos de la provincia de Oriente relatada en el reportaje «Tierra o sangre»;³⁸ o bien cohabitando forzosamente como resultado de las varias detenciones políticas sufridas y contadas en «105 días preso», y «La isla de los 500 asesinatos». Esta manera de recopilar informaciones pasando un período en contacto estrecho con la realidad

interesada será uno de los métodos desarrollados por el *New Journalism* teorizado por Tom Wolfe en 1972.³⁹ Como veremos en el último capítulo, Pablo fue un hábil precursor de las normas de esta nueva metodología periodística que privilegiaba una escritura más cercana a la novela que al simple planteamiento de los hechos y de la que anticipó el uso —como señala Miriam Rodríguez Betancourt— de elementos como: «onomatopeyas e interjecciones: disloque y profusión de signos de puntuación [...] y abundante empleo de epígrafes para causar transiciones ínter párrafos y separar escenas, todos recursos característicos o actualizados de aquella nueva escuela».⁴⁰

³⁷ PTB, «El 3 de mayo...», ed. cit., pp. 22-29.

³⁸ PTB, «Tierra o sangre», ed. cit., pp. 231-282.

³⁹ Hay un ensayo publicado en *The New York Times*, en febrero de 1972, bajo el título de «The Birth of “The New Journalism”»; Eye Witness Report by Tom Wolfe». Para este trabajo nos hemos basado en la traducción española, Tom Wolfe, *El nuevo periodismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976.

⁴⁰ Miriam Rodríguez Betancourt, «Indagaciones en torno al periodismo precursor de PTB», en Elizabet Rodríguez, comp., *Para ver las cosas extraordinarias*, La Habana, Ediciones La Memoria, 2006.

El presupuesto de base del *New Journalism* era utilizar las técnicas narrativas de la literatura para contar hechos de crónica y actualidad a través de la forma del reportaje, que en esos años se estaba afianzando cada vez más. Ofrecía una lectura más dinámica y apasionante de los acontecimientos, donde imperaba la subjetividad profanadora del autor y su rebelión frente a toda regla expresiva predefinida. Wolfe reconoció cuatro principios para que un reportaje entrara en la categoría de *New Journalism*: acontecimientos narrados en secuencia, escena por escena; transcripción de los diálogos integrales de entrevistas o simples intercambios de palabras; variación del narrador o del punto de vista mediante el uso de la tercera persona; presentación exhaustiva de la vida y/o de las obras de los personajes en cuestión. Podemos afirmar con convicción que Pablo fue un digno predecesor de este estilo, explorando anticipadamente el ambiente del reportaje, al que aplicó un lenguaje que tomaba algunos de los rasgos ya mostrados en sus cuentos. Sin embargo, si Wolfe planteaba que el periodismo era para muchos sólo una actividad temporal, un primer paso para acumular experiencias destinadas a alcanzar el verdadero objetivo, que era escribir una novela, en nuestro autor podemos observar un recorrido contrario. Procedía del mundo de la literatura y, sin renunciar a ella, había optado conscientemente por el de la prensa para alcanzar, como ya lo hemos dicho, objetivos distintos, pero complementarios. Aspiraba a cambios políticos en su país y, para que se hicieran realidad, se había dedicado a la denuncia mediante una forma de escribir comprometida, revolucionaria. Recordemos, por ejemplo, su «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre de 1930», en el que, aún frescas las heridas de la manifestación estudiantil, escribió un ataque contra los llamados «hermanos lobos»: ⁴¹ los policías que habían disparado contra las masas:

Hermanos Lobos: [...] Nosotros, exclusivamente por nuestra cuenta, odiamos la tiranía, odiamos la desvergüenza, odiamos el asesinato, odiamos el latrocinio. Por eso, protestamos [...] Nosotros, Hermanos Lobos, pensábamos reunirnos en el Patio de los Laureles y allí, en uso de un derecho casi prehistórico, decir nuestra indignación [...] Pero no pudo ser. Fue un maravilloso espectáculo de virilidad y de esperanza para Cuba, el ver cómo, Hermanos Lobos, a pesar de todo [...] nosotros, un pequeño grupo, fuimos capaces de obligarlos a ustedes a que asesinasen a Felo Trejo de una manera refinadamente cobarde.⁴²

⁴¹ Se trata de una expresión de San Francisco de Asís en el poema «Los motivos del lobo», de Rubén Darío.

⁴² PTB, «Informe oficial...», ed. cit., pp. 1-2.

Un artículo que representaba el recuento de esa jornada, un desahogo presentado en forma de carta, caracterizado por una ironía refinadísima, aún más sorprendente si recordamos que lo escribió alguien que había salido vivo por milagro de dicha manifestación, y allí había perdido a un amigo. La grandeza del Pablo periodista reside toda aquí, en saber mantenerse frío y lúcido frente al texto, y lograr en todos los casos expresar toda su pasión a través del sabio uso de las

palabras y del arma que le era más afín: la ironía. Pero lo que resulta realmente impresionante es que no había seguido nunca clases de periodismo, no conocía ninguna técnica específica y, por lo contrario, creó su propio estilo. Como destaca Rodríguez Betancourt en la intervención ya citada, durante el encuentro celebrado con motivo de los cien años del nacimiento de Pablo, «es evidente que Pablo siempre intuyó que el periodista era un usuario legítimo de los métodos más diversos para documentar la realidad, hoy por hoy recomendación normativa de la profesión».⁴³ Quisiera agregar a estos planteamientos las palabras de un conocido periodista —en este caso un italiano, Gianni Clerici— que desde las páginas de *La Repubblica*, en las que comenta en estos días el prestigioso campeonato de Wimbledon, escribe:

Si yo hubiera estudiado en una escuela regular de periodismo, les hubiera dado un lugar destacado a las [declaraciones] de Flavia Pennetta, que una vez llegada al cuarto turno, se prepara para convertirse en la Número Uno de Italia, si derrota a la Pierce. Pero por suerte, en mi época las escuelas de periodismo no existían.⁴⁴

En este texto encontramos una confesión —comprobada con el contenido general del artículo que hemos mencionado, en la que el autor prefiere el recuento de las sensaciones de una joven tenista italiana (Roberta Vinci) antes y después de la derrota— que resulta ser también la explicación del periodismo de Pablo. Igual que Clerici, aunque careciera de una educación específica, desarrolló una forma estilística que prefería el recuento del ambiente general y de las emociones privadas de los personajes encontrados, frente a un simple recuento de los acontecimientos. Una innovación que no le había dictado para nada ninguna escuela de pensamiento.⁴⁵

A lo mejor, sin embargo, no fue totalmente un autodidacta. Algunas nociones habría podido asimilarlas —para desarrollarlas luego de una manera totalmente autónoma— de un curso publicado en nueve números del periódico del Partido Comunista mexicano *El Machete* —precisamente del que conseguirá el encargo para ir a España—, aparecidos entre junio y agosto de 1927.⁴⁶ La idea y la autoría del ciclo de lecciones habían sido de Julio Antonio Mella, verdadero punto de referencia política y cultural para los revolucionarios cubanos, en la época de su exilio en México. El propósito, auspiciado por el propio Mella en una breve presentación, era el de «convertir a cada camarada en un corresponsal que no tenga nada que envidiar a los corresponsales de la prensa diaria burguesa» y para lograr todo esto estaba decidido a volver a proponer en las páginas de *El Machete* «todos los secretos del periodismo, todas las recomendaciones, toda la experiencia de los corresponsales de otros diarios del mundo».⁴⁷ No es, por lo tanto, demasiado improbable que Pablo hubiera podido aprender inicialmente algunas de las principales leyes del periodismo en dichas lecciones, en las que se llegaba incluso a recordar que «la brevedad es una virtud fundamental», o que «cada artículo, información o crónica debe tener una sola idea central [...] Nada, fuera de lo necesario para explicar la idea central, ocupará su lugar».⁴⁸

⁴³ Miriam Rodríguez Betancourt, ob. cit.

⁴⁴ Gianni Clerici, «Vinci, confessioni di una sconfitta», *La Repubblica*, Roma, 26 de junio de 2005, p. 57.

⁴⁵ Al igual que el periodista italiano, también Pablo se había ocupado de crónicas deportivas y, como él, había sido deportista.

⁴⁶ Julio A. Mella, «Cursillo para corresponsales» (*El Machete*, nn. 67 a 73, 76, 77, México, DF, junio-agosto de 1927), en Mercedes Santos Moray, *Marxistas de América*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1985, p. 52.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 52.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 53.

Los grandes reportajes: Presidio Modelo

Entre los grandes reportajes escritos por Pablo durante su carrera periodística, hay algunos que consideramos fundamentales, bien por ser cualitativamente interesantes, bien experiencias formativas para su profesionalismo.

Es posible que los reportajes con los que se sintió más vinculado emotivamente fueran «105 días preso» y «La isla de los 500 asesinatos», en los que reportaba las experiencias de la cárcel,

vividas como preso político y que, sobre todo el segundo, servirían de base para la creación de su texto más completo y cuidadoso sobre el universo carcelario: *Presidio Modelo*.

«105 días preso» nos interesa más que por la calidad intrínseca, porque fue el primer reportaje que le publicaron en un importante periódico cubano, *El Mundo*, entre el 26 de abril y el 8 de mayo de 1931 —por lo tanto, inmediatamente después de su liberación. Se trata de la descripción de una redada que la policía de La Habana llevó a cabo la noche del 3 de enero de 1931, en la que Pablo se vio involucrado, y fue detenido. Así inicia la primera experiencia carcelaria, compartida con los compañeros de lucha y caracterizada por vivas protestas, asambleas y huelgas de hambre:

Entonces otro compañero [el mismo Pablo] propuso algo tan grave como el que se declarara la huelga de hambre y esta proposición, en el calor del momento, fue aceptada por todos [...] El día siguiente amaneció lleno de bostezos homéricos. Pero ya las pupilas de Jesús Menocal estaban dilatándose [...] Sin embargo, ya muchos empezábamos a sentirnos bien al haber pasado sin contratiempos las primeras 24 horas. Pero Menocalito seguía poniéndose mal [...] Se pidió el médico y a las tres de la tarde vino [...] [dijo que] lo encontraba muy mal y que si persistía en la huelga de alimentos se moría sin remedio y pronto [...] en un intento que hizo por levantarse le dio un síncope y cayó al suelo, pálido como una cuartilla de papel viejo. Fue un momento de verdadera conmoción y todos nos agrupamos alrededor de la colombina en que respiraba rápida y pequeñamente.⁴⁹

⁴⁹ PTB, «105 días preso», ed. cit., pp. 10 y 13.

Este reportaje fue, además, un texto importante porque marcó una renovación en el periodismo cubano, gracias al aporte de una dinámica y una concepción moderna de la crónica y del reportaje, amalgamando en un solo texto el cuento y el relato, tratando siempre de conjugar el equilibrio estilístico con fines sociales, y que con *Presidio Modelo* alcanzara el máximo nivel de expresión mediante este nuevo modo de hacer periodismo.

Partiendo, como se ha dicho, del reportaje «La isla de los 500 asesinatos», iniciado clandestinamente durante su segunda detención, en 1932, en *Presidio Modelo* logró reconstruir un texto orientado hacia la utilidad política, social y ética, pero al mismo tiempo con una estructura profundamente vanguardista, en relación con el respeto por su patrón innovador. El resultado final fue una serie de escritos agrupados por temas, que representaban la denuncia —sustentada en testimonios directos y documentos oficiales recopilados de los archivos de la cárcel a los que tuvo acceso una vez caído Machado— de los abusos sufridos por los presos comunes, de la dureza del régimen carcelario y de los homicidios gratuitos: 541, más tres desaparecidos entre 1925 y 1933, realizados por los guardias con la anuencia del director Pedro Castells. El fin declarado —en la esperanza de poder colaborar con el restablecimiento de cierta legalidad en Cuba, sobre todo en ese momento en que ya no estaba el dictador Machado— era el de presionar por la reforma de una institución que sólo servía para promover «métodos que sólo conducen al asesinato, a la degradación».⁵⁰ Fue una verdadera obra de periodismo investigativo, a través de la cual consideraba que la opinión pública, estimulada por revelaciones como esa, se movilizaría concretamente para cambiar el *status quo*:

La sociedad actual, aunque sea por egoísmo, debe transformar al Presidio, de un estercolero en un taller de reparaciones, de donde pueda extraer hombres para el trabajo. Debe hacerse, como aconseja el doctor Fernando Ortiz, una reforma sustantiva de la ley penal, una reglamentación humanizada de la vida del hombre preso.⁵¹

⁵⁰ PTB, *Presidio Modelo*, ed. cit., p. 45.

⁵¹ Ídem.

Presidio Modelo se convirtió en un inventario de los personajes que llenaban ese mundo, fueran ellos presos, guardias o simples trabajadores. Con él aprendemos lo que significa vivir en un lugar semejante. Aprendizaje que se produce gradualmente, como lo fue para el mismo Pablo, quien aunque no entró con una mente cándida, ignorante, salió profundamente afectado

por los horrores de los que fue testigo. Insistió, de hecho, en precisar en la introducción del texto: «A nosotros, que llegábamos inéditos, nos quisieron engañar, pero no pudo ser. Entramos casi alegres y salimos con la conciencia abrumada. Por eso este libro empieza como empieza y termina como termina».⁵² De manera que si su llegada al Presidio se produjo de forma casi irreverente y desprejuiciada como puede sucederle a un grupo de jóvenes compañeros de lucha que terminan detenidos todos juntos, su salida fue mucho menos serena. Después de haber vivido allí casi dos años —entre agosto de 1931 y mayo de 1933— y haber recogido testimonios incluso de los que llevaban muchos años en presidio, se sintió imbuido de la responsabilidad, profesional y humana, de asumir una posición fuerte contra un sistema tan indigno y feroz. Ese fue el sentimiento que lo llevó a cerrar su reportaje con las palabras siguientes:

Ante mis ojos persistió la imagen de los infelices atormentados con los rostros más conmovedores que nunca, más imploradores también de venganza [...] los recuerdo bien. Su aparición fue para mí como un mandato de mí mismo, y haré que la ignominia caiga sobre los asesinos. Es todo cuanto yo puedo hacer.⁵³

«Tierra o sangre»

Otro importante reportaje en el que Pablo aplicó todas sus dotes narrativas fue «Tierra o sangre», (también conocido como «Realengo 18»),⁵⁴ una serie de artículos publicados en *Ahora* entre el 16 y el 24 de noviembre de 1934. Aquí relató las condiciones desesperantes de los campesinos del llamado Realengo 18,⁵⁵ en la provincia de Oriente, que luchaban para impedir que se les quitaran las tierras que habían conquistado para sí. La narración se desarrolla según la metodología más típica de Pablo, cruzando el relato de los hechos con intervenciones conexas en primera persona:

Allá los seguí entre varias peripecias y tuve la magnífica oportunidad de comer con ellos, hablar con ellos y hasta dormir, como ellos, bajo el cielo nublado [...] De la vida de ellos en sus montes, del abandono total en que han estado sumidos durante siempre; del generoso desinterés de sus *leaders* podré dar cuenta detallada. Pero el cansancio de cinco días de andar continuos me obligan a dejar para mañana el comienzo ordenado del relato en el que expondré todo lo que ha sucedido.⁵⁶

⁵² *Ibidem*, p. 52.

⁵³ *Ibidem*, p. 428.

⁵⁴ PTB, «Tierra o sangre», ed. cit., pp. 231-282.

⁵⁵ Los *realengos* eran terrenos estatales desde los tiempos coloniales (*realengo* = tierra real); en la República, muchos de ellos fueron usurpados por empresas privadas, sobre todo estadounidenses.

⁵⁶ PTB, «Tierra o sangre», ed. cit., pp. 233-234.

Como se recordará, esta será una de las características del *New Journalism* del que hemos hablado anteriormente y que en «Tierra o sangre» encontramos claramente expresadas.

El punto focal de este reportaje, con la sensibilidad mostrada también en *Presidio Modelo* y con las temáticas desarrolladas en ese período de la novela regionalista en América Latina, era la descripción de las condiciones precarias de vida de las clases más desposeídas y la denuncia de las intrigas que los políticos realizaban con los latifundistas y las corporaciones estadounidenses. El choque entre los dos modelos se nos revela después de una primera presentación del lugar en cuestión, las montañas de la región oriental de Cuba, donde los *realenguistas* habían recreado una especie de comunidad ideal, agrupada alrededor de la Asociación de Productores Agrícolas del Realengo 18 y Colindantes, en un escenario que Pablo llega incluso a definir como «un país distinto y más bello»;⁵⁷ un mundo igualitario, aparentemente comparable con un modelo comunista en la repartición de las riquezas, en el que no existía el prejuicio racial, y al que los poderosos querían destruir a favor del mercado:

La igualdad económica abolió entre los *realenguistas* el prejuicio racial en todo lo que la tradición no dejó muy profundo surco y se ven juntos en el baile, la fiesta y hasta en la vida, el negro y el blanco. Abandonados de la tramoya oficial, el estúpido chauvinismo no existe.⁵⁸

También en este texto nos muestra la situación mediante una introducción de sus protagonistas, muchos de los cuales habían llegado hasta las montañas para apoyar al movimiento campesino que parecía ofrecer la oportunidad de desarrollar una acción revolucionaria. «Monguito es Luis Castillo, un luchador comunista que, como Jaime Emaus, Almarco, Ferrer, Cristián, y algún otro, se ha sentido atraído por la posibilidad revolucionaria que entraña la lucha de los realenguistas».⁵⁷ Y en su propia intervención directa podemos recoger esa ansia de participar en el derrocamiento de la sociedad que, junto con otras motivaciones que veremos en el cuarto capítulo, lo empujarán a irse a España.

Lo que los campesinos le reivindicaban al Estado, lo expresaron en el preámbulo al reglamento de la asociación de productores agrícolas y nuestro autor lo reporta integralmente en su reportaje, de manera de servir de vocero para sus instancias legítimas:

Siendo las tierras y montes del Estado cubano el único patrimonio en que está vinculada la soberanía y la estabilidad de la República, y en vista de que al no oponer una enérgica y poderosa resistencia contra los constantes asaltos, usurpaciones y robos de tierras, por la desencadenada geofagia, perpetrada por compañías particulares con las tierras del Estado, creemos humano y patriótico [...] tomar posesión de las tierras nuestras, en la proporción de que cada cubano adquiriera una parcela en la que pueda, por medio de su honrada labor, proveer a sus necesidades y a las de su prole.⁶⁰

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 238.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 240.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 243.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 259.

Esta situación era uno de los resultados de los nuevos tratados estipulados entre Cuba y los Estados Unidos. Para empeorar aún más la situación, había aparecido el del 29 de mayo de 1934. Como hemos visto en el capítulo anterior, Batista había suscrito un acuerdo que amarraba la economía de su país todavía más estrechamente con la de los Estados Unidos, limitando aún más la posibilidad de un desarrollo económico autónomo. Dicho entendimiento había tenido repercusiones en los bolsillos ya exprimidos del pueblo cubano y, en modo particular, en las condiciones del campo. Para dar un ejemplo práctico, Pablo hacía un inventario de los precios a los que la comunidad lograba vender los productos, y los comparaba luego con los de los aperos de labranza y los alimentos para subsistir. El cuadro resultante es desolador:

El barril de ese ñame prodigioso, con 180 libras de peso, ahora, en uno de los mejores períodos lo venden a \$1,20, a mucho menos de un centavo la libra... ¡Y han llegado a vender a 30 centavos el barril!... El ciento de plátanos gigantes tienen que darlo por 15 centavos y hasta por 10; las 180 libras de maíz a \$2,00; el quintal de café a \$3,00 [...] Y estos son los precios de venta, que en los de compra, los tenderos «se desquitan» de su «generosidad» para con los montunos. Y debe tenerse en cuenta, de paso, que sus artículos son siempre de la peor calidad. El bacalao lo pagan a 15 centavos la libra; la «cuarta» de arroz (seis libras) a 40 centavos [...] Pero la explotación es mucho mayor en los precios de las pobres ropas que usan o los rudimentarios aperos de su labranza. Una camisa infame, cuesta \$1,25 [...] un par de zapatos, muy malos, \$1,75... [...] Y en cuanto a los aperos de trabajo, un pico le cuesta \$1,40; un azadón \$0,50... ¡Esta es la «bolsa», la tritadora que los destroza y los exprime y hace aparecer casi estéril la tierra magnífica de los platanales gigantes!⁶¹

Una vez más, Pablo se había convertido en el vocero de una lucha que consideraba legítima y sagrada. Gracias también a su estilo innovador, intentó presentarle a la opinión pública algunos de los problemas que afectaban, más o menos indirectamente, toda la economía isleña. Como él mismo diría, el día que se presentó a la toma de posesión de los campesinos de las lomas de Oriente, había ido allí «para conocer a fondo sus problemas y darlos a conocer a toda la República».⁶² Ese era su oficio: contar los problemas de las partes más desaventajadas de la sociedad, con la esperanza de orientar a las masas hacia un cambio material.

⁶¹ *Ibíd.*, pp. 269-270.

⁶² *Ibíd.*, p. 278.



Participantes cubanos en el II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937): Nicolás Guillén, Juan Marinello, Félix Pita Rodríguez y Alejo Carpentier. En la foto no aparece Leonardo Fernández Sánchez, miembro también de la delegación cubana.

Intelectuales extranjeros en España

Una decisión consciente

Entre las preguntas que se reiteran con más frecuencia en los ensayos sobre la Guerra Civil Española, una de ellas tiene que ver con la motivación que llevó a tantos intelectuales a adoptar, frente a este conflicto, la posición clara de alinearse abiertamente a favor de uno u otro frente — muy pocos, en realidad, se mostraron partidarios de los franquistas. Aldo Garosci se pregunta al respecto: «¿Qué llevó a tantos intelectuales, en el mundo entero, a participar con sus ideas y a veces materialmente en la guerra de España, expresarse a su favor, planteársela como problema, o inspirarse en ella para su propia obra?».¹

Una primera respuesta podría estar relacionada con la situación política internacional de la época. En toda Europa se iban imponiendo regímenes dictatoriales de inspiración fascista. La crisis del capitalismo, como resultado de la gran depresión de 1929, le había dado un impulso a la expansión de las fuerzas antidemocráticas presentes en muchos países europeos, como Italia, Alemania, Polonia, Hungría, Portugal, Rumania, Yugoslavia y Austria. Fuerzas que, como ya hemos podido ver en el caso cubano, se iban abriendo paso también en América Latina, aunque bajo formas diferentes. Como expresa Eric J. Hobsbawm, «La radicalización de los intelectuales

en los años 30 fue esencialmente una respuesta a la crisis que había afectado al capitalismo al principio del decenio». ² Pero seguramente también ejercieron su influencia algunos elementos de carácter ideal, como lo asevera el mismo autor:

La amenaza del fascismo no se limitaba sólo a la esfera política. Lo que estaba en juego —y nadie mejor que los intelectuales para darse cuenta de ello— era el futuro de toda una civilización. Si el fascismo pateaba a Marx, también estaba pateando a Voltaire y John Stuart Mill. Rechazaba el liberalismo en todas sus formas con la misma decisión implacable que les reservaba al socialismo y al comunismo. ³

¹ Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1959, p. 254.

² Eric J. Hobsbawm, «Gli intellettuali e l'antifascismo», en *Storia del marxismo*, v. III, t. II, Turín, Einaudi, 1981, p. 448.

³ *Ibidem*, p. 449.

La década de los años 30 se caracterizaba, por lo tanto, por el desorden capitalista y el crecimiento de las fuerzas antidemocráticas, pero también había mostrado la capacidad de industrialización y crecimiento económico de la Unión Soviética, ofreciéndoles a las sociedades una vía alternativa. Precisamente en ese sentido hubo una respuesta decidida por parte de los intelectuales, que se sentían obligados a alinearse en favor de la lucha por la libertad del género humano. Como afirma Niall Binns, «en España se decidiría el futuro de la humanidad». ⁴ De hecho, el riesgo de una expansión aún mayor del nazifascismo en Europa planteaba graves dudas morales a las que la inteligencia mundial no lograba sustraerse, a diferencia de lo que, por el contrario, estaban haciendo los gobiernos de los países que habían preferido optar por un acuerdo de no intervención. Como veremos a continuación, cada Estado tenía buenos motivos para evitar cualquier forma de intervención.

Francia, aunque dirigida por un gobierno de frente popular, ⁵ ideológicamente afín a la España republicana, no podía dejar de tomar en cuenta los componentes de derecha que lograban dividir la opinión pública del país, y no podía por tanto correr el riesgo de una guerra civil interna. Por otra parte, en el caso de una victoria franquista, ni siquiera habría podido permitirse el riesgo de encontrarse con fronteras completamente cercadas por Estados fascistas. Sugirió, por ello, una forma hipócrita con la que todos los países, por otra parte, deberían haberse conformado: la no intervención.

⁴ Niall Binns, *La llamada de España: escritores extranjeros en la guerra civil*, Madrid, Ediciones Montesino-Ensayo, 2004, p. 10.

⁵ La idea de los gobiernos de Frente Popular nacía del cambio en la actitud de la URSS, oficializado durante el VII Congreso del COMINTERN en 1934, en relación con las organizaciones social-demócratas, con las cuales los partidos comunistas debían tomar iniciativas comunes para favorecer alianzas entre la URSS y los Estados burgueses de Occidente, en contra de la expansión nazifascista.

Gran Bretaña, aunque con voces discordantes tanto dentro del Partido Laborista como en el Conservador, abrazó la política de no injerencia que le permitía mantenerse equidistante de las facciones en lucha —aun cuando, en verdad, rogaba en voz baja por una victoria franquista, en el menor tiempo y con el menor derramamiento de sangre posible. Tenía demasiados intereses comerciales para correr los riesgos de una intervención: importaba la mayor parte del vino de Andalucía y, a través de Gibraltar, controlaba el tráfico marítimo en el Mediterráneo. Ambas zonas habían entrado, en un segundo, bajo control de los insurgentes.

Los Estados Unidos, todavía ocupados en volver a levantarse de la crisis del Jueves Negro, prefirió también mantenerse equidistante. Pero propuso la fórmula del embargo moral hacia ambas partes del conflicto, aprobado sucesivamente en agosto de 1936 por el pacto de no intervención suscrito por casi todas las naciones con la esperanza de que la guerra se agotara por falta de suministros. Dicho acuerdo afectaba sobre todo al gobierno republicano español, puesto que Franco ya podía disponer de la ayuda de alemanes e italianos, mientras que el gobierno

legítimo recibía ayuda en armas —anticuadas, por cierto— solamente de México. Además, los petroleros estadounidenses presentes en el Mediterráneo apoyaban a los militares rebeldes, suministrándoles combustible.

El Estado que se encargó realmente de apoyar a los republicanos fue la Unión Soviética, pero no con la rapidez que se pudiera imaginar. De hecho, hasta Stalin tenía dudas acerca del éxito de una intervención. Por una parte, existía la posibilidad de que con una victoria pudiera nacer otro país revolucionario; pero ¿eso habría sido totalmente positivo desde un punto de vista político? El presidente soviético, interesado en un entendimiento duradero con Francia y Gran Bretaña en el sentido antifascista, titubeaba. Una victoria de la izquierda española se habría podido transformar en una revolución, alejando así de la URSS a las dos potencias. Por otra parte, una derivación fascista habría fortalecido también la derecha francesa, poniendo de todas formas en vilo las relaciones franco-soviéticas. Stalin llegó a una decisión definitiva: «no ayudaría a la República española a vencer, pero tampoco permitiría que perdiera».⁶ El 15 de octubre, después de haberse cerciorado de la ayuda material de Italia y Alemania a la España franquista, la Unión Soviética decidió tomar medidas para el envío de armas a la República.

La Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler fueron las primeras que, el 24 de julio y el 26 de julio, respectivamente, se alinearon inmediatamente al lado del General Franco —además del Portugal de Salazar, que ya en los meses anteriores había suministrado apoyo logístico. También estos países habían firmado el pacto de no intervención, pero la tentación de ampliar la zona de influencia nazi-fascista era demasiado grande; y la ocasión servía también para experimentar nuevos armamentos, sobre todo, los aviones —recuérdese que con la guerra civil española se inauguraría la técnica del bombardeo en alfombra, probada sobre la ciudad de Guernica.⁷

El número y la potencia de las armas automáticas es enorme [...] La utilización de la aviación ha tomado una extensión desconocida hace veinte años. La obra destructiva de la aviación de bombardeo no es solo prácticamente terrible, sino psicológicamente muy impresionante [...] Desde el punto de vista de los medios empleados, el frente madrileño parece un trágico laboratorio de un trágico experimento.⁸

Los países latinoamericanos, exceptuando México, como ya se ha dicho, aplicaron una política de no intervención. Sobre todo porque «los gobiernos más importantes de América del Sur (los de la Argentina, Brasil, Chile y el Perú) simpatizaban más o menos abiertamente con los insurgentes».⁹

Fue frente a dichas perspectivas de interés particular que los intelectuales del mundo entero se indignaron y, unidos, organizaron lo que fue quizás la última gran causa que vio un despliegue tan amplio de inteligencias. Retomando las palabras de Marcello Flores, podemos afirmar que «la guerra de España representó la culminación de la época del compromiso político de los intelectuales, fue su demostración más importante y, para muchos, trágicamente definitiva».¹⁰ Desgraciadamente, su participación sufrió muy a menudo conversiones provocadas por desilusiones, traiciones, engaños. La experiencia de muchos se vería marcada por la desilusión producida por esos intereses políticos que durante ese largo período tenderían a afirmarse con fuerza, derrumbando buena parte del carácter idealista de la lucha. La política de no intervención, pero sobre todo las persecuciones estalinistas hacia trotskistas, anarquistas, poumistas¹¹ y todos los que no se alineaban con las directivas del COMINTERN, situaron a muchos intelectuales ante una encrucijada, ante la necesidad de decidir.¹²

⁶ Hugh Thomas, *Storia della guerra civile spagnola*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1963, p. 228.

⁷ «A las cinco menos veinte comparecieron los Heinkel III, que bombardearon los edificios habitados ametrallando sucesivamente las calles. A los Heinkel les siguieron los Junker 52 [...]. La población trató de huir, pero fue ametrallada despiadadamente. Bombas superiores a los cinco quintales, de gran poder destructivo, fueron lanzadas por los aviones en oleadas que se repetían cada veinte minutos, hasta las ocho menos cuarto [...] Murieron 1654 personas y hubo 889 heridos. *Ibidem*, p. 442.

⁸ Pietro Nenni, *Spagna*, Milán, Edición Avanti!, 1962, p. 171.

⁹ Gabriel Jackson, *La Repubblica spagnola e la guerra civile 1931-1939*, Milán, Il Saggiatore, 2003, p. 294.

¹⁰ Marcello Flores, «Introducción», en Arthur Koestler, *Dialogo con la morte*, Boloña, Ediciones Il Mulino, 1993, pp. 10-11.

¹¹ Pertenecientes al POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), antiestaliniano.

¹² Véase Elena Garro, *Memorias de España 1937*, México, DF, Siglo XXI Editores, 1992, p. 35.

Esas situaciones llevaron a la renuncia de muchos y a la gestación de un vehemente anticomunismo que saldrá a la luz en los años siguientes, entre escritores del calibre de George Orwell y John Dos Passos, por citar sólo dos ejemplos. Y si otros no llegaron hasta el anticomunismo, por lo menos demostraron perplejidad frente a ciertas políticas. Este es posiblemente el caso de César Vallejo, que en su última poemario *España, aparta de mí ese cáliz* —colección publicada póstumamente, en 1939, pero escrita pocas semanas antes del final de la guerra— exhortará a España a cuidarse de enemigos que no eran solo externos: «¡Cúidate España, de tu propia España!».¹³

Diversas formas de participación

Para realizar una distinción en relación con las diferentes formas de participación de los intelectuales del mundo entero en la guerra civil española, podríamos utilizar la clasificación que nos ofrece Niall Binns en su texto y con la que estamos bastante de acuerdo.¹⁴

Binns explica que a los escritores extranjeros que fueron a España se les puede subdividir en cinco grupos diferentes. El de los *combatientes*; el de los *congresistas* —llegados para el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que se celebró en julio de 1937 en Valencia, Madrid y Barcelona, pero cuyas sesiones de clausura se desarrollaron en París¹⁵—; el de los *periodistas*, en el cual se inserta en un primer momento Pablo de la Torriente Brau, para luego pasar al primero, sin jamás abandonar la pluma; el de los *testigos involuntarios*; y finalmente, en el que se insertan los de la *lejana retaguardia*, cuya inclusión nos lleva a disentir.

¹³ César Vallejo, *España, aparta de mí este cáliz*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1992.

¹⁴ Niall Binns, ob. cit.

¹⁵ Valencia, 4 de julio; Madrid, 5 al 8 de julio; Valencia, 10 de julio; Barcelona, 11 de julio; París, 16 al 18 de julio de 1937.

Mientras que, como veremos, los primeros cuatro grupos son específicos de esta guerra —en cuanto al compromiso de los intelectuales—, el último puede decirse que es bastante común en cada conflicto. Más de uno ha definido la Guerra Civil Española como «una guerra de poetas», «la última gran causa», y así sucesivamente —cosa no equivocada, como hemos visto y como veremos; pues los conflictos que saldrán luego a la luz —Viet Nam, Iraq 1991 y más aún, Iraq 2003, por sólo citar los que han sacudido en mayor medida las conciencias en los últimos años— no se caracterizan por una participación directa, de los intelectuales, y a menudo ni siquiera de los periodistas. Y ello por distintos motivos: a veces debido a la creciente imposibilidad —incluso por imposición militar¹⁶— de trasladarse físicamente al terreno de batalla; otras, por una creciente dificultad en poder identificarse con una de las dos —o más— partes en los conflictos contemporáneos.

Esa guerra en particular se insertaba en un contexto histórico en que había una neta contraposición política e ideológica, y un reconocimiento automático del enemigo. La guerra de España representó el momento culminante de un choque civil a nivel europeo, nacido con el primer conflicto mundial, y que concluiría con la derrota definitiva del nazifascismo en 1945. Carlo Rosselli escribió en ese sentido:

Del resultado de la lucha entre la España moderna y proletaria y la España feudal y burguesa dependerá probablemente por muchos años el resultado de la lucha social en Europa... Por eso decimos [...] que la revolución española es nuestra revolución; que la guerra civil del proletariado de España es la guerra de todo el antifascismo.¹⁷

¹⁶ Como señala Mimmo Candito en *I reporter di guerra* (Milán, Baldini & Castaldi, 2002), ya la profesión de enviado al frente se ha convertido en algo casi imposible. Y no tanto por las condiciones del terreno de guerra como por las imposiciones cada vez más restrictivas dictadas por los comandos militares. Haciendo referencia a los tres conflictos mencionados, pero también a las distintas experiencias de guerra de los últimos años (Kosovo, Afganistán, etc.), se trata siempre de comandos estadounidenses. Comenta que «Mantenidos lejos de los campos de batalla [...] privados de las posibilidades de verificar en el terreno las informaciones que recibían de los comandos militares, embudidos de noticias preconfeccionadas y de información filmada seleccionada [...] los periodistas han terminado por transformarse en instrumentos de la propaganda de las fuerzas en el campo de batalla». La culminación de toda esta realidad fue la solicitud, a los medios masivos, durante la guerra en Afganistán, por parte de la entonces Consejera de Seguridad Condoleezza Rice, de «alinearse bajo la bandera de las estrellas y las barras, para defender las razones de la lucha contra el terrorismo».

¹⁷ Carlo Rosselli, *Oggi in Spagna domani in Italia*, en Aldo Garosci, ob. cit., p. 434.

Si la peculiaridad de este conflicto residía en la participación directa de las masas pensantes de todo el mundo, huelga insertar entre los participantes a los que la siguieron desde casa. Está claro que no se pueden silenciar las opiniones de autores como Bertold Brecht, que desde su exilio veía en España un reflejo de lo que había vivido en Alemania. Pero ellos solo se pueden anotar como espectadores interesados.

Pasando al grupo de los combatientes, compuesto por los escritores que consideraron más importante enfrentar el fascismo con las armas, sólo citaremos algunos entre los más conocidos. El alemán Gustav Regler, el holandés Jef Last, el inglés Christopher Caudwell y el estadounidense Alvah Bessie entraron todos en las filas de las Brigadas Internacionales; los franceses André Malraux y Simone Weil participaron, el primero organizando la escuadra aérea, la segunda combatiendo con los anarquistas; otro inglés, George Orwell, militó en el POUM.

Binns define como congresistas a los que participaron en el ya mencionado congreso de escritores, conocido también como Congreso de los Escritores Antifascistas, que se celebró en el mes de julio de 1937. Fue el evento cultural más importante de la guerra, comparable solo con la Exposición Internacional que se desarrollaba ese mismo año en París. Llegaban después de un año de guerra y entre la mayor parte de los participantes todavía se manifestaba cierta confianza en la victoria final. Como escribe Andrés Trapiello, «no fue una reunión para convencerse entre sí de lo que ya estaban convencidos, sino para movilizar a las conciencias del mundo hacia la causa del antifascismo».¹⁸ Participaron más de un centenar de intelectuales procedentes de unos treinta países. También en este caso vamos a citar sólo algunos de los más destacados: André Malraux y Julien Benda por Francia; Tristan Tzara por Rumania; Heinrich Mann por Alemania; W. H. Auden y Stephen Spender por Gran Bretaña; Ilya Ehrenburg y Mijail Koltsov por la URSS; Langston Hughes por los Estados Unidos. Y los hispanoamericanos Pablo Neruda —uno de los organizadores—, y Vicente Huidobro de Chile; César Vallejo de Perú; Nicolás Guillén, Juan Marinello, Alejo Carpentier, Leonardo Fernández Sánchez y Félix Pita Rodríguez, por Cuba; Octavio Paz por México, y Raúl González Tuñón por Argentina.

En el grupo de los periodistas registramos a todos los que decidieron acudir a la guerra para vivirla de cerca y poder contarla a los que solo podían escuchar ecos lejanos. Entre estos incluimos, evidentemente, a nuestro autor, Pablo de la Torriente Brau, que tenía sin embargo un objetivo ulterior por el cual había sentido la necesidad de empuñar las armas: su interés principal, de hecho, era aprender lo más posible de esa experiencia para poder un día exportar también a su país un modelo victorioso de república socialista. Al respecto, le escribió a Raúl Roa en una carta fechada el 10 de agosto de 1936: «voy, porque la revolución cubana pende en estos momentos de la española; porque allí está el prólogo».¹⁹

Además de Pablo estuvieron también los corresponsales ya consagrados por la fama, como Ernest Hemingway, con sus crónicas rebosantes de acción y humanidad, de «pasión estética y de aventura, fundamental realismo escabroso, persuasión política»,²⁰ quien rodará también un documental, *The Spanish Earth*, en colaboración con Dos Passos; o como Langston Hughes, enviado por el *Baltimore Afro-American*, interesado en profundizar la temática del negro en el frente, comprometido en una guerra entendida como lucha internacional contra el racismo; o

como los rusos Koltsov y Ehrenburg, enviados respectivamente por *Pravda* y por *Izvestia*, pero que cubrieron también otros papeles, como asesor para el gobierno republicano el primero, y agente de propaganda el segundo.

¹⁸ Andrés Trapiello, *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994, p. 261.

¹⁹ Pablo de la Torriente Brau (en lo adelante PTB), *Cartas cruzadas*, ed. cit., p. 417.

²⁰ Aldo Garosci, ob. cit., p. 351.

Finalmente, la categoría comprende a los que jamás habían pensado ir a una guerra, pero que se encontraron en el medio de ella y fueron atraídos por su fascinación, relatando sus propias experiencias en cuentos o novelas. Fueron los testigos involuntarios. Entre ellos identificamos al francés Georges Bernanos, que vivía en un autoexilio en su casa de Palma de Mallorca, y el ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta. De Bernanos debemos decir, en primer lugar, que si bien al inicio del conflicto sus simpatías se orientaban hacia los insurrectos, no había logrado identificarse con ellos. Y llegará a un desdén y rechazo totales cuando vive las atrocidades cometidas en la isla durante cuatro meses por los falangistas guiados por Arconovaldo Bonacorsi —llamado *il Conte Rossi*—, funcionario italiano perteneciente a las Camisas Negras. De este episodio nacerá *Les grandes cimetières sous la lune*.

Demetrio Aguilera-Malta, por otra parte, era un estudiante ecuatoriano que, recién llegado a Madrid gracias a una beca para Salamanca, se encontró en el mismo medio de la guerra. Arrastrado por el entusiasmo de los primeros días, decidió quedarse y comenzó a escribir artículos y uno de sus primeros relatos sobre la guerra: *¡Madrid!, Reportaje novelado de una retaguardia heroica*. Podríamos agregar en este grupo a Pablo Neruda —aunque pertenece de lleno al grupo de los congresistas— que en julio de 1936 se encontraba en Madrid como cónsul chileno.

De todas formas, entre todas las motivaciones que empujaron a los intelectuales del mundo entero a socorrer a España, la más fuerte estuvo vinculada con la necesidad de presenciar el Congreso de los Intelectuales Antifascistas, donde la cultura pretendía demostrarle —aunque en vano— a la política internacional, la justicia de un apoyo a la causa republicana.

Producción literaria

Independientemente del papel que hubieran asumido en la experiencia de la guerra civil, los escritores que participaron en ella la utilizaron más tarde para dar vida a una producción literaria única. Los géneros más utilizados fueron el testimonio, que precisamente en este conflicto alcanzará uno de sus auges en cuanto a volumen de producción, y el de la poesía social. Siendo una guerra en defensa de grandes ideales universales, también la literatura que se originó en ella fue amamantada por un fuerte idealismo. Si la Primera Guerra Mundial se había visto marcada por un ferviente patriotismo y si se había combatido en las trincheras, con la guerra civil española se dio vida a un nuevo tipo de conflicto, en el que la participación individual superaba las fronteras nacionales y donde, por primera vez, la «carne inocente»²¹ de la población civil se convertía en una nueva protagonista. La guerra había alcanzado las retaguardias. La defensa del pueblo, un motivo más para la decisión de muchos intelectuales de participar en la acción, era también la defensa de uno mismo. No se podía permitir que la guerra entrara en las ciudades, en las plazas, en las casas, en la propia intimidad. La derrota del nazifascismo debía haber significado la derrota total de la guerra.

Todo esto no podía dejar de reflejarse en las modalidades de lo que se escribía. Los cuentos de la guerra, ya no eran sólo cuentos sobre ella, satisfacían la necesidad de narrar las nuevas tragedias, de indignar al lector y hacerlo partícipe de un drama común. También las crónicas se convirtieron en un instrumento esencial en ese sentido. Como afirma George Steiner en su ensayo *Linguaggio e silenzio*, «el arte de la novela es, por la índole de su propia naturaleza, realista. Cuando abandona sus propias responsabilidades frente a lo real, la novela se traiciona a sí misma».²² Y para demostrárnoslo compara la literatura de las dos guerras mundiales:

Los años 1914-1918 produjeron obras clásicas como *Le feu* de Barbusse [...] *A Farewell to Arms* de Hemingway. [Pero] las grandes obras desencadenadas por el segundo cataclismo son el reportaje y el testimonio directo: el *Diario de Anna Frank* [o *Se questo è un uomo* de Primo Levi, agregaríamos

nosotros]. La narrativa se calla ante la enormidad del hecho, y ante la vívida autoridad con la que el hecho puede ser rendido por un cuento sin adornos [...] El reportaje y el recuento fiel de los hechos son hoy los herederos de las libertades de la novela.²³

²¹ «Apelación desde Madrid a los escritores hispanoamericanos. Documento final de todas las delegaciones hispanoamericanas», II Congreso de los Escritores por la Defensa de la Cultura, en Manuel Aznar Soler, *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, v. II, Valencia, Generalitat Valenciana-Conselleria de cultura, educació y ciencia, 1987, p. 212.

²² George Steiner, ob. cit., p. 375.

²³ Ibídem, p. 376.

Pero si Steiner justifica sus afirmaciones atribuyendo los orígenes de esa poética «del hecho y del discurso racional» a las «crisis políticas y psicológicas de los años 30», quisieramos que se reconociera la paternidad de la literatura de la Guerra Civil Española, que fue uno de los primeros resultados de esas crisis, y no tanto de la Segunda Guerra Mundial.

Además de los textos literarios bien conocidos de autores como Orwell, Hemingway, Malraux, Koestler, etc., tampoco las artes visuales rehuyeron representar la realidad de los hechos, fungiendo como una forma más de testimonio. Pensamos, por ejemplo, en Pablo Picasso, que puso su arte cubista al servicio de la verdad, denunciando una de las acciones más atroces y mezquinas de la Guerra Civil Española: el bombardeo de la ciudad de Guernica, con la realización de su cuadro homónimo, de reconocimiento universal. Como nos lo señala Mario De Micheli,

en Picasso [...] esta conciencia [del mundo objetivo] entra en el giro de una problemática inquieta, apasionada, de la que sale sin embargo victoriosa: la objetividad del mundo real constituye para él un centro de gravitación hacia el que se mueven irresistiblemente todas sus imágenes [...] Es suficiente mirar sus cuadros cubistas, incluso los cuadros donde la búsqueda formal puede parecer gratuita, para percatarse de que este vínculo profundo con la realidad no le ha fallado nunca [...] En Guernica, cada señal, cada figuración tiende a la expresión del hecho.²⁴

Dicho esto, surge una reflexión espontánea. Debido al compromiso extremo de los intelectuales, incluso y sobre todo a nivel idealista, con ese conflicto, debemos preguntarnos qué aspecto de sus textos fue realmente vivido, y cuáles aspectos fueron de su creación personal. Por otra parte, como afirma resueltamente Gustavo Geirola, «el poeta ya no se hace cargo de dar cuenta del dolor social, ni tampoco se posiciona a una distancia metafórica u objetiva, de este, sino que se convierte en militante de la causa».²⁵ Quizás se deba precisamente a una retórica y propaganda excesivas el hecho de que la producción literaria sobre la guerra civil, aunque copiosa, no generó textos ejemplares —con la excepción de poquísimos casos como *L'espoir*, de Malraux; *España, aparta de mí este cáliz*, de Vallejo; *Homage to Catalonia*, de Orwell. Muchos de los autores de la guerra civil se vieron excesivamente desviados por los acontecimientos y la aspiración de ganar a cualquier precio. El mensaje era demasiado preponderante en relación con el medio. Y, de hecho, el propagandístico era un éxito deseado por muchos escritores, pues como declara Marcello Flores,

el elitismo típico de los intelectuales se enlazó con la concepción del papel de guía del partido característico de la tradición comunista [...] La inteligencia y la habilidad de individuos dotados y conscientes [se pusieron] al servicio de las necesidades y los requerimientos de las masas, utilizando la mediación del partido.²⁶

Como destaca María Zambrano, «la soberbia tradicional del intelectual dejó paso a un auténtico deseo de ser útil [...] Se sentía la intelectualidad como un oficio como otro cualquiera, que tenía su función y su utilidad social».²⁷ Y a veces la necesidad de sentirse útiles a cualquier precio traicionó la responsabilidad intelectual frente a la realidad, que se vio superada por la imaginación. Habría que señalar otro elemento de no poca importancia. A menudo, era difícil diferenciar el límite entre la escritura sencillamente pasional y la propagandística, por lo que resultaba fácil caer en una u otra. Como demuestra Roberto González Echevarría,

Antes de la Guerra Civil, el vínculo entre la acción política y la poesía había sido [...] distante en el tiempo y el espacio. La poesía era protesta o celebración [...] siempre anterior o posterior a los acontecimientos mismos. Con la Guerra Civil todo eso cambió [...] Hizo a la poesía a la vez profunda e inmediata [...] el arte tenía una causa que defender.²⁸

²⁴ Mario de Micheli, *Le avanguardie artistiche del novecento*, Milán, Universale Economica Feltrinelli, 1998, p. 230.

²⁵ Gustavo Geirola, «Confluencias y divergencias entre la poesía de vanguardia en Latinoamérica y la poesía surgida de la guerra civil española», *Revista Chilena de Literatura*, n. 47, Departamento de Literatura de la Universidad de Chile, 1995, p. 41.

²⁶ Marcello Flores, ob. cit., pp. 11-12.

²⁷ María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, Madrid, Editorial Hispamérica, 1977, p. 49.

²⁸ Roberto González Echevarría, «Guerra de los poetas», Introducción a Pablo Neruda y Nancy Cunard, *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*, (París, 1937), Sevilla, Renacimiento-Facsímiles de Revistas Literarias, 2002, p. 13.

Pero la poética de la guerra civil no se caracterizó únicamente por el tono propagandístico. El elemento que tuvo mayor influencia fue su índole típicamente revolucionaria. En ese sentido es necesario retomar las palabras de Natalia Calamai:

Por primera vez en la historia de la literatura mundial se teorizó y se llevó a la práctica [...] la síntesis entre poesía y pueblo, como resultado de la relación dialéctica entre una poesía entendida como expresión de los sentimientos, de las exigencias, del dolor y de las aspiraciones del pueblo, por una parte, y, por otra, del peso que el pueblo conquista en la sociedad, que le hace sentir la necesidad de crear, a través de los intelectuales que se identifican con su causa y se hacen portavoces de ella [...] su propia cultura, una nueva cultura capaz de sustituir con su hegemonía, la hegemonía de la cultura burguesa.²⁹

También el pueblo se dio cuenta de la necesidad de la cultura como arma en la batalla por una sociedad mejor. No fue casualidad que cuando la revista *El Mono Azul*³⁰ lanzó una iniciativa para los lectores en la que se les pedía que participaran enviando sus propios poemas sobre la guerra, hasta los que acababan de aprender a leer y escribir participaron en masa. Por ello, en la Calamai encontramos el concepto, ya visto en Flores y la Zambrano, de una importancia fundamental en este sentido: «en la poesía de la guerra civil escrita en el bando republicano desaparece totalmente la concepción elitista que formaba parte de la cultura occidental desde el Renacimiento».³¹ La cultura, antes elitista, viene ahora a doblarse frente a la necesidad de asignarle a la literatura esa función social que tanto se necesitaba. El poeta se funde en las masas, su escritura se convierte en la voz del pueblo. Los intelectuales sintieron esta responsabilidad revolucionaria frente a la colectividad, y fue también por esto que decidieron hacer su escritura más fructífera para el pueblo. «Los escritores libres están obligados a consustanciarse con el pueblo; a hacer llegar su inteligencia a la inteligencia del pueblo y romper esa barrera secular que existe entre la inteligencia y el pueblo, entre el espíritu y la materia».³²

Fue precisamente con ese fin que nacieron revistas como la ya citada *El Mono Azul*, y *Hora de España*,³³ de un tono nuevo en relación con las anteriores al conflicto, en búsqueda de un público lo más amplio posible, y en las que escribieron los intelectuales más importantes, a nivel internacional, que pasaron por la España en guerra.

²⁹ Natalia Calamai, *El compromiso de la poesía en la guerra civil española*, Barcelona, Editorial Laia, 1979, pp. 88-89.

³⁰ Publicación de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, 47 números entre agosto de 1936 y julio de 1938.

³¹ Natalia Calamai, ob. cit., pp. 89-90.

³² «Intervención de César Vallejo en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, pronunciada durante la sesión del 6 de julio de 1937 en Madrid», en Manuel Aznar Soler y Luis M. Schneider, *Actas*,

ponencias, documentos y testimonios, v. III, Valencia, Generalitat Valenciana-Conselleria de cultura, educació i ciència, 1987, p. 118.

³³ Fueron editados 23 números entre enero de 1937 y noviembre de 1938. Publicaba, además de textos literarios, profundizaciones intelectuales y análisis de la situación política.

Participación de los intelectuales hispanoamericanos

Nuestra condición de escritores nos fuerza a denunciar los continuados y sistemáticos ataques del fascismo a la cultura [...] El fascismo ha probado definitivamente en España su condición de fuerza regresiva y antihumana [...] Estamos en días en que el escritor no puede rehuir su deber de hombre [...] los intelectuales más valiosos de nuestras patrias están junto al pueblo español [...] España es el futuro de Hispanoamérica. Trabajando por el triunfo de España trabaja el escritor nuestro por el triunfo de Hispanoamérica.³⁴

En cuanto al compromiso de los hispanoamericanos en la Guerra Civil Española, hay que destacar en primer lugar cómo estos sentían un vínculo particular con la antigua madre patria, en relación con los intelectuales del resto del mundo. La lucha en España agrupaba en sí misma los temas amados también por las poblaciones de América Latina: en el fondo ellas también combatían por una reforma agraria, por la separación entre Estado e Iglesia, y por derrotar esos nuevos tiranos —como Machado y Batista en Cuba— que una vez en el poder, aprovechándose de la crisis del capitalismo en 1929, habían descubierto sus modelos en Mussolini y Hitler. Existían además lazos históricos y lingüísticos que favorecían ese hermanamiento. Como quiso destacar Juan Marinello durante uno de sus discursos celebrados en la clausura del Congreso de los Intelectuales,

Aparte del fortísimo vínculo sanguíneo y actuando sobre él, ha operado en esto [en la adhesión de los hispanoamericanos] el común impulso histórico. Sobre diferencias de raza y de geografía, primó en todo instante la común injusticia de una economía enfeudada [...] ¿Quién podrá entender mejor la razón del campesino de Andalucía que el indio de Bolivia? ¿Quién podrá saber de agresiones del poder económico mejor que el negro antillano? ¿Quién podrá sentir más de cerca la injuria de un pueblo ofendido y maltratado por castas reaccionarias que quien es maltratado y ofendido por tiranías torpes y crueles? [...] Nada une, camaradas, como la desdicha común.³⁵

³⁴ «Apelación desde Madrid...», ed. cit., p. 212.

³⁵ Juan Marinello, «Discurso pronunciado durante la sesión de clausura del II Congreso Internacional de los Escritores para la Defensa de la Cultura. Valencia, 10 de julio de 1937», *Dos discursos de Juan Marinello al servicio de la causa popular*, París, Comité Ibero-Americano, 1937, p. 5.

Como ya hemos mencionado, aparte de los casos de Pablo de la Torriente Brau, Pablo Neruda y Demetrio Aguilera-Malta, que fueron o ya se encontraban en España por distintos motivos, la mayor parte de los intelectuales latinoamericanos fueron allá para asistir al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado el primero en París en 1936. Aragón llamó a Neruda a su residencia parisina para que colaborara con la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en la organización del Congreso, con la tarea de invitar a delegaciones de intelectuales hispanoamericanos. Pudo disponer de una suma importante de dinero enviada por el Ministerio de la Educación Pública, que le sirvió sobre todo para pagarles los gastos de viaje. Desde América Latina llegaron varias delegaciones: la mexicana, la cubana, la argentina, la chilena, la costarricense y la peruana, para un total de dieciséis representantes.

Ya se ha señalado que los gobiernos de los países latinoamericanos tuvieron actitudes diferentes en relación con el conflicto, aunque nunca intervinieron directamente, con la única excepción de México. Como dice Gerold Gino Baumann, tratándose de un conflicto entre fascismo y socialismo, una victoria fascista en España habría podido afectar también al semi-socialismo mexicano —único experimento de ese tipo en un continente constituido por países dirigidos en su mayoría por dictaduras militares favorables a Franco—, y no quería correr el riesgo de una inclinación fascista interna que habría puesto en peligro la política de reformas del

presidente Lázaro Cárdenas. De manera que las simpatías y las ayudas materiales de dicho país hacia la causa republicana fueron inmediatas.

El presidente Lázaro Cárdenas, en el poder entre 1934 y 1940, fue el único que trató «al gobierno republicano español según las normas correctas de comportamiento político internacional».³⁶ Por tales motivos, se comprenderá la consideración especial que recibió la delegación mexicana al Congreso. Estaba compuesta, entre otros, por el escritor José Mancisidor, cuya ortodoxia comunista lo llevó a un ataque tal al ausente André Gide — estigmatizado por su libro *Retour de l'URSS*, crítico del sistema soviético— que llevó a Malraux a decir: «si el imbécil de Mancisidor lleva esa acusación contra Gide, me retiro del Congreso».³⁷ De la experiencia española Mancisidor sacará el cuento, en forma de diario, «De una madre española» (1938), sobre la formación de una madre que, perdido primero el marido y luego el hijo, llega a una toma de conciencia de la causa republicana, abandonando la fe cristiana a favor de la lucha contra el enemigo.

También estaba Octavio Paz, probablemente el delegado más joven al Congreso, acompañado por su esposa Elena Garro aún más joven, pues tenía apenas 17 años y la llamaban irónicamente «la Pavecita» por ser considerada nada más que un apéndice del marido. De Paz nos impresiona en particular el anticomunismo que caracterizará su pensamiento en los años posteriores, sobre todo debido a la persecución y asesinato de Trotsky (1940), y le hará renegar de su propio pasado y de poemas como «¡No pasarán!», o «Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón» (1936-1937), considerado más tarde como «tributario de una retórica que reprobó».³⁸ De Elena Garro quedan, por otra parte, sus *Memorias de España 1937*, útiles para la reconstrucción de las jornadas del Congreso, pero llenas de un sarcasmo excesivo hacia el marido. Estaba Carlos Pellicer, invitado también por Neruda, «probablemente interesado en que un escritor católico antifascista manifestase su solidaridad con la República española».³⁹ Completaba el cuadro de los mexicanos en España una delegación de la LEAR (Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios), compuesta por los escritores Juan de la Cabada —que en septiembre de 1937 publicó su *Hora de España* con el cuento «Taurino López»— y María Luisa Vera; por los pintores José Chávez Morado y Fernando Gamboa; y por el músico Silvestre Revueltas.

³⁶ Gerald G. Baumann, *Los voluntarios latinoamericanos en la guerra civil española*, San José de Costa Rica, Editorial Guayacán, 1997, p. 150.

³⁷ Elena Garro, ob. cit., p. 23.

³⁸ Nota a «Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón», *Libertad bajo palabra*, Madrid, Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 1993, p. 274.

³⁹ Manuel Aznar Soler, ob. cit., p. 167.

En Argentina, a pesar de que desde 1932 estaba vigente el régimen del general Agustín P. Justo —que mantenía disciplinados a los partidos opositores con el espantapájaros de una solución dictatorial—⁴⁰ que había optado oficialmente por la neutralidad en relación con el conflicto, en el país se organizaron inmediatamente actividades a favor de la población civil española.⁴¹ A ellas se alinearon los intelectuales argentinos, en su mayoría agrupados a favor de la República, y enviaron un mensaje de solidaridad firmado, entre otros, por Jorge Luis Borges, Aníbal Ponce y Alfonsina Storni. En cuanto a la participación de los argentinos en el Congreso de los Intelectuales, los invitados fueron Raúl González Tuñón, ferviente comunista; Cayetano Córdoba Iturburu, autor de *España bajo el comando del pueblo* (1938); y Pablo Rojas Paz. De Tuñón hay que destacar el hecho de que volvió a España (ya había estado en 1935) en cuanto supo del estallido de la guerra y del asesinato de su amigo Federico García Lorca el 19 de agosto de 1936, al obtener una corresponsalía para el periódico bonaerense *La Nueva España*, a principios de 1937. Delegado de su país al Congreso, tuvo la rara ocasión de poder intervenir hasta tres veces: en la sesión del 4 de julio en Valencia; en Madrid el 6, y en la clausura, en París, el 17. Del día 6 reportamos la parte final de su intervención, paradigmática del compromiso de los intelectuales hispanoamericanos en España:

En nombre de los poetas de América, dejo aquí junto a la lágrima y la sonrisa mi corazón ardiente, mi corazón americano, mi corazón orgullosamente español, furiosamente español [...] en el recuerdo de Federico García Lorca renuevo la protesta de toda América ante el crimen innumerable.⁴²

De Tuñón se publicará, en 1938, un interesante libro compuesto por poemas en prosa, crónicas y textos variados, titulado *Las puertas del fuego (Documentos de la guerra de España)*, y en 1939, un libro de poemas, *La muerte en Madrid*.

En Chile, Arturo Alessandri (1932-1938), populista y conservador, adoptó una posición neutral, aunque más bien inclinada hacia los franquistas; el gobierno sucesivo, de Frente Popular, guiado por Aguirre Cerda (1938-1941), simpatizó con los republicanos. Fue importante, sobre todo, debido a su intensa labor hacia fines de la guerra, cuando le encargó al poeta Pablo Neruda organizar el envío de refugiados republicanos a Chile. En la embarcación *Winnipeg*, adquirida por el gobierno español en el exilio, Neruda logró expatriar a unos dos mil republicanos. Pero se vio obligado a presentar su renuncia al encargo por una supuesta complicidad en el intento de realizar una selección con el objetivo de impedir que los anarquistas entraran en Chile.⁴³ La experiencia nerudiana en la guerra no se limitó a esta actividad y, por el contrario, fue una de las participaciones más comprometidas. Colaboró con Louis Aragon en la organización del Congreso de los Intelectuales; en París dirigió junto con Nancy Cunard la revista *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*, y con César Vallejo fundó el Comité Iberoamericano para la Defensa de la República Española; logró que sus colegas intelectuales chilenos tomaran conciencia de la situación española organizando la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura, que entre otras cosas afirmaba:

Tened la certeza de que nuestras actividades, hoy y siempre, estarán presididas por el recuerdo y el ejemplo de los intelectuales españoles que han dado su sangre por el pueblo; de los que, viniendo de otros países, nos han enseñado la solidaridad en las tierras de España; García Lorca, *Pablo de la Torriente Brau*, Gerda Taro, etcétera.⁴⁴

⁴⁰ Tulio Halperin Donghi, ob. cit., p. 357.

⁴¹ «Durante la guerra, la marina argentina participó en la evacuación de refugiados de la guerra fratricida [...] se [hicieron] ocho viajes desde Alicante, en los barcos como el torpedero “Tucumán” y el crucero “25 de Mayo”». Gerald G. Baumann, ob. cit., p. 59.

⁴² Manuel Aznar Soler y Luis M. Schneider, ob. cit., p. 89.

⁴³ Gerald G. Baumann, ob. cit., p. 76.

⁴⁴ Sergio Macías Brevis, *El Madrid de Pablo Neruda*, Madrid, Tabla Rasa, 2004, p. 152. Énfasis mío (f.s.).

En cuanto al asunto relacionado con el *Winnipeg*, saca a la luz que la experiencia nerudiana va en sentido contrario a las de muchos de los participantes en la guerra civil en cuanto al recorrido intelectual y político emprendido. Si para muchos la guerra había representado una desilusión frente a los comunistas y sobre todo la Unión Soviética, en Neruda sucedió lo contrario, llevándolo posteriormente al compromiso político con su elección a senador de la República de Chile, por el partido comunista, en 1945. De todas formas, la primera conversión que el escritor vivirá en la guerra civil será la poética, que explicará a través de un poema: «Explico algunas cosas» (inicialmente titulado «Es así»), insertado en la colección *España en el corazón*.⁴⁵ En él se ve inmediatamente la actitud coloquial, la renuncia al simbolismo —«¿Y dónde están las lilas? / ¿Y la metafísica cubierta de amapolas?»⁴⁶— a favor de una «nueva estética surgida de la realidad del momento [...] su poesía ha cambiado porque el mundo ha cambiado».⁴⁷

No se trataba de una conversión ideológica, sino que fueron el avance de la guerra, la destrucción de su amada Madrid⁴⁸ los que empujaron a Neruda hacia una escritura de denuncia de los horrores de la guerra y de las injusticias del mundo. Su poesía se orientó hacia el testimonio, hizo recuento de lo que vio y vivió. En este sentido, disentimos del análisis de Aldo Garosci, según el cual no siendo Neruda español y no viviendo por lo tanto el drama de la laceración de su patria, su participación fue menos intensa, el drama menos íntimo, lo que le permitió un dominio mayor del medio literario —valoración que Garosci aplica también al caso de Vallejo y con el cual estamos también en desacuerdo, como veremos más adelante. El

vínculo de Neruda con España fue estrechísimo y no fue casualidad que en el poema «Maldición»⁴⁹ la invocará como «Patria surcada», y llegara a maldecir, como un hijo frente a la ejecución del padre, a los que «con hacha y serpiente llegaron a tu arena terrenal»; esos «bandidos» que volveremos a encontrar en «Explico algunas cosas», que «venían por el cielo a matar niños, / y por las calles la sangre de los niños / corría simplemente, como sangre de niños».⁵⁰

⁴⁵ «Manuel Altolaguirre continuaba con sus tipografías. Instaló una en pleno frente del Este, cerca de Gerona, en un viejo monasterio. Allí se imprimió de forma singular mi libro *España en el corazón*. Creo que pocos libros, en la extraña historia de tantos libros, hayan tenido un destino y una gestación tan curiosos. Los soldados del frente aprendieron a preparar los caracteres tipográficos. Pero entonces faltaba el papel. Encontraron un viejo molino y decidieron fabricarlo allí. Se elaboró una mezcla realmente extraña, entre las bombas que caían, en medio de la batalla. Al molino se llevaba de todo, desde una bandera del enemigo hasta una casaca ensangrentada de un soldado moro. A pesar del material insólito, y la falta de experiencia absoluta de los fabricantes, el papel terminó siendo uno de los mejores». Pablo Neruda, *Confesso che ho vissuto*, Milán, Oscar Mondadori, 1975, p. 154.

⁴⁶ Pablo Neruda, «España en el corazón», *Tercera residencia en la tierra*, Barcelona, Seix Barral, 1990, pp. 39-71.

⁴⁷ José M. López de Abiada, «Neruda como paradigma: acotaciones sobre su estancia madrileña, su evolución estético-ideológica y su compromiso frente a España», en Varios, *Les poètes latino-américains devant la guerre civile d'Espagne*, París, Editions l'Harmattan, 1986, p. 40.

⁴⁸ Fascinado después de una breve estancia en 1927, pudo vivir allí desde mediados de 1934 hasta noviembre de 1936 en calidad de cónsul honorario, mandato del que será destituido por su actividad a favor del frente republicano. En Madrid frecuentará a los escritores Federico García Lorca, Rafael Alberti y Miguel Hernández, con los cuales estrechará una amistad fraternal.

⁴⁹ Pablo Neruda, «España en el corazón», ed. cit.

⁵⁰ *Ibidem*.

Desde Chile llegaron a España otros intelectuales, el primero de todos Vicente Huidobro, gran enemigo de Neruda.⁵¹ La enemistad procedía tanto del hecho de que el astro naciente del segundo había ofuscado, en su propia patria, la luz del primero, como de las divergencias políticas procedentes de la ortodoxia comunista de Huidobro y del sencillo —por el momento— antifascismo de Neruda. Estas fricciones llevaron a un grupo de escritores, encabezados por Tristan Tzara, a enviarles a ambos una carta idéntica en la que les pedían que bajaran los tonos y dejaran de lado cada motivo de resentimiento en vista del encuentro importante que habría representado el Congreso de los Intelectuales Antifascistas. De Huidobro se recordará el poema «Pasionaria», dedicado a Dolores Ibárruri, emblema de la mujer emancipada y politizada, a la que también dirigirá su saludo desde el estrado del Congreso de los Intelectuales durante la sesión del 6 de junio celebrada en Madrid.

El tercer intelectual integrante de la delegación chilena al Congreso fue Alberto Romero, entonces vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile, quien participó como último orador el mismo día que Huidobro. Sobre España, o mejor dicho, sobre los dos congresos antifascistas —pues había podido presenciar también el primero, celebrado en París en 1936— escribió *España está un poco mal* (1938), libro que marcará su fin como narrador por su decisión de no escribir más. En el texto de Baumann aparecen también los nombres de otros intelectuales chilenos presentes en España: Santiago Campo, Luis Enrique Délano y Juvencio Valle, pero desgraciadamente sin ninguna indicación ulterior.

En lo que respecta a los otros Estados latinoamericanos, Ecuador vivía en esos años una situación política complicada. Entre 1931 y 1940 tomaron el poder hasta 14 presidentes, todos dictadores de derecha. La opinión pública, por lo tanto, les prestaba poca atención a los acontecimientos españoles. Oficialmente no se conocía la posición gubernamental, pero tenemos todos los indicios para pensar que miraba a Franco con ojos favorables. Las noticias que tenemos de ecuatorianos en España se limitan a la experiencia de Demetrio Aguilera-Malta, estudiante que, como dijimos, se encontraba allí gracias a una beca; pero el estallido de la guerra le impidió frecuentar la universidad de Salamanca. Decidió quedarse en Madrid de todas maneras en calidad de corresponsal e incluso escribió uno de los primeros recuentos de la guerra civil, *¡Madrid! Reportaje novelado de una retaguardia heroica*, publicado en Barcelona en

1936 en tres ediciones, y una obra dramática, *España leal*, publicada en 1938 en Ecuador. No hay seguridades sobre su participación en el Congreso de los Intelectuales.

Costa Rica era un país democrático que había llegado incluso a abolir el ejército. El vocero de los intelectuales antifascistas ticos —promotores ya el 9 de agosto de 1936 de un manifiesto de solidaridad con la República española—⁵² fue Vicente Sáenz, que se encontraba en Madrid el fatídico 18 de julio de 1936. En 1937, el Comisariato General de Guerra publicó de Sáenz su libro *El resplandor de España*.

⁵¹ «Huidobro y yo estábamos encolerizados, ni siquiera nos saludábamos». Pablo Neruda, *Confesso che ho vissuto*, ob. cit., p. 161.

⁵² «No, no podemos permanecer en silencio. Tenemos que decir en voz alta que nuestra simpatía está con el pueblo español y con sus intelectuales honrados y no con el ejército traidor ni con la aristocracia inescrupulosa». Manuel Aznar Soler, ob. cit., p. 193.

Durante la guerra civil española gobernaba en Perú el régimen dictatorial de Oscar R. Benavides —en el cargo entre 1933 y 1939— que miraba con interés hacia el nazifascismo europeo y se inspiraba en él para la represión política interna. A pesar de todo, el Partido Aprista —declarado ilegal desde 1935— en su óptica populista y pequeño-burguesa, tuvo nuevamente la ocasión de poner sus incoherencias en evidencia: nunca adoptó una posición clara pro-republicana, ni le permitió a ninguno de sus miembros expresarse sobre la guerra civil. Este país se vio representado en España por dos intelectuales, exiliados desde hacía algunos años. César Falcón, periodista y escritor, quien se había ido de Perú en 1919. Durante la Guerra Civil Española había participado en la redacción de *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista, y le había dado vida a *Altavoz del frente*, una especie de grupo propagandístico comprometido con los soldados en el frente. También César Vallejo, único invitado peruano al Congreso de los Escritores, vivía lejos de su tierra, en París, desde 1923. Tuvo la posibilidad de conocer España profundamente a partir del 30 de diciembre de 1930, día en que se vio expulsado de Francia junto con otro peruano, Armando Bazán, debido a su supuesta actividad política, y residió en Madrid, donde se hizo miembro del Partido Comunista. Pudo volver a París sólo el 12 de febrero de 1932. Cuando estalló la guerra, era secretario de la Asociación de Escritores y Artistas Hispanoamericanos de París, a nombre de la cual hizo publicar un manifiesto de apoyo al gobierno republicano. El 30 de enero de 1937 aparece su firma junto con las de muchos otros escritores latinoamericanos al pie del manifiesto que fundó el Comité Ibero-Americano para la Defensa de la República Española.⁵³ Durante la guerra escribió varios artículos sobre los acontecimientos en curso.⁵⁴ Pero sin duda alguna la obra más importante que nos dejó Vallejo fue *España, aparta de mí este cáliz*, una serie de poemas recopilados en 1939. Como ya hemos tenido ocasión de mencionar, esta recopilación representa una de las producciones más interesantes entre las que surgieron de la guerra civil. Una de las intuiciones de Vallejo, seguramente surgida de su peculiaridad como marxista con inclinaciones religiosas, fue la de reconocer en la guerra de España la posibilidad para el ser humano de anularse en la creación de un reino caracterizado por la concordia entre los hombres, cuya consecuencia «será el triunfo sobre la muerte».⁵⁵ El paradigma de dicho concepto es el poema «Masa»:

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «no te mueras; ¡te amo tanto!»
Pero el cadáver, ¡ay! siguió muriendo.
[...]
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: «¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
[...]
Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporose lentamente
abrazó al primer hombre: echose a andar.⁵⁶

⁵³ Había participado en su creación en colaboración con Pablo Neruda.

⁵⁴ «Las grandes lecciones culturales de la guerra española», «Los enunciados populares de la guerra española», «América y la *idea del imperio* de Franco», «Hispanoamérica y Estados Unidos ante el tratado nipo-alemán-italiano». César Vallejo, *Crónicas*, a cargo de Enrique Ballón Aguirre, t. II (1927-1938), México, DF, UNAM, 1985, pp. 627-638.

⁵⁵ Ángeles Santa, *Literatura y guerra civil (Influencias de la guerra de España en las letras francesas e hispánicas)*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1988, p. 121.

⁵⁶ César Vallejo, *España, aparta de mí ese cáliz*, ob. cit., p. 141.

Esta concepción se unirá estrechamente con la renuncia al elitismo intelectual al que nos referíamos antes y al que el propio Vallejo había apelado en su discurso al Congreso de los Intelectuales. Sólo a través de la «muerte del yo, con la disolución del egoísmo» se podrá obtener la fraternidad universal.⁵⁷ La gran capacidad de leer el drama español con un ojo casi analítico será luego lo que le permitirá construir su obra en forma sublime, nunca excesivamente emocional, nunca propagandística, distinguiéndose así de la masa alineada. Pero análisis no significa alejamiento, por lo que no podemos aceptar la posición de Garosci, ni siquiera para el caso de Vallejo. Porque en este peruano está el reconocimiento —utilizado en su intervención en el Congreso— de España como madre tierra:

América ve, pues, en el pueblo español, cumplir su destino extraordinario en la historia de la humanidad, y la continuidad de este destino consiste en que a España le ha tocado ser la creadora de continentes: ella sacó de la nada un continente, y hoy saca de la nada al mundo entero.⁵⁸

Su objetividad, de todas formas, lo llevará a una crítica frente a la conducción del conflicto, causada por los excesos de los comunistas estalinistas. Ese «si cae España», en el último poema de *España, aparta de mí este cáliz* podrá verse entonces como el primero y pesado sometimiento a análisis de las posibilidades republicanas de victoria; y «¡Cuídate España, de tu propia España!» será, posiblemente, la advertencia final, dictada por la toma de conciencia de una crisis interna destinada a llegar al fracaso. Sabemos con seguridad que, como lo dijo en una entrevista Félix Pita Rodríguez, «a Vallejo lo amargaron entre todos, acusándolo de trotskista».⁵⁹

⁵⁷ Ángeles Santa, ob. cit., p. 121.

⁵⁸ «Intervención de César Vallejo en el II Congreso Internacional de Escritores...», ed. cit., p. 117.

⁵⁹ Antonio Merino, «España en una botella de ron» (entrevista a Félix Pita Rodríguez), *Brecha*, n. 78, Montevideo, 30 de abril de 1987, p. 29.

Como nuestro trabajo se centra en Pablo de la Torriente Brau, intelectual y periodista cubano, analizaremos a continuación el caso específico de los intelectuales cubanos que participaron en la Guerra Civil Española. A esta motivación hay que agregar dos más: la delegación cubana al Congreso de los Escritores Antifascistas fue, de todas las hispanoamericanas, la más numerosa, y Cuba fue el país hispanoamericano que contribuyó con más hombres a la defensa de la República española.

Los intelectuales cubanos

Como sabemos, cuando el inicio de la guerra civil, e incluso después de su fin, en Cuba mandaba Fulgencio Batista. A pesar del carácter dictatorial de su gobierno, la actitud que mantuvo frente al conflicto fue pacificadora. Cuba se esforzó, junto con otros países latinoamericanos, por llevar a los beligerantes —si bien en vano— a un acuerdo. Oficialmente el país se alineó con el no intervencionismo, el pueblo, por el contrario, se movió a favor de los leales con el envío de ayuda humanitaria y de hombres, organizados por el Partido Comunista. Aunque este era ilegal, logró organizarse y lanzar, el 4 de noviembre de 1936 un llamado al pueblo cubano para sensibilizarlo frente a la desgracia española.⁶⁰ Para coordinar la inscripción de los voluntarios se escogió a un dirigente comunista, Ramón Nicolau González. El 15 de abril de 1937 partieron de la isla unos 850, más 125 desde Nueva York el 3 de enero de 1937, que

formaban la llamada Centuria Guiteras. Los que procedían de Nueva York fueron reclutados por el Club Julio Antonio Mella e incorporados al batallón estadounidense Abraham Lincoln. En total, sin embargo, el propio Nicolau asegura que en España combatieron «más de 1 000 voluntarios cubanos»,⁶¹ considerando otros viajes sucesivos desde Nueva York y los que ya se encontraban en España cuando había estallado la guerra.

⁶⁰ Alfonso A. Bello y Juan Pérez Díaz, *Cuba en España: una gloriosa página de internacionalismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990, p. 142.

⁶¹ Ramón Nicolau González, *Cuba y la defensa de la República española (1936-1939)*, La Habana, Editora Política, 1981, p. 9; Alfonso A. Bello y Juan Pérez Díaz, ob. cit., p. 150.

Justo una semana después de la insurrección, el 25 de julio precisamente, los intelectuales cubanos levantaron su protesta publicando un manifiesto a favor de la República en la revista *Mediodía*. Entre las firmas encontramos las de Juan Marinello y Nicolás Guillén, los cuales, sucesivamente y junto con Alejo Carpentier, Félix Pita Rodríguez y Leonardo Fernández Sánchez, formarán la delegación cubana al Congreso de los Escritores. Mientras los dos primeros llegaron a España desde México, donde Marinello residía como refugiado político y Guillén se encontraba para el Congreso Nacional de Escritores y Artistas Revolucionarios de México, Carpentier y Pita Rodríguez fueron desde París, ciudad donde vivían desde hacía tiempo. De Fernández Sánchez, sin embargo, no existen informaciones adicionales.

Juan Marinello, militante del Partido Comunista cubano, fue nombrado presidente de todas las delegaciones hispanoamericanas y participó activamente en las sesiones del Congreso, pronunciando tres discursos: el 8 de julio en Madrid, el 10 en Valencia, y el 11 en Barcelona. Explicó la «obligada adhesión de los hombres escritores» como gesto indispensable en favor de un pueblo que, «cercado por la barbarie más poderosa del mundo, funda escuelas excelentes y publica revistas insuperables y cuida de su niñez y orienta a su juventud»; además, «siente en sí mismo el caso español [...] está con los sitiados heroicos de Madrid [...] porque ha descubierto que su batallar es un esfuerzo para realizar al hombre»,⁶² ese hombre nuevo que debía haber nacido de la victoria contra el fascismo e inaugurar una nueva etapa en el desarrollo de la sociedad civil. Precisamente en este sentido, al día siguiente, durante el encuentro celebrado en Barcelona, afirmaba: «Ya no caben dudas de que España es el punto culminante del mundo y que en sus campos y ciudades se está decidiendo no sólo el destino de un pueblo, sino la liberación definitiva del hombre».⁶³ La guerra de España marcó fuertemente a Marinello, que en los dos años posteriores publicó discursos, artículos y reportajes de un evidente tono propagandístico: *Dos discursos de Juan Marinello al servicio de la causa popular* (1937), *España republicana* (1937), *Momento español* (1939), y *Hombres de la España leal* (1938), este último junto a Guillén, con el que fundó también un boletín, *Nuestra España*, que se imprimía en París y con el que colaboraron también Félix Pita Rodríguez y Alejo Carpentier.⁶⁴ En *Dos discursos...* cita a Pablo de la Torriente Brau con las palabras siguientes: «camarada intachable en los mejores días de la lucha, camarada ejemplar ahora en su presencia sin mudanza, camarada guiador en el alba que ya apunta, por Brunete y por Villanueva de la Cañada, y en la claridad del triunfo de España y del triunfo del hombre».⁶⁵

⁶² Juan Marinello, *Dos discursos...*, ed. cit., pp. 3-4.

⁶³ Juan Marinello, «Discurso pronunciado en el Palau de la Música Catalana» (Barcelona, 11 de julio de 1937), en Manuel Aznar Soler y Luis M. Schneider, ob. cit., p. 233.

⁶⁴ Antonio Merino, ob. cit., p. 29.

⁶⁵ Juan Marinello, *Dos discursos...*, ed. cit., pp. 3-4.

Como Marinello, también Nicolás Guillén se había quedado fulgurado por la experiencia española, a tal punto que se sintió en el deber, una vez terminado el Congreso, de inscribirse en el Partido Comunista. Además de la colaboración mencionada con Marinello, la obra más famosa del poeta sobre la guerra civil es *España, poema en cuatro angustias y una esperanza* (1937), escrito, sin embargo, antes del viaje a España, mientras se encontraba en México para

participar en el congreso de la LEAR. En él podemos leer la exigencia del antillano, en su peculiaridad de hombre de dos sangres, de correr a España:

La muerte disfrazada va de fraile.
Con mi camisa trópico ceñida,
pegada de sudor, mato mi baile,
y corro tras la muerte por tu vida.
Las dos sangres de ti que en mí se juntan,
vuelven a ti, pues que de ti vinieron.

Esa tierra que él también, como ya lo hemos visto en Vallejo, reconocía como madre natural, o al menos una de las tres madres consideradas tales por un hijo nacido del encuentro de tres pueblos, tres culturas, tres continentes. Más tarde explica:

Yo,
hijo de América,
hijo de ti y de África,
esclavo ayer de mayorales blancos, dueños de látigos coléricos;
hoy esclavo de rojos yanquis azucareros y voraces;
yo, chapoteando en la oscura sangre en que se mojan mis Antillas;
[...]
Yo, hijo de América,
corro hacia ti, muero por ti.⁶⁶

A pesar del tono dramático, casi épico, del poema, como recuerda Elena Garro, su compañera de viaje, en España Guillén fue «siempre muy alegre»⁶⁷ y probablemente eso se debía al hecho de encontrarse por primera vez, él, mulato, en un país virgen de racismo —del lado todavía republicano— como señala Binns.⁶⁸ En efecto, en uno de sus dos discursos al Congreso, quiso destacar precisamente ese aspecto como una de las esencias principales del fascismo:

Tiene el fascismo, entre sus diversas direcciones antidemocráticas, una que acaso sea la que contribuya a definirlo con más enérgico perfil: la dirección racial, que parte de un punto de vista restrictivo y que divide a la humanidad en planos arbitrarios, el primero de los cuales estaría ocupado por una pretendida raza superior, seguramente blanca y posiblemente rubia.⁶⁹

El fascismo le ponía «una frontera a la difusión de las más puras normas democráticas y un estúpido regreso a etapas que se hallan en vía de superación por el desarrollo de la sociedad»,⁷⁰ de manera que, de acuerdo con su amigo Marinello, afirmaba la necesidad de participar en lo que consideraba la experiencia más trágicamente importante de ese tiempo, que caracterizaba «la dramática gestación del hombre futuro, su lento y firme nacer en un campo lleno de sangre, como el lecho de una mujer parida».⁷¹

De Guillén, salió publicada en España, en 1988 una recopilación de artículos agrupados por Antonio Merino en la que se encuentran entrevistas con el comandante Valentín González (*El Campesino*) y con Miguel Hernández, útiles además para comprender los contornos de la experiencia de Pablo en España.⁷²

⁶⁶ Nicolás Guillén, «España, poema en cuatro angustias y una esperanza», en Josette y Georges Colomer, *Les poètes ibero-américains et la guerre civile espagnole (1936-1939)*, Villemomble, Imprimerie Graphic Eclair, 1980, pp. 296-302.

⁶⁷ Elena Garro, ob. cit., p. 12.

⁶⁸ Niall Binns, ob. cit., p. 176.

⁶⁹ Nicolás Guillén, «Discurso pronunciado ante el auditorium de la Residencia de Estudiantes» (Madrid, 6 de julio de 1937), en Antonio Merino, *En la guerra de España*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1988, p. 29.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 34.

⁷¹ Nicolás Guillén, «Discurso pronunciado en el Teatro de la Porte Saint Martín» (París, 16 de julio de 1937, *ibidem*), p. 33.

⁷² Nicolás Guillén, *En la guerra de España*, ed. cit.

Alejo Carpentier, que vivía en París, ya había tenido la ocasión de visitar España en 1933 y 1934. En julio de 1937 había regresado por tercera vez, como hemos dicho, en calidad de delegado al Congreso de los Escritores. Las siempre útiles Memorias de la Garro lo recuerdan «muy flaco y muy joven». De su estancia en España salieron cuatro crónicas, tituladas «España bajo las bombas» y publicadas entre septiembre y octubre de 1937 por la revista cubana *Carteles*. De la sucesiva reelaboración de estos textos nació, años más tarde, en clave narrativa, la novela *La consagración de la primavera* (1978). Manuel Aznar Soler la define como la novela más comprometida del autor, en la que muestra

el mundo que le tocó en suerte vivir, esto es, la historia de nuestro siglo XX que para él nació con la Revolución Soviética en octubre de 1917, y que concluye en la novela con la victoria de la revolución cubana sobre el imperialismo yanqui en la batalla de Playa Girón. Es, por tanto, la novela épica de la revolución cubana.⁷³

También en el texto de Carpentier se encuentran rasgos de Pablo de la Torriente Brau. Por una parte, porque el autor se sirvió de algunas de sus crónicas, además de las suyas, para reconstruir lugares y personajes; y también porque lo encontramos citado concretamente en el capítulo 14, donde Enrique, protagonista y personaje autobiográfico, lo define como «uno de los mejores escritores de mi país; su estilo tenía muchos paralelos con el “estilo brutal” de tu amigo Hemingway, aunque no pienso que Pablo hubiese pensado en buscarse modelos literarios; era lo menos “literato” posible».⁷⁴

Alejo Carpentier, al igual que Félix Pita Rodríguez y Leonardo Fernández Sánchez, no intervino como orador en ninguna de las sesiones del Congreso de los Escritores. Carpentier y Pita Rodríguez formaron parte, en París, del Comité Iberoamericano de Ayuda a la República, junto con Marinello y Guillén, como ya hemos visto. A través de dicho Comité dieron vida a la revista *Nuestra España*, boletín que enviaban hacia América Latina para ofrecer un punto de vista sobre la guerra que no fuera el de los órganos de prensa oficiales, a menudo cercanos a los gobiernos dictatoriales que veían a Franco con simpatía.

De ese Congreso, Félix Pita Rodríguez insiste en destacar la importancia que tuvo para su formación como hombre. Recuerda al respecto: «Hasta ese momento yo había sido un revolucionario emocional y la guerra de España, la lucha del pueblo español, hicieron de mí un revolucionario de conciencia. Después del Congreso yo era otro hombre».⁷⁵

⁷³ Manuel Aznar Soler, «Alejo Carpentier y la guerra civil española: hacia *La consagración de la primavera*», *Escritura. Teoría y Crítica Literarias*, a. IX, Caracas, enero-diciembre, 1984, p. 71.

⁷⁴ Alejo Carpentier, *La consagración de la primavera*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986, p. 165.

⁷⁵ Antonio Merino, ob. cit., p. 29.

Terminada la guerra, colaboró con el envío de ayuda a los presos españoles que se encontraban en los campos de concentración franceses, y logró incluso que muchos huyeran en barcos dirigidos a Cuba. Una vez de regreso en La Habana en 1940, escribió una serie de catorce artículos sobre la Guerra Civil Española en el periódico *Hoy*.

*Un último intelectual cubano de que tenemos noticias sobre su presencia en España fue Carlos Montenegro. Era un escritor de cuentos que, una vez lograda una corresponsalía para el periódico cubano Mediodía, viajó al lado del batallón de Campesino para vivir y hacerles vivir a los lectores de su país la experiencia que su compatriota Pablo había contado antes. En 1938 publicó Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino), testimonio directo de la vida en el frente donde, hablando con Campesino, relata un recuerdo de este, sobre el inolvidable predecesor: «Es el mejor extranjero que ha venido a España. Si no lo hubieran matado, todo sería muy distinto».*⁷⁶

⁷⁶ Carlos Montenegro, *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)*, La Habana, Editorial Alfa, 1938, p. 43.



Pablo en Buitrago de Lozoya, España.

Me voy a España

¿Por qué España?

Cuando la Guerra Civil Española estalló el 18 de julio de 1936, Pablo de la Torriente estaba en el exilio en Nueva York. Allí había tenido la ocasión de participar en reuniones y manifestaciones de solidaridad para con la causa republicana durante las cuales había madurado un profundo sentido de pertenencia a esa lucha. La polarización política de esos años había alcanzado una exasperación tal que se miraba a España como un punto decisivo de viraje: el que ganara la guerra civil habría, presumiblemente, encaminado al mundo hacia una orientación política bien definida: «fascismo o socialismo».¹ Combatir era imprescindible y los intelectuales del mundo entero estaban conscientes de ello mejor que nadie.

El 2 de agosto de 1936 Pablo participó en un desfile en Union Square, la «plaza roja de Nueva York»,² donde tomó apuntes para un artículo, en el que expresó un aspecto importante de su pensamiento, exaltando lo que era su convicción, en su ánimo de periodista y de hombre que

creía en la verdad: «No creo en la imparcialidad. Porque, probablemente, sin pasión no hay verdad».³ La pasión por la verdad requiere alinearse. Análogamente se expresaba, en el mismo período, Herbert Matthews, enviado de *The New York Times* a España —en el sector republicano— quien defendía el derecho del corresponsal a «no esconder sus propias pasiones»:

Siempre he sentido un resentimiento hacia la falsedad y la hipocresía de los que afirman ser imparciales, y también hacia la obtusa (por no decir repelente) estupidez de los directores de los periódicos, y de los lectores, que exigen de los corresponsales una descripción objetiva e imparcial de la guerra.⁴

¹ PTB, «Carta a Ramiro Valdés Daussá», *Cartas cruzadas*, ed. cit., 1981, p. 409.

² PTB, «La Revolución española se refleja en Nueva York», *Cartas y crónicas de España*, La Habana, Ediciones La Memoria, 1999, p. 269-270.

³ *Ibidem*, p. 269.

⁴ Herbert Matthews, «The Education of a Correspondent», en Mimmo Candito, *I reporter di Guerra*, Milán, Baldini & Castoldi, 2002, p. 336.

Efectivamente, eran sobre todo los periódicos los que dividían los distintos ánimos de la Nueva York del momento. Habiéndose dado cuenta de la importancia del acontecimiento, la prensa —como acontecía en el mundo entero— había acogido en sus páginas el debate sobre la guerra y ha contribuido a fomentarlo alineándose con uno u otro bando. Pablo escribió al respecto:

El gran estruendo uniforme de Nueva York se ha roto [...] Hace quince días lo menos que en los periódicos, aun en los más escandalosos, escasean los grandes titulares pueriles [...] las noticias de la Revolución española toman la mayor importancia y el mayor tiempo [...] mas no hay duda ninguna de que están verdaderamente interesados en el desarrollo de la contienda y que las polémicas de prensa y de agitación surgidas [...] van a contribuir a acentuar las ya firmes divisorias entre la sociedad americana.⁵

Leyendo entre las líneas, podríamos entrever cómo iba surgiendo la idea de partir para la guerra y contar él también, su propia verdad. Entre otras cosas encontramos en el artículo un reconocimiento de la prensa como verdadero medio para comprender la guerra a través de los horrores descritos en las crónicas de los enviados.

En el *subway* todos [...] leen ahora los horrores que de parte y parte narran los bandos de la prensa acerca de los acontecimientos españoles. Y esto es lo más importante. Este es el verdadero reflejo de la revolución sobre este medio y el causante [...] de la gran repercusión que aquí se le ha dado al hecho.⁶

Hay por tanto, un reconocimiento del corresponsal como verdadero intermediario en relación con los acontecimientos que se iban desarrollando y con las poblaciones distantes; el único capacitado para reportar lo que realmente estaba pasando. Además de ser una señal de su deseo de medirse con la profesión de enviado, esto significaba también afirmar su desconfianza en las potencias que ya estaban demostrando una actitud oportunista de alejamiento. Pero notamos un dato adicional: la gran importancia que iba asumiendo una profesión que era ahora diferente en relación con las guerras anteriores. En esta, como hemos visto, la adhesión del reportero iba más allá de la simple responsabilidad del testimonio.

El deseo naciente de comprometerse directamente se confirma en una carta suya a Pepe Velazco, del mismo 2 de agosto, en la que le informa estar «haciendo gestiones a todo vapor por conseguir que algún periódico me envíe a España como corresponsal de guerra».⁷ Incluso, es posible que ya el 27 de julio, como se alude en carta a Carlos Martínez, lo estuviera pensando: «la revolución española me ha tenido todos estos últimos días la imaginación ocupada a todo vapor».⁸ Es a través de sus cartas a los amigos desde Nueva York,⁹ que podemos reconstruir la génesis de la idea de participar en la Guerra Civil Española, y es gracias a ellas que podemos comprender sus motivaciones íntimas.

Allá, aparte de la gran experiencia a mi vista, creo firmemente que puedo hacer por la revolución cubana mucho, pues parece claro que la revolución española tiene en Cuba profundas repercusiones y se le podrá sacar lascas innumerables, de lección, en beneficio de nuestro pueblo, dada la viva imaginación de este.¹⁰

Frente a las insistencias de los amigos cubanos de que abandonara sus proyectos de partir para España, aclara:

Me parece que ninguno de Uds. ve el proyecto de mi viaje en su justa proporción ni en su real sentido. [...] en el mejor terreno donde puedo servir a la revolución —como escritor y, particularmente, como periodista— puedo operar, y no sólo para beneficio de Cuba, sino de toda Hispano América. [...] Haré resaltar el carácter de la lucha de un pueblo contra su ejército traidor, cuantas veces pueda.¹¹

De todas formas, como leemos en las cartas a Raúl Roa, «si no me voy, me enfermo. Es cosa ya decidida»,¹² y a Ramiro Valdés Daussá, «Hoy mismo vengo de obtener la corresponsalía de *New Masses* [...] Es posible que consiga también para *El Machete* [la conseguirá] de Méjico»,¹³ ambas con fecha 4 de agosto. La decisión ya está tomada y encontramos su confirmación definitiva en la carta del 6 de agosto, posiblemente a Juan Marinello:

He tenido una idea maravillosa: me voy a España, a la revolución española [...] La idea hizo explosión en mi cerebro, y desde entonces está incendiando el gran bosque de mi imaginación [...] Pero ahora yo me voy a España, a ser arrastrado por el gran río de la revolución [...] A estar junto al gran remolino silencioso de la muerte.¹⁴

⁵ PTB, «La Revolución española...», ed. cit., pp. 269-270.

⁶ *Ibidem*, p. 269.

⁷ PTB, «A Pepe Velazco», *Cartas cruzadas*, ed. cit., p. 404.

⁸ *Ibidem*, p. 397.

⁹ Si podemos contar con el apoyo de estas cartas es gracias a la atención minuciosa ejercida por el propio Pablo en la conservación de sus documentos personales. En su archivo personal siempre guardaba una copia al carbón de las cartas que enviaba.

¹⁰ PTB, *Cartas cruzadas*, ed. cit., p. 404.

¹¹ *Ibidem*, p. 426.

¹² *Ibidem*, p. 408.

¹³ *Ibidem*, p. 409.

¹⁴ PTB, *En España, peleando con los milicianos*, México, DF, Editorial Grijalbo, 1972, p. 61. Véase también en *Cartas y crónicas de España*, ed. cit., p. 55 [N. de la E.].

Llegada a España

Es interesante recordar lo precoz del gesto internacionalista de Pablo en relación con la actitud de muchos otros intelectuales. Fue, en realidad, el primer escritor hispanoamericano que partió hacia la España en guerra, y entre los primeros escritores extranjeros en contarla, a través de su correspondencia y sus crónicas desde el frente de Somosierra y desde Madrid asediada por las fuerzas franquistas.

Había zarpado a fines de agosto desde Nueva York en el trasatlántico *Ile de France*, y llegado al puerto de Le Havre en septiembre. Después de una visita veloz por Bruselas y París, entró en España el 20 de septiembre a través de Port Bou. Una vez en Barcelona escribió «Barcelona bajo el signo de la revolución», su segunda crónica, pues la primera, «Des avions pour l'Espagne», la había escrito desde París, el 10 de septiembre. En la capital catalana la rebelión había sido vencida inmediatamente por el pueblo y de ello resultó una ciudad proletaria guiada por las organizaciones anarquistas Federación Anarquista Ibérica (FAI) y Confederación Nacional de Trabajo (CNT). El frente estaba lejos y lo que salía a la luz del que se encontrara de tránsito por ella era la tranquilidad, la casi normalidad de las jornadas. Incluso, la CNT había enviado nuevamente a los obreros a las fábricas —de muchas de las cuales se estaban apropiando— y lograba guiar al pueblo de manera responsable. La sensación que Pablo sintió cuando pasó por allí fue de sorpresa: «Desde que se pasa la frontera de Francia, le asaltan al viajero unas dudas muy serias sobre si habrá exagerado demasiado la prensa con todo lo referente a la revolución española [...] Y para darse cuenta de que hay guerra, se debe preguntar».¹⁵

Sea como fuere, si es cierto que no se estaba librando ninguna batalla dentro de los muros de la ciudad, también es verdad que fueron bastante evidentes las acciones contra el orden burgués

y católico anterior, caído ahora como resultado de lo que en Barcelona se vivió casi como una oportunidad revolucionaria. Lo que Pablo declara en su crónica —«es cierto que se quemaron las iglesias y los conventos [pero] la iglesia de la Sagrada Familia, obra inconclusa de Gaudí, el famoso arquitecto [fue] respetada en lo absoluto»¹⁶— no corresponde totalmente con la realidad. Como explica Thomas, «se gastó mucha gasolina en el vano intento de incendiar la Sagrada Familia de Gaudí, construida en cemento».¹⁷ Pablo estuvo sólo de paso en Barcelona y probablemente no tuvo el tiempo ni la forma de verificar los acontecimientos. De todas maneras, en algo tuvo razón: los actos incendiarios no se concebían para saquear. Y como confirma nuevamente Thomas, «las iglesias se consideraban las vanguardias del orden y las costumbres de la aristocracia y la burguesía. La intención, por lo tanto, era destruirlas, más que saquearlas».¹⁸

¹⁵ PTB, «Barcelona bajo el signo de la revolución», *En España, peleando con los milicianos*, ed. cit., p. 115. También en *Cartas y crónicas...*, ed. cit., p. 164 [N. de la E.].

¹⁶ *Ibidem*, pp. 118-119.

¹⁷ Hugh Thomas, ob. cit., p. 197.

¹⁸ *Ibidem*, p. 180.

Llegó a Madrid vía Valencia durante la noche entre el 24 y el 25 de septiembre de 1936 y este último día salió para Buitrago de Lozoya, un pueblito al norte de Madrid, importante por la represa que suministraba agua a la capital, centro de las actividades militares de la zona que comandaba Francisco Galán. En las sierras se habían creado milicias de partido, bastante desorganizadas, para hacerles frente a los ataques de las tropas del general Mola que llegaban por el norte. Si en Barcelona se podía, por lo menos, mantenerse lejos de la guerra, esto no sucedía en Madrid, la que, habiendo quedado en manos del gobierno legítimo, seguía siendo un objetivo principal de Franco en los primeros meses de la contienda. Con la formación de un nuevo gobierno de Frente Popular, el 6 de septiembre de 1936, ampliado a todas las fuerzas de izquierda y confiado al socialista Fernando Largo Caballero,¹⁹ se dio un paso adelante desde el punto de vista militar. El nuevo jefe del gobierno se da cuenta de la necesidad de crear compañías militares guiadas por oficiales preparados. De ahí la idea de crear —a partir del 14 de octubre— las Brigadas Internacionales, compuestas por voluntarios extranjeros procedentes de unos cincuenta países. Antes de esta evolución, el único cuerpo realmente organizado y eficiente de Madrid era el Quinto Regimiento, dirigido por los comunistas. Estaba organizado sobre el modelo de los ejércitos regulares y retomaba una característica del Ejército Rojo: la utilización de comisarios políticos. Estos iban a la par que los comandantes tanto en el reclutamiento de los voluntarios como en la explicación a las tropas de las motivaciones por las que combatían. En el seno del Quinto Regimiento nació la Brigada Móvil de Choque, División Campesino, dirigida por Valentín González, de la que también Pablo entrará a formar parte como Comisario de Guerra, probablemente el 5 de noviembre.²⁰

Buitrago de Lozoya y Madrid fueron los centros en los que Pablo desarrolló la actividad periodística, y de combate. De la primera escribirá, en las páginas de *¡No pasarán!*,²¹ órgano de prensa del Partido Comunista en el frente de Somosierra, un artículo de saludo titulado «América frente al fascismo», en el que les ofrecerá a los combatientes su propio testimonio sobre los esfuerzos que se estaban realizando en América Latina para enviarle ayuda al pueblo español.²²

En cuanto llegó a la capital, fue saludado desde las páginas de *El Mono Azul*:

Se encuentra entre nosotros el escritor y periodista cubano Pablo de la Torriente. Viene a España como corresponsal de guerra de la revista norteamericana *New Masses* y por el órgano del Partido Comunista Mexicano *El Machete*. Saludamos cordialmente a nuestro camarada.²³

En esa ciudad vivió algunos de los momentos más importantes del conflicto civil español. Fue testigo del comienzo del llamado asedio de Madrid,²⁴ iniciado a partir de la orden de ataque emitida el 20 de octubre por el general Franco, a la que le siguió el anuncio entusiasta de Largo Caballero relativo a las nuevas y poderosas armas, enviadas por Stalin, pagadas con la mitad de

las reservas de oro del Banco de España y llegadas a los puertos españoles el 15 de octubre. En el mismo discurso, Largo Caballero sostuvo con firmeza que dichas armas enfrentarían eficazmente el ataque de los insurrectos y lograrían una victoria indiscutible:

En estos momentos tenemos en nuestras manos un formidable armamento motorizado, tenemos tanques y una aviación poderosa [...] Mañana, 29 de octubre, al amanecer, nuestra artillería y nuestros trenes blindados abrirán el fuego contra el enemigo [...] ¡Ahora que tenemos tanques y aviones, adelante, camaradas del frente [...] ¡La victoria es nuestra!²⁵

¹⁹ Había sido secretario general del sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT).

²⁰ Lo intuye Víctor Casaus leyendo los apuntes de Pablo del 5 de noviembre, donde escribe que se ha ido al frente del comandante cubano Policarpo Candón, comparándolos con una carta fechada 15 de noviembre, en la que ya aparece como Comisario de Guerra.

²¹ Había muchos periódicos, revistas, o incluso sólo hojas sueltas que se imprimían en el frente. Casi cada batallón tenía su boletín informativo, entre los que recordamos: *¡No pasarán!*, órgano de la corriente comunista de la Primera División del frente de Somosierra; *Milicia popular*, del Quinto Regimiento; y *Le volontaire de la liberté*, de las brigadas internacionales.

²² Véase PTB, «América frente al fascismo», *¡No pasarán!*, n. 8, Buitrago de Lozoya, 9 de octubre de 1936, p. 6.

²³ «Pablo de la Torriente», *El Mono Azul*, n. 8, 15 de octubre de 1936, p. 6.

²⁴ Hugh Thomas, ob. cit., cuarta parte, p. 331.

²⁵ Fernando Largo Caballero, «Proclama difundida en Madrid el 28 de octubre de 1936», en PTB, *En España, peleando con los milicianos*, ed. cit., pp. 77-78.

En la ofensiva del 29, se iniciaría la larga agonía de Madrid, culminada con el abandono de la ciudad por parte del gobierno republicano el 6 de noviembre —ante la prevista operación planificada por Franco para el 7 de noviembre, y concluida, temporalmente, sólo en marzo de 1937 con la derrota fascista de Guadalajara. Pablo se quedó sólo hasta el 4 de noviembre, después de lo cual, por su deseo de contribuir materialmente a la victoria de la libertad, se fue de nuevo al frente, donde se inscribió en la División Campesino. Aquí combatió valientemente y, en calidad de Comisario de Guerra, se fue a las aldeas a reclutar hombres junto con su amigo Miguel Hernández,²⁶ joven poeta español autodidacto, ex pastor de cabras, nombrado por Pablo Comisario Cultural de las brigadas. En una entrevista concedida a Nicolás Guillén, Miguel Hernández recordó así al amigo caído pocos meses antes:

Conocí a Pablo en Madrid, una noche en la Alianza [...] Esa noche, recién amigos, bromeamos como antiguos camaradas. El sentido humorístico de Pablo era realmente irresistible [...] él sabía encontrar como pocos el costado grotesco de las cosas más solemnes [...] Yo le quise mucho. Después de aquella noche que les digo, nos separamos durante varios meses. Nos volvimos a encontrar en Alcalá de Henares [...] Pablo era entonces comisario político del batallón del *Campesino*. Me ofreció hacerme también comisario [...] con lo que ya estábamos juntos otra vez Pablo y yo, y juntos pasamos al frente de Majadahonda. De allí le vi partir un día con las fuerzas del comandante Candón, otro cubano, y ya no le encontré más. O mejor dicho, sí volví a verle, pero él estaba muerto [...] Pablo [era] uno de los muertos más serenos que he visto: parecía que no le hubiera pasado nada.²⁷

²⁶ De Miguel Hernández (1910-1942), muerto en las cárceles franquistas, recordaba con pesar Pablo Neruda: «Miguel era tan campesino que todo a su alrededor emanaba olor a tierra [...] Este escritor había salido de la naturaleza como una piedra intacta, con virginidad selvática y una arrolladora fuerza vital [...] Me narraba lo impresionante que le resultaba apoyar los oídos en el vientre de las cabras dormidas. Así escuchaba el ruido de la leche que llega a las tetas, el ruido secreto que nadie, salvo ese poeta de cabras, ha podido escuchar». *Confieso que ho vissuto*, ed. cit., p. 145.

²⁷ Nicolás Guillén, «Un poeta en espardeñas» (25-X-1937), *En la guerra de España*, ed. cit., pp. 83-88.

Miguel Hernández también dejó un homenaje indeleble a Pablo el día de su sepultura, cuando leyó su «Elegía segunda» en recuerdo del amigo desaparecido:

«Me quedaré en España, compañero»,
me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio tronante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.

[...]

Pablo de la Torriente,
has quedado en España
y en mi alma caído:
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

[...]

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
porque este es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.²⁸

Otra evocación de Pablo, Comisario de batallón, nos la ofrece el propio *Campesino* Valentín González, su comandante, recogida también por Guillén durante sus peregrinaciones por el frente:

Pablo [...] lo más grande que he tenido a mi lado: lo más inteligente y honrado; lo más puro [...] Yo lo quise mucho, como a un hermano. Siempre andábamos juntos; con él consultaba todos mis planes, los más íntimos; en él depositaba toda mi confianza. Para mí, su muerte es irreparable.²⁹

La experiencia directa de la guerra, aunque se veía como una necesidad, representó para Pablo también un gran problema de conciencia en relación con los periódicos que le habían asignado las corresponsalías. En una carta fechada el 15 de noviembre, se recriminaba: «mi cargo de Comisario de Guerra, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera». Pero, continuaba, «en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria, de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento».³⁰ No se puede olvidar que Madrid, en ese período, estaba sufriendo la segunda fase del ataque desencadenado por los legionarios franquistas, reanudado el 7 de noviembre y continuado por casi cinco largos meses —el 15 de noviembre los legionarios norafricanos de Franco entraron en la Ciudad Universitaria y la batalla que estalló continuó hasta el día 23, cuando lograron ocupar casi tres cuartas partes de ella. La presión psicológica que esta situación ejercía sobre la población era enorme, agravada también por la oscura presencia de la llamada Quinta Columna,³¹ compuesta por nacionalistas que se habían quedado dentro de la capital, desde donde realizaban acciones terroristas contra civiles y milicianos con el objetivo principal de sembrar el pánico. Esa situación llevó a una serie de disposiciones por parte del gobierno, entre las que se encontraba la producción de carteles que se pegaban a lo largo de las calles, donde, por ejemplo, se alertaba: «Mujeres, en el mercado, callad. El enemigo os escucha», «Camaradas, en el bar, callad. El enemigo os escucha»,³² o simplemente «¡Callad! ¡El espía os escucha!».³³ Pero hubo también acciones más difíciles, que llevaron a cabo las Checacas, escuadras de la policía secreta instituidas por todos los partidos políticos y los sindicatos —«sólo en Madrid había 227»³⁴— que se ocupaban de trasladar a los presos filo-nacionalistas desde las cárceles a través de las llamadas *sacas*, verdaderos viajes de la muerte.³⁵

²⁸ Miguel Hernández, «Elegía segunda», en Elizabet Rodríguez e Idania Trujillo, eds., *El calor de tantas manos*, La Habana, Ediciones La Memoria, 2001, pp. 40-41.

²⁹ Nicolás Guillén, «Un poeta en espardeñas», ed. cit., p. 94.

³⁰ PTB, *En España, peleando con los milicianos*, ed. cit., p. 79.

³¹ Así la había definido Mola respondiendo a la pregunta de un grupo de periodistas extranjeros sobre cuál de sus cuatro columnas había tomado la capital.

³² PTB, *Cartas y crónicas de España*, ed. cit., p. 106.

³³ *Carteles de la guerra 1936-1939*, Madrid / Barcelona, Colección Fundación Pablo Iglesias, 2004, p. 99.

³⁴ Hugh Thomas, ed. cit., p. 184.

³⁵ Paul Preston, *La guerra civil española (1936-1939)*, Milán, Mondadori, 2005, p. 139.

La fuerte tensión golpeó también a Pablo, que una vez en el frente, se dio cuenta de la imposibilidad de huir de las atrocidades de la guerra, de cuánto estas lo habían cambiado, y de cómo le resultaba imposible a cualquiera seguir siendo el mismo después de haber vivido tal horror. En este sentido, el 21 de noviembre escribió:

¿Qué me falta ya por ver, palpar y sentir de la guerra? Bueno, sentir no. No se siente nada en la guerra. Terminó con ella la sensibilidad humana. Anoche regresábamos en el carro y traía en la mano el diario de un desertor que acababa de ser ejecutado. Y bromeábamos con absoluta naturalidad, del frío que estaría pasando su cadáver, bajo la noche inclemente, de un fino e interminable lloviznar helado [...] Sin embargo yo era un hombre sensible y acaso lo vuelva a ser [...] Pero así es la guerra de inhumana e insensible. Por eso nadie podrá jamás pintarla bien. Cuando uno se pone a escribir es que, por un momento siquiera, le ha vuelto a uno su capacidad de emocionar el recuerdo. Y ya es falso todo.³⁶

Y mientras tanto, el invierno avanzaba inexorablemente. Pablo se encontraba en el frente como un miliciano cualquiera, y como tal debía soportar las tribulaciones de los demás. «Moriré no de bala sino de frío», afirmaba irónicamente en carta del 21 de noviembre. Pero los mayores sufrimientos estaban relacionados con el dramatismo de la guerra, como hemos visto. No por casualidad, en su nuevo papel de miliciano, había dejado de lado la escritura.

Logró escribir sólo una crónica, ese 21 de noviembre de 1936, después de la decisión de enrolarse en la brigada del *Campesino*. Y precisamente se la dedicó a esta. Describió algunos de los componentes de la división y, sobre todo, dibujó la figura de Valentín González: como oficial, que no seguía el «arte militar burgués»³⁷ —como él mismo lo definía—, y como hombre, ampliando la imagen de este combatiente mencionado en casi cada texto de la Guerra Civil Española.³⁸ Basten como ejemplo las palabras de Pablo en el cierre del artículo: «hombre excepcional que se pasea entre las balas con la aparente indiferencia del apicultor que cruza sin alarmarse por entre los panales irritados de las abejas».³⁹

³⁶ PTB, *En España, peleando con los milicianos*, ed. cit., pp. 93-94.

³⁷ PTB, «Campesino y sus hombres», *Pluma en ristre*, ed. cit., p. 502. También en *Cartas y crónicas...*, ed. cit., p. 253 [N. de la E.].

³⁸ Thomas plantea que él no era el verdadero comandante de su brigada, sino un tal mayor Medina. De esto, sin embargo, no encontramos mención en ninguna otra parte.

³⁹ PTB, «Campesino y sus hombres», ed. cit., p. 509.

También la falta de tiempo fue determinante, de todas formas, para que Pablo dejara de escribir. Como quiso aclarar en una carta de 28 de noviembre, escrita desde el comando militar de Alcalá de Henares —a donde se había trasladado la brigada de Campesino para reforzar la cobertura de Madrid—, su trabajo de comisario lo comprometía también desde el punto de vista organizativo: «El día 23 [fuimos] a hacer un recorrido por varios pueblos a enterarnos de varios asuntos». Había hombres que inscribir, vestir y preparar para el combate. Pero también debía ocuparse de su preparación cultural. Según cuenta en carta de 13 de diciembre —la última—, había tomado disposiciones para ello dotando a la compañía de un maestro, además de haber organizado proyecciones cinematográficas, para las que había solicitado que intervinieran intelectuales del calibre de Rafael Alberti y María Teresa León. Todo esto fue posible gracias a un período de relativa calma después de las últimas incursiones de fines de noviembre. Por lo menos esa era la situación reflejada a través de los ojos de Pablo:

Ahora, en estos días [...] La situación ante Madrid está estancada. La sierra está cubierta de nieve, y, en contra de lo que opinan varios, me imagino que ellos no intentarán un nuevo desplazamiento de fuerzas [...] Ha habido en estos últimos días menos intensidad en los ataques [...] Todos son unánimes en anunciar que se prepara un gran asalto más poderoso que los anteriores. No pasará nada...⁴⁰

Desgraciadamente, se equivocaba. Estaba por iniciarse un movimiento de tropas que, aunque finalmente rechazado por las milicias republicanas, iba a poner fin a su existencia. El 14 de diciembre, efectivamente, la ofensiva franquista se reanudó en la zona de Boadilla del Monte, un pueblito cerca de Majadahonda. El 15, debido a una niebla espesa, hubo una pausa en las operaciones que llevó al comando madrileño a enviar la Brigada Móvil de Choque de *Campesino* como refuerzo en ese sector, a la derecha del río Guadarrama. El 18 hubo un choque violentísimo que se prolongó por un día entero y dejó diezmado el batallón Thaelmann, de las Brigadas Internacionales, compuesto mayoritariamente por alemanes anti-nazis. Al mismo tiempo, también las fuerzas de *Campesino* se vieron comprometidas en el conflicto, en la cercana localidad de Romanillos, durante cuyas agitadas acciones se habría producido la muerte de Pablo. Si nos basamos en la reconstrucción de los hechos que le hicieron a Juan Marinello, el 7 de septiembre de 1937, Policarpo Candón, comandante cubano, y Justino Frutos Redondo, quien acompañó a Candón a recuperar el cadáver,⁴¹ Pablo de la Torriente Brau habría fallecido el 18 de diciembre, pero su cuerpo sólo pudo ser recuperado —y por tanto declarado oficialmente muerto— el 19. Frutos Redondo recuerda esos momentos dramáticos:

⁴⁰ PTB, *Cartas y crónicas...*, ed. cit., pp. 149-150.

⁴¹ Juan Marinello, «Palabras para Cuba», *Dos discursos de Juan Marinello al servicio de la causa popular*, ed. cit.

Fue un combate terrible, todo era polvo y llamas de las bombas y proyectiles. [...] Pablo me llamó y me dijo que había necesidad de dividir el frente entre los dos. Así lo hicieron [...] Después de presentar una gran resistencia al enemigo y de haber contratacado varias veces, el enemigo rompió el frente por los flancos, principalmente por el frente de otra unidad [el batallón Thaelmann] que se defendía a nuestra izquierda por la orilla de un bosque que llegaba hasta cerca de Majadahonda: los tanques y tanquetas con infantería enemiga se metieron por el camino que iba de Majadahonda a Romanillos y nos atacaron por la espalda [...] Al atardecer el camarada Candón vino a mi compañía y me preguntó si había visto a Pablo [...] Le contesté que no sabía nada de él [...] Nadie tenía noticias [...] Candón, que tenía mucha amistad conmigo, me dijo: «Oye viejo, hay que buscar a Pablo» [...] Candón y yo estudiamos el camino por el cual debíamos introducirnos en la retaguardia enemiga [...] Al lado de donde había estado la línea de fuego el día anterior, había una pequeña casilla en lo alto de la loma. No era posible buscar a Pablo sin reconocer aquella casucha [...] empecé a buscar a Pablo. Lo encontré: estaba tendido en el suelo, bocarriba, y su cuerpo aún estaba caliente. Le llamé: «Pablo», pero no contestó. Rápidamente le desabroché el cinto, le quité la chaqueta y la camisa y vi que una bala le había entrado por el mismo corazón y salido por la espalda [...] El día 19 de diciembre de 1936, por la mañana temprano, el camarada Candón se hizo cargo de nuestro inolvidable y querido Pablo y de su documentación.⁴²

Así moría Pablo de la Torriente Brau. Como se dice en su biografía, su cuerpo fue sepultado con todos los honores en el cementerio de Chamartín de la Rosa. En los días siguientes, su nombre fue recordado en muchos periódicos que se publicaban en el frente. Entre ellos citamos *Milicia Popular*, que en su primera página de 23 de diciembre le dedica un artículo titulado «Un héroe», que terminaba: «América, España y el mundo entero de los proletarios han perdido uno de sus más necesarios defensores».⁴³ También *Claridad* quiso ofrecer un retrato de ese periodista que, llegado para contar los hechos de España, acabó empuñando el fusil para vivirlos en primera persona: «PABLO DE LA TORRIENTE HA MUERTO. VINO A ESPAÑA A LUCHAR POR LA LIBERTAD HUMANA [...] cayó sobre la tierra con el plomo de la muerte dentro del cuerpo».⁴⁴

⁴² Alberto A. Bello y Juan P. Díaz, *Cuba en España, una gloriosa página de internacionalismo*, ed. cit., pp. 221-222.

⁴³ *Milicia Popular* (Madrid, 23 de diciembre de 1936), Hemeroteca Municipal de Madrid.

⁴⁴ *Claridad* (Madrid, 23 de diciembre de 1936), Hemeroteca Municipal de Madrid.

Juan Marinello escribió, evocando al compañero desaparecido, epílogo de una vida dedicada a la exigencia de construir un mundo mejor, humano y justo:

El cable acaba de ofrecernos una noticia simple y escueta [...]: Pablo de la Torriente Brau [...] ha muerto en Romanillos peleando junto a los leales [...] Esperábamos su vida, su mejor vida, granada y plena. Nos ha llegado su muerte. Aquella fuerza desalada y voluntariosa que era él mismo, impedida de madurez [...] se rompió violentamente contra la injusticia [...] Gocen los cobardes y los hipócritas. Jamás podrán sentir aquella alegría sin fondo con que se desgranaba este muchacho audaz por la salud de un mundo sin fealdades. Aquella sangre cumplió su fin derramándose. Disolvamos el nudo angustioso que se nos viene a la garganta. Pablo hubiera hecho de su muerte su mejor relato. Hubiera visto en esa muerte a los treinta años en defensa del hombre, el destino de su ímpetu y la culminación de su humanidad vencedora.⁴⁵

Las crónicas

En el período transcurrido entre el 10 de septiembre y el 21 de noviembre de 1936, Pablo escribió catorce crónicas desde España.⁴⁶ En todas, llama la atención su singular ojeada a la guerra civil. El punto de vista privilegiado del escritor no son los ejércitos alineados, las grandes batallas o las destrucciones, como todo hubiera hecho pensar. Toma distancia del recuento de la acción que, en ese mismo período, encontramos por ejemplo en un Hemingway⁴⁷ —culpable a menudo de un «manierismo sombrío [en el que] hay siempre mucha sangre», como diría Candito.⁴⁸ Lo que Pablo cuenta es también fruto de una elaboración interior que, como veremos, lo lleva a confrontar sus propias ideas y posiciones en una misma página mecanografiada.

⁴⁵ Juan Marinello, *Momento español*, La Habana, Imprenta La Verónica, 1939, pp. 65-75.

⁴⁶ «Des avions pour l'Espagne!» (10-09-36), «Barcelona bajo el signo de la revolución» (20-09-36), «El Partido Socialista Unificado de Cataluña» (28-09-36), «La aviación en la guerra de España» (28-09-36), «Cuatro camaradas del enemigo» (15-10-36), «Un alcalde de la revolución» (18-10-36), «José Díaz, Secretario General del Partido Comunista español» (23-10-36), «En el parapeto. Polémica con el enemigo» (29-10-36), «We Are from Madrid» (30.10.36), «La U.G.T. un resorte de la revolución» (03-11-36), «Campesino y sus hombres» (21-11-36), «Polizones del Magallanes» (no fechada), «Cuatro muchachas en el frente» (no fechada), «Francisco Galán, un general de las milicias españolas» (no fechada).

⁴⁷ Véanse las crónicas de Hemingway recogidas en *By-line*, Milán, Mondadori, 2005.

⁴⁸ Mimmo Candito, ob. cit., p. 357.

Lo que le interesa mayormente son las individualidades que llenan el escenario: las masas que en París manifiestan contra el gobierno francés; el grupo de mexicanos que llegan como clandestinos, en una embarcación, para luchar en España. Mediante estas descripciones de micro-realidades, muestra la vida durante la guerra. Las entrevistas a importantes representantes políticos como José Díaz, u oficiales del calibre de Francisco Galán, no son tanto más significativas que las realizadas a individuos de una categoría aparentemente menor —como cuatro muchachas en el frente— que resultan determinantes como cualquier otro elemento que en esos días, en esos años, estuviera combatiendo la amenaza fascista. De hecho es gracias a la descripción de esos personajes «secundarios» que podemos hoy considerar a Pablo uno de los primeros escritores del género testimonio, y no sólo cronista de un evento excepcional. Recordemos en este sentido lo propuesto por George Steiner cuando subraya la enorme importancia conquistada por el reportaje y el «recuento fiel de los hechos» como «los herederos de las libertades de la novela».⁴⁹ Agreguemos la visión de Roberto Fernández Retamar, que parece concordar en parte con esta tesis en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, en la que, hablando de la literatura nacida con la Revolución de 1959, expresa: «es lógico que la inmediatez del hecho histórico pueda ser captada sobre todo por el género literario que de ello vive: el reportaje»,⁵⁰ y menciona precisamente *Peleando con los milicianos* como una de las obras cumbres de esa nueva literatura testimonio.⁵¹

Pablo abrazó el género periodístico porque le resultaba más funcional para la necesidad de contar la Historia. A través de sus reportajes, narra hasta las historias más pequeñas, a través de las cuales compone su gran mosaico. Las narraciones de Pablo muestran uno de los cánones de lo que Amir Valle Ojeda define como *post-testimonio*:⁵² el relato de la historia vivida por los derrotados, los subyugados, contada con un lenguaje sencillo, típico de los que viven al margen de la sociedad. En aquel momento eran los campesinos y los proletarios procedentes de medio

mundo los que se convirtieron en protagonistas, y gracias a los que, como Pablo, los harán hablar a través de sus escritos, podrán exponer sus experiencias. «El pueblo es siempre emocionante para mí. Pero más ahora, cuando levanta un fervor combativo que está por encima de muchos gobernantes», dijo en una carta escrita desde Madrid el 24 de octubre, como para confirmar lo que había expresado en sus artículos.

⁴⁹ George Steiner, ob. cit.

⁵⁰ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, ed. cit., p. 186.

⁵¹ «De todas las líneas que mencioné, esta [el testimonio] es la que más cerca se encuentra de esa “historia narrada por creadores” [...] de que Cuba conocería nuevos ejemplos vigorosos en la década del 30 de este siglo [xx], sobre todo en la obra de Pablo de la Torriente». *Ibídem*, pp. 185 y 234.

⁵² Amir Valle Ojeda, «Pablo y el post-testimonio: historia y testimonio bajo los lenguajes de la contemporaneidad», en Varios, *Para ver las cosas extraordinarias. Coloquio Internacional Cien años de Pablo*, ed. cit., pp. 125-133.

Ahora serán siempre los otros los protagonistas indiscutidos de su obra. El personalismo, el yo, que solía aparecer en sus cuentos, en el marco español cedió el lugar al otro. Ello, en verdad, también como contra-tendencia en relación con muchos de los que escribieron en ese determinado contexto y con lo que sucede en general en quien se encuentra —eso se nota en particular en los corresponsales de guerra— en situaciones extremas. Hemingway, por ejemplo, escribe:

Dicen que la que te hiere no la oyes nunca. Eso es particularmente cierto en cuanto a las balas ya que, si las oyes, quiere decir que ya han pasado. Pero el que escribe ha escuchado el último proyectil que golpeó este hotel. Lo escuchó salir de la batería y venir luego, con un rugido sibilante cada vez más cercano, parecido a un tren del metro, hasta que estalló contra la gran cornisa e inundó el cuarto con fragmentos de cristal y cemento. Y mientras que el cristal seguía cayendo con sus tintineos, tú tendías el oído esperando la próxima bomba y te dabas cuenta de que finalmente, habías vuelto a Madrid.⁵³

Textos como este resultaban útiles para que los periódicos aumentaran sus ventas, si les hacían sentir a sus lectores el olor a sangre, el polvo que levantaban las explosiones. En Pablo no encontraremos nada de esto. A lo mejor porque vivió realmente los peligros de la guerra, y logró, por lo tanto, imponerse un límite para no destacar lo que no fue sino horror. Mientras, se susurra que Hemingway había seguido la guerra sólo desde el hotel. Fijada en la pared exterior del Hotel Florida, en la Gran Vía de Madrid, hay una tarja que recuerda, algo ambiguamente, que allí el norteamericano residió y escribió sus artículos como corresponsal, durante la Guerra Civil Española.

En el centro de las atenciones de Pablo, por el contrario, siempre está el pueblo, a través del cual da a conocer su punto de vista, explica las razones por las que era necesario alinearse con el gobierno republicano. Da así un ejemplo concreto de lo que expresó la Calamai, según la cual, por primera vez en la historia de la literatura mundial, se puso en práctica la síntesis entre poesía y pueblo, ampliando así el significado del término *poesía* en el sentido más general de obra literaria.⁵⁴ El intelectual puso la palabra al servicio de la causa justa; Pablo de la Torriente Brau ofreció sus crónicas.

⁵³ Ernest Hemingway, ob. cit., p. 283.

⁵⁴ Natalia Calamai, ob. cit.

Un «nuevo periodismo»

En cuanto Pablo de la Torriente Brau llegó a París, tuvo un primer contacto con el clima conflictivo entre la población a favor de España y el gobierno francés, protegido detrás de la fórmula de la no-intervención. Escribió inmediatamente un artículo, «Des avions pour l'Espagne!...», retomando un lema escuchado en las plazas. Se quedó sumamente fascinado con el ambiente y, enseguida, se introdujo entre la gente para recoger sus impresiones: «las manifestaciones son extraordinariamente múltiples, y a cada ocasión notable, se desbordan los sentimientos [...] No son sólo manifestaciones públicas y cívicas a favor de España, sino

movimientos poderosos de huelga, en lucha contra la neutralidad francesa en el caso de España».⁵⁵

Como buen periodista que escucha los dos lados, también se esforzó por comprender la posición política del gobierno de Blum:

Mas no es que el Gobierno de Blum no tenga simpatías por el Gobierno español. Es que pocas veces, en su larga historia, ha confrontado Francia posición tan difícil y peligrosa como la actual. Interiormente, el Frente Popular tiene que hacer frente a las maniobras osadas de los fascistas de la Croix du Feu, que, aunque disueltos, no han desaparecido [...] En cuanto al exterior, son tales las complicaciones internacionales de todo orden que afectan a Francia, y tan evidentes, que bien puede decirse que nunca su diplomacia ha tenido tarea semejante [...] Le conviene la paz en todos los sentidos y está luchando por mantener la paz a todo trance. Por eso ha querido la neutralidad de las naciones en el caso español.⁵⁶

Más formal, menos intensa y entusiasta que las sucesivas, esta crónica ofrece, partiendo de lo particular —París— una mirada más general sobre la política francesa e internacional. Da la impresión de querer respetar determinado rigor periodístico, quién sabe si con el deseo de parecer, en cierto sentido, más profesional, tranquilizando de esa forma a los que le habían asignado el cargo de corresponsal. Podríamos definir esta crónica como su escrito menos español. Como se encontraba en Francia, todavía no lograba involucrarse del todo, emocionalmente, en la guerra que se estaba llevando a cabo más allá de los Pirineos. Sólo cuando entra en Madrid puede darse cuenta de la realidad de los hechos, de la violencia del conflicto, y recupera entonces su estilo apasionado. Por otra parte, como señala Miriam Rodríguez Betancourt, «la grandeza de Pablo periodista reside [...] en la temática asumida dada su condición de combatiente, y en el vigor expresivo, brillante, de su prosa».⁵⁷ Será con un compromiso total que logrará producir las mejores crónicas. Para comprender este estado de ánimo específico surgido en España, basta citar el inicio del artículo «We Are from Madrid»:

Yo he visto ya, dentro y fuera de la revolución, cosas emocionantes e inolvidables. Pero yo no sabía hasta qué punto podía llegar la emoción de una masa revolucionaria. Yo he visto demostraciones del Primero de Mayo, en Nueva York. Yo he visto los mítines de Union Square y los del Madison Square Garden. Yo he visto las demostraciones populares de La Habana [...] He visto a un hombre bajo el paroxismo revolucionario, disparar con su revólver contra los barcos de guerra yankees en la bahía de La Habana [...] He visto a un hombre, bajo el pánico, huir del linchamiento de una multitud justamente furiosa. He visto la cara de un policía acobardado, delante de mí. Y he visto sonreír a un compañero moribundo. Mi memoria es un diccionario de recuerdos indelebles. Pero yo no sabía hasta qué punto podía llegar la emoción de una masa revolucionaria.⁵⁸

⁵⁵ PTB, «Des avions pour l'Espagne!» (10-09-36), *Cartas y crónicas...*, ed. cit., p. 160.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 162-163.

⁵⁷ Miriam Rodríguez Betancourt, *ob. cit.*, pp. 113-118.

⁵⁸ PTB, «We Are from Madrid», *Cartas y crónicas...*, ed. cit., p. 130.

Podríamos subdividir los trabajos de Pablo en España en dos grupos: los de carácter más general, relativos a hechos y personajes menores; y aquellos en los que describe instituciones, y entrevista a hombres destacados dentro del panorama republicano. En todas, sin embargo, notamos una misma forma de investigación: lo que escribe le llega no tanto de la observación como del intercambio con el prójimo, de la entrevista. Escucha las manifestaciones, hace preguntas, se informa: «Mientras tanto, hablo con el pueblo, que es lo más que me gusta».⁵⁹ Y las conversaciones, las entrevistas que surgen de ellas, se replantean en la página como si fueran diálogos en un cuento o novela, con el resultado de una redacción ágil, que ofrece una lectura agradable. Las voces de los interlocutores, cuando son muchos, se superponen afanosamente, desplazándonos a tal punto que resulta difícil darse cuenta de quién está hablando, pero creando, al mismo tiempo, un movimiento armónico. Es ahí donde reside la capacidad de Pablo de anticipar en sus crónicas una de las técnicas que se afirmarán con el futuro *New Journalism* norteamericano, al romper esquemas y moverse hábilmente entre realidad y ficción.

[F]ue magnífico y divertido saber cómo fue que el glorioso *Magallanes* arribó a las aguas marxistas españolas [...] De veras que tuvo episodios inolvidables esta expedición. Deben contarse [...] «Esto es maravilloso» —exclaman los compañeros recién llegados— «Es un prodigio lo que pasa aquí» [...] Los compañeros se quitan la palabra unos a otros en el afán de dar testimonio de su admiración por lo que sucede en España.⁶⁰

⁵⁹ PTB, «Carta a Jaime Bofill (25-9-36)», *Cartas y crónicas...*, ed. cit., p. 79.

⁶⁰ PTB, «Polizones del Magallanes», *En España, peleando...*, ed. cit., pp. 121-126. También en *Cartas y crónicas...*, ed. cit., pp. 181-182 [N. de la E.].

Encontramos otro ejemplo de este estilo en «Cuatro camaradas del enemigo», en el que parece que uno está presente durante los recuentos de los cuatro desertores del lado franquista, pues el escritor los hace sumamente apasionantes:

—¿Cómo —les dije— simpatizando ustedes con nosotros, se las arreglaban cuando entraban en combate o recibían órdenes de disparar sobre nuestros parapetos?

—¡Oh! —contestaron casi a coro riéndose—. ¡Como tirar, ya tirábamos, ya! Tirábamos más que nadie.

—Especialmente este —y señalaron al cabo de ametralladoras [...] Con la ametralladora hace lo que le da la gana. Por eso, cuando recibía orden de hacer fuego, [...] colocaba algunas [ráfagas] contra los sacos, por donde no pueden pasar, pero para que se viera que apuntaba bien. Y hemos gastado más balas que nadie.

Pero uno evocó un recuerdo aún mejor.

—Y no os acordáis —dijo— de aquel muchacho vasco [...] que se los «cargaba» por la espalda a los fascistas [...] ¡Este ya hacía lo suyo allá! Era mejor que estuviera con ellos.

El recuerdo de este hombre audaz, les trajo otro. El de un hombre nuestro que cayó prisionero de los fascistas.

—Era un guardia de asalto. Parece que se equivocó de parapeto en un despliegue y, huyéndole a las balas, a gachas, llegó a las filas fascistas. De un salto cayó dentro. Miró a todos los lados y se dio cuenta del error. Pero ni cambió la cara. Sólo dijo, al verse apuntado por las pistolas de los oficiales y requetés:

—¡Mecachis!, pues me he equivocado...

—Y quisieron que hablara [...] Pero, nada... ¡Qué hombre!... lo fusilaron enseguida. Murió gritando: «¡Viva la República!».

El recuerdo de aquel valiente los dejó callados.⁶¹

Pablo utilizó sólo algunos de los principios que más tarde preconizó la doctrina del *New Journalism* de Tom Wolfe, en particular, la inserción de las conversaciones integrales con los distintos personajes encontrados; las descripciones bastante profundas de la vida y las historias de los entrevistados; los acontecimientos contados como en una secuencia cinematográfica. Significativas en este sentido, pero también como reportajes ejemplares, son sobre todo «Cuatro muchachas en el frente»,⁶² «Francisco Galán, un general de las milicias españolas»,⁶³ y «Un alcalde de la revolución».⁶⁴

⁶¹ PTB, «Cuatro camaradas del enemigo», *Cartas y crónicas...*, ed. cit., pp. 197-198.

⁶² PTB, «Cuatro muchachas en el frente», *En España, peleando...*, ed. cit., pp. 127-129. También en *Cartas y crónicas...*, ed. cit., pp. 188-189 [N. de la E.].

⁶³ PTB, «Francisco Galán...», *Pluma en ristre*, ed. cit., pp. 475-483. También en *Cartas y crónicas...*, ed. cit., pp. 213-221 [N. de la E.].

⁶⁴ PTB, «Un alcalde de la revolución», *En España, peleando...*, ed. cit., pp. 467-473. También en *Cartas y crónicas...*, ed. cit., pp. 199-205 [N. de la E.].

Del primer texto lo que nos impacta es, sobre todo, cómo destaca las invocaciones —«¡Maruja, Libertad, Marina y Soledad!»—, repetidas varias veces, con el fin de destacar el estupor al encontrarse con cuatro muchachitas en el frente, empuñando un fusil como cualquiera de sus contemporáneos hombres, y revelando una sabiduría de mujeres maduras:

Soledad [15 años] ahora es la encargada de la oficina de reclutamiento de milicianos para ir al frente [...] Casi todos son jóvenes. Y si alguno quiere decir algún piropo, Soledad le recuerda: «Mira que yo ya estuve adonde tú vas ahora». Y los jóvenes se van, avergonzados.

También dejan una marca la construcción, casi versificada desde el comienzo, como si se tratara de un poema en prosa, dictado por la decisión simbólica de dedicar el texto a todas las mujeres que combatían por la libertad de España, y las descripciones de las muchachas a través de la narración, concisa y eficaz, de su pasado:

¿Maruja, Libertad, Marina y Soledad!

Cuatro muchachas en el frente que yo he conocido;

[...]

¡Maruja, Libertad, Marina y Soledad!

Cuatro muchachas del frente

Cada una de ellas tiene una vida. La mayor apenas tiene dieciocho años.

Maruja es madrileña; Libertad, mallorquina; Marina y Soledad son catalanas.

Maruja tiene dieciocho años. Es la mayor de todas [...] Es pequeña, casi rubia, de grandes ojos infantiles. Le mataron el novio, y el hermano cayó ametrallado en la sierra de Guadarrama. Morirá en la montaña vengando a sus muertos. Ella dice que es la única manera de recordarlos. Y no siente el temor de la muerte. La vio tan pronto y la ha visto tan pródiga, que para ella ha perdido el prestigio del misterio. Es una muchacha del frente.

[...]

¡Maruja, Libertad, Marina y Soledad! Cuatro muchachas, bellas muchachas, sangre de la Revolución.⁶⁵

No sólo el recuento de lo vivido por los personajes encontrados adquiere un papel de primer plano, sino también la reconstrucción histórica de los lugares conocidos se convierte en un rasgo característico de su escritura. En «Un alcalde de la revolución» introduce el asunto del alcalde de Buitrago de Lozoya mediante una evocación de la geografía y de la historia del pueblito de Castilla a través de los siglos, nada fuera de lugar.

No podemos definirlo como *New Journalism*, que sería su ubicación ideal, porque todavía estaba por nacer; pero es sin dudas una nueva forma de hacer periodismo que no encontramos en nadie más en esa época y en lo que Pablo logra devolverle al reportaje su propia dignidad estética, inyectándolo con criterios de construcción del texto tomados del ámbito literario, o proponiendo imágenes de corte cinematográfico. Pensemos en la descripción, que encontramos en «Francisco Galán, un general de las milicias españolas», de la noche en que Pablo conoció al comandante español:

Toda la guerra se ha hecho para que el cine dé cuenta de ella. Cuando conocí a Paco Galán [...] pensé que nunca había estado tan de verdad en un salón de proyecciones como en esta ocasión.

Un anochecer espeso cubría la carretera de Buitrago de Lozoya, cuartel general de la columna, y, en un tramo de ella, varias compañías casi invisibles, las unas de las otras, con su equipo completo de mantas, «trincheras» (una especie de capote militar), cartucheras y rifles, listas para partir a las avanzadillas a relevar a sus compañeros, escuchaban la palabra de Francisco Galán. Algunos rostros se encendían al chupar los cigarros.

Galán, vestido de «mono» (*overall*) blanco, se hacía más visible en la sombra, sobre un montículo. En la montaña brillaban las señales del enemigo.⁶⁶

⁶⁵ PTB, «Cuatro muchachas...», ed. cit.

⁶⁶ PTB, «Francisco Galán...», ed. cit.

Parece estar asistiendo a un largo plano-secuencia donde la cámara se acerca al comando militar, pana sobre las compañías apenas visibles en la luz del atardecer, muestra las caras de los milicianos recogidos alrededor de su general, extasiados con su elocuencia y, entre ellos, algunos que se iluminan en la sombra cada vez que inhalan de su cigarro. Finalmente, se encuadra a Galán, que habla desde lo alto de una lomita y, sobre el fondo, la montaña en la que brillan las luces del campo nacionalista —nos parece estar viendo un anticipo del neorrealismo italiano, de películas como *Ladrones de bicicletas*, donde el encuadre se mueve sobre la masa

de los desempleados agrupados alrededor del caporal, hasta alcanzar al protagonista, encuadrado al final del *traveling*, aparte.

Como hemos visto antes, no es casualidad si a menudo Pablo escribe imitando un ritmo cinematográfico, hace referencias a citas de filmes o, incluso, mira la realidad como si estuviera viendo un *set*, comparándolo con una película vista en medio de una masa de espectadores angustiados. La realidad supera a menudo la fantasía, se enlaza con ella y confunde al espectador/actor:

Yo vi dos veces en Nueva York, *We Are from Kronstadt* [...] Mas con todo, hoy me doy cuenta de que no la había visto hasta que la vi en Madrid. [...] Madrid está viviendo hoy los días que vivió Petrogrado.

[...]

Vino la película y ocurrió lo emocionante. Cinco mil espectadores angustiados, frenéticos, gozosos, triunfantes, exaltados [...] ocurrió que, para disimular el llanto y la opresión insoportable de los momentos patéticos y heroicos, como cuando son arrojados al mar el comisario, los marineros y Misha, el niño, el teatro entero tosía sin parar; ocurrió que el público, como si fuera de niños que van a ver los héroes de las películas del Oeste, alentara a los luchadores, hablara con ellos; les pedía, cuando estaban en las trincheras los soldados, y el teléfono no comunicaba con Kronstadt, que esperaran que ya venían los marinos; ante aquello, el corazón se me estrujó como un pedazo de papel que se tira a un cesto.⁶⁷

Era también una técnica para impactar al lector, y lo hacía ora emotivamente, apretando la mano sobre el perfil sentimental, como se acaba de ver, ora intelectualmente, destacando los aspectos relevantes del lado republicano y desacreditando el nacionalista. Y lo vemos con motivo del primer testimonio directo recogido por algunos desertores, en «Cuatro camaradas del enemigo», ya citado:

[C]ontaron las escenas de terror en Logroño, cuando los fascistas, inmovilizadas las tropas, bajo el control de los oficiales, se lanzaron a la persecución de todos los elementos de izquierda, por poco destacados que fueran.

Dijo uno:

—Todo el que se había dado a conocer como comunista o anarquista o de Izquierda Republicana fue fusilado. Nadie se salvó [...] Todos los sindicatos fueron asaltados y destruidos por los falangistas [...]

—Y ni a las mujeres han respetado [...] a una mujer, porque se dijo que era la mujer de un líder obrero que ya habían fusilado, la hicieron tomar una botella de aceite de ricino y después le raparon el pelo y la pasearon por todos los lados, burlándose de ella.⁶⁸

⁶⁷ PTB, «We Are from Madrid», ed. cit., pp. 130-134.

⁶⁸ PTB, «Cuatro camaradas del enemigo», ed. cit., p. 156.

Esto no podía ser de otra manera, dado el alto índice de compromiso de esta guerra y de Pablo en particular, que se definía «periodista revolucionario». Esa actitud genera, sin embargo, algunas dudas sobre la objetividad de nuestro escritor y lo verificaremos mejor en la próxima sección.

Por qué no se puede hablar de propaganda

Pablo se fue a España para contribuir a la derrota del fascismo, mostrándole su verdadera cara oscura a la opinión pública. Se puede decir entonces, con María Zambrano, que puso todo su talento al servicio de la causa. Por ello escribió varios artículos sobre figuras que habrían podido conducir al pueblo a la victoria final; en ellos, el tono era de máximo respeto y estimación, incluso compartiendo cierta exigencia de hacerlos aparecer como ejemplos de integridad moral y capacidad militar; pero sin dejar nunca de mostrar los rasgos típicos de su carácter. Así nos muestra a un *Campesino* rudo, pero justo; a un Galán ejemplo de rectitud y decisión; o a un José Díaz, hombre sencillo y honesto, cuya «oratoria no tiene ciertamente brillantez [...] pero dice las cosas justas».⁶⁹ Declaradamente alineado, —recordemos las palabras de Herbert Matthews— no usaba una retórica típica de obras decididamente políticas, como hacían, por ejemplo, intelectuales antifascistas italianos del calibre de Carlo Rosselli.⁷⁰ Lo cierto es que de sus

escritos surge una imagen del frente republicano a veces algo demasiado color de rosa y suavizada en relación con la realidad de una guerra marcada por el inadecuado aparato militar —a pesar de la llegada de las armas rusas a fines de octubre de 1936— y por la falta de coordinación entre las unidades de las milicias, además de las privaciones típicas de todo conflicto. Como punto de referencia, debe verse lo que escribió Pietro Nenni durante la batalla de Pozuelo —una de las primeras fases de la defensa de Madrid—, y que el propio Pablo había vivido:

30 de noviembre. Día duro para los nuestros. Los fascistas atacan encarnizadamente. El Batallón sirve de refuerzo al Tercer cuerpo de la milicia, bajo el mando de Galán, un joven oficial lleno de energía y coraje y que llegará lejos. Pero por el momento la desorganización ha llegado al colmo. En líneas generales, la fórmula de la milicia resulta insuficiente para ganar la guerra. Entre estas masas de hombres sin disciplina y sin cohesión, el derrotismo es un juego de niños y a ello ha contribuido la desorganización [...] Nuestra Tercera compañía, que creíamos estaba en segunda o tercera línea, ha sido atacada de repente, puesto que la primera línea se ha disuelto [...] La guerra se ha convertido en una cosa seria y dura.⁷¹

Todo lo contrario de lo que había registrado Pablo en «Francisco Galán, ...», donde consideraba la tropa del propio comandante Galán como «invencible, animosa, jovial, infatigable. Y un espíritu de disciplina y de orden absolutamente militar, aunque bajo una atmósfera democrática admirable».⁷² Hay que tener presente, sin embargo, que la situación vivida por Nenni corresponde, aproximadamente, a un mes después de la que describe el cubano,⁷³ pero sigue siendo difícil pensar que tan poco tiempo antes, y en una condición teóricamente peor por falta de armas, se respirara una atmósfera tan distendida y optimista. Encontramos además cierta disparidad de tono entre las crónicas, orientadas a informar al pueblo mexicano y al norteamericano, y las cartas privadas, en las que no silenciaba los sufrimientos que se padecían en el frente —recordemos la reflexión sobre lo inhumano de la guerra que aparece en la carta del 21 de noviembre—, o las grandes dificultades en la organización de la tropa: «hoy faltan a una compañía tantos hombres; al día siguiente es necesario equiparlos de mantas; después de armas, de municiones [...] No es cosa nada fácil».⁷⁴ Hay quien pudiera pensar en una especie de autocensura, en una instrumentalización propagandística de lo vivido personalmente. En efecto, aunque los personajes encontrados son reales y reales son sus historias, a veces el contexto circundante que se describe parece desentonar con lo que sabemos hoy de esa guerra.

⁶⁹ PTB, «José Díaz, secretario general del Partido Comunista Español», *Cartas y crónicas de España*, ed. cit., p. 207.

⁷⁰ Véase la recopilación de escritos titulada *Oggi in Spagna, domani in Italia*, Turín, Einaudi, 1967.

⁷¹ Pietro Nenni, ob. cit., p. 152.

⁷² PTB, «Francisco Galán...», ed. cit.

⁷³ Debe recordarse que sus crónicas cubren un arco temporal que va desde fines de septiembre hasta inicios de noviembre. Sólo una, «Campesino y sus hombres», aparecerá más o menos en ese mismo período —21 de noviembre— pero mantendrá las mismas características de las otras.

⁷⁴ PTB, *Cartas y crónicas de España*, ed. cit., p. 142.

Sin duda alguna, a nivel de la calidad estilística, Pablo de la Torriente Brau no fue inferior a ninguno de los autores que fueron sus contemporáneos y, por el contrario, supo escribir una obra original inventándose una forma periodística completamente nueva, constituida, podríamos decir, por una transmutación literaria de la realidad. Pero, al mismo tiempo, no podemos dejar de observar cómo algunas de las comparaciones mencionadas podrían motivar la duda acerca de la eventualidad de que él también, como tantos otros, pueda haber cedido ante a la tentación de contar *su* verdad, yendo más allá de ese «deseo de ser útil» citado por la Zambrano, y terminando por caer así en la trampa propagandística. Descripciones como la de Campesino —aunque podríamos citar varias de las crónicas donde nos presenta a un personaje cualquiera— pueden motivar la perplejidad acerca de lo no dicho. Cuentos donde el batallón del propio Campesino se describe como una brigada alegre —«Su chofer le dice “Moro”; el ayudante lo llama “Jilipollas”; otro le dice que está muy gordo para la guerra»—⁷⁵ podrían no convencer

totalmente al lector, acostumbrado en general a un imaginario de las trincheras marcado por hombres severos, sucios, endurecidos por las atrocidades de la guerra y poco propensos al mote chistoso.

Es cierto que durante esos meses todo estaba todavía por jugarse y que, con la llegada de las armas soviéticas y de las brigadas internacionales, la defensa de la capital parecía bastante eficaz para entusiasmar a muchos ánimos. Pero también es cierto que las tropas norafricanas de Franco habían seguido ganando posiciones hacia Madrid y, como se ha visto, a fines de noviembre se habían reconcentrado directamente en la ciudad universitaria; además, el 6 de noviembre el gobierno republicano había decidido abandonar la capital, replegándose hacia Valencia; de manera que la situación no era nada alentadora. Pero más allá de la toma de conciencia objetiva de la situación, no podemos dejar de mencionar un elemento que es constante y fortísimo en Pablo, y que aparece como una transversal en las crónicas y en las cartas: su optimismo, manifestado en su seguridad en el éxito positivo de la guerra. Parece que en él nunca está ausente la fe en la victoria.

¿Cómo entender una actitud de esta índole? ¿Podríamos atribuirla a su predisposición natural hacia el optimismo lo que en otros sujetos, por el contrario, se vería cierta vena propagandística? ¿O deberíamos considerarla sencillamente el fruto de una opción ideológica consciente? Pablo quiso seguramente exaltar a los que combatían por la misma causa que él compartía, con la esperanza de llegar a ver un cambio en los equilibrios políticos y sociales del mundo y, sobre todo, como ya se ha dicho, de América Latina. Si puso en ello un ímpetu aparentemente excesivo, ello sólo se debe a su carácter exuberante. Por otra parte, a esa esperanza —compartida también por otros intelectuales hispanoamericanos que participaron en el conflicto— se sumó una predisposición natural de vivir cada realidad como una experiencia absoluta, confiando en las posibilidades de ejercer influencia en los cambios de la Historia. En ese sentido hay que tener en cuenta lo que escribió Raúl Roa en la introducción a *Aventuras del soldado desconocido cubano*:

Para Pablo de la Torriente Brau, el oficio de escritor jamás estuvo desvinculado de la actividad práctica revolucionaria. En él, como en José Carlos Mariátegui y Rubén Martínez Villena, verbo y acción se conjugaron en armónica y fecunda reciprocidad. Nada escribió que no fuera expresión militante de su conducta. Nada hizo que no se ajustara indisolublemente a su pensamiento.⁷⁶

A esta interpretación quisiéramos agregar las palabras que nos dejó nuestro autor en una carta anterior a su compromiso en España y que consideramos un comentario final adecuado para este trabajo:

No tengo nunca miedo a escribir lo que pienso [...] porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta contener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la interna y firme convicción de mis actos. No me importa tampoco nada equivocarme en política. Pienso que sólo no se equivoca el que no labora, el que no lucha.⁷⁷

⁷⁵ PTB, «Campesino y sus hombres», ed. cit., p. 503.

⁷⁶ Raúl Roa, «Inicial», en PTB, *Aventuras del soldado desconocido cubano*, ed. cit., p. 7.

⁷⁷ PTB, «Carta a Raúl Roa (15-1-36)», *Cartas cruzadas*, ed. cit., p. 226.

Obras de Pablo de la Torriente Brau consultadas

Batey, en colaboración con Gonzalo Mazas Garbayo, Cultural, La Habana, 1930.

Realengo 18 [y] Mella, Rubén y Machado, La Habana, Ediciones Nuevo Mundo, 1962.

Pluma en ristre, a cargo de Raúl Roa, La Habana, Ediciones Venceremos, 1965.
Aventuras del soldado desconocido cubano, 2ª Edición, La Habana, Publicaciones del Gobierno Provincial Revolucionario de la Habana-Departamento de Cultura, 1968.
En España, peleando con los milicianos, a cargo de Jorge Max Rojas, México, DF, Editorial Grijalbo, 1972.
Pablo. Páginas escogidas, La Habana, Impresora Universitaria André Voisin, 1973.
El periodista Pablo, a cargo de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989.
Cartas cruzadas, a cargo de Víctor Casaus, La Habana, Ediciones La Memoria, 1998.
Cuentos completos, (Estudio introductorio de Denia García Ronda), La Habana, Ediciones La Memoria, 1998.
Cartas y crónicas de España, a cargo de Víctor Casaus, Ediciones La Memoria, La Habana, 1999.
Presidio Modelo, (Prólogo y notas a cargo de Ana Cairo), La Habana, Ediciones La Memoria, 2000.
Álgebra y política, (Estudio introductorio de Ana Cairo), La Habana, Ediciones La Memoria, 2001.

Bibliografía por temas

Textos sobre Pablo consultados

VARIOS, *El calor de tantas manos*, (selección, presentación y notas de Elizabet Rodríguez e Idania Trujillo; prólogo de Nelson Herrera Isla), La Habana, Ediciones La Memoria, 2001.
 VARIOS, *Pablo: cien años después*, (Prólogo de Víctor Casaus), La Habana, Ediciones La Memoria, 2001.
 VARIOS, *Para ver las cosas extraordinarias. Coloquio Internacional Cien años de Pablo*, (compilación de Elizabet Rodríguez; prólogo de Víctor Casaus), La Habana, Ediciones La Memoria, 2006.

Textos sobre la Guerra Civil Española y la participación extranjera

JOSÉ LUIS ALCÓFAR NASSAES, *SPANSKY! Los extranjeros que lucharon en la guerra civil española*, Barcelona, Dopesa, 1973.
 GERALD GINO BAUMANN, *Los voluntarios latinoamericanos en la Guerra Civil Española*, San José, Editorial Guayacán, 2ª ed., 1997.
 ALBERTO BELLO ALFONSO Y JUAN PÉREZ DÍAZ, *Cuba en España: una gloriosa página de internacionalismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.
 RAMÓN NICOLAU GONZÁLEZ, *Cuba y la defensa de la República española*, La Habana, Editora Política, 1981.
 GABRIEL JACKSON, *La Repubblica Spagnola e la guerra civile, 1931-1939*, Milán, Net, 2003.
 PAUL PRESTON, *La guerra civile spagnola, 1936-1939*, Milán, Mondadori, 11ª ed., 2005.
 HUGH THOMAS, *Storia della guerra civile spagnola*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1963.

Los intelectuales y la Guerra Civil Española

MANUEL AZNAR SOLER, *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*, v. II (*Literatura española y antifascismo (1927-1939)*), Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1987.
 MANUEL AZNAR SOLER Y LUIS-MARIO SCHNEIDER, *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*, v. III (*Actas, ponencias, documentos y testimonios*), Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1987.
 MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ, *La guerra civil española en la novela: bibliografía comentada*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982.
 NIAL BINNS, *La llamada de España*, Madrid, Montesinos-Ensayo, 2004.
 NATALIA CALAMAI, *El compromiso de la poesía en la guerra civil española*, Barcelona, Editorial Laia, 1979.

- NOAM CHOMSKY, *La objetividad y el pensamiento liberal. Los intelectuales de izquierdas frente a la guerra de Vietnam y a la Guerra Civil española*, Barcelona, Península Atalaya, 2004.
- JOSETTE Y GEORGES COLOMER, *Les poètes ibero-américains et la guerre civile espagnole (1936-1939)*, Villemomble, Imprimerie Graphic Eclair, 1980.
- EDUARDO COMÍN COLOMER, *El 5º Regimiento de milicias populares*, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1973.
- ALDO GAROSCI, *Gli intellettuali e la guerra civile spagnola*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1959.
- GUSTAVO GEIROLA, «Confluencias y divergencias entre la poesía de vanguardia en Latinoamérica y la poesía surgida de la guerra civil española», *Revista Chilena de Literatura*, n. 47, Dpto. de Literatura Universidad de Chile, 1995.
- MARC HANREZ, *Los escritores y la guerra de España*, Barcelona, Libros de Monte Ávila, 1977.
- ÁNGELES SANTA, *Literatura y guerra civil: influencias de la guerra de España en las letras francesas e hispánicas*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988.
- ANDRÉS TRAPIELLO, *Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Planeta, 1994.
- VARIOS, *Les poètes latino-américains devant la guerre civile d'Espagne*, París, Editions l'Harmattan, 1986.
- MARÍA ZAMBRANO, *Los intelectuales en el drama de España: escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998.

Literatura internacional sobre la Guerra Civil Española

- ERNEST HEMINGWAY, *I quarantanove racconti*, Milán, Mondadori, 1965.
- , *By-line*, Milán, Mondadori, 16ª Edición, 2005.
- , *Per chi suona la campana*, Milán, Mondadori, 1965.
- MIGUEL HERNÁNDEZ, *Obra completa*, v. I (*Poesía*), Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- ARTHUR KOESTLER, *Dialogo con la morte*, (Introducción de Marcello Flores), Boloña, Il Mulino, 1993.
- MIJAIL KOLTSOV, *Diario de la guerra española*, Madrid, Akal, 1998.
- ANDRÉ MALRAUX, *La speranza*, Milán, Arnoldo Mondadori Editore, 1956.
- PIETRO NENNI, *Spagna*, Milán, Edizioni Avanti!, 1962.
- PABLO NERUDA Y NANCY CUNARD, *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*, Sevilla, Renacimiento-Facsímiles de Revistas Literarias, 2002.
- GEORGE ORWELL, *Omaggio alla Catalogna*, Milán, Mondadori, 1964.
- CARLO ROSSELLI, *Oggi in Spagna, domani in Italia*, Turín, Einaudi, 2ª edición, 1967.
- JEAN-PAUL SARTRE, *Il muro*, Turín, Einaudi Tascabili, 1995.

Literatura hispanoamericana sobre la Guerra Civil Española

- ELENA GARRO, *Memorias de España-1937*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1992.
- RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN, *Las puertas del fuego. Documento de la Guerra en España*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1938.
- PABLO NERUDA, *Tercera residencia en la tierra*, 4ª Edición, Barcelona, Seix Barral, 1990.
- , *Confesso che ho vissuto*, Milán, Mondadori, 1975.
- OCTAVIO PAZ, *Libertad bajo palabra*, Alcalá de Henares, Ediciones de la Universidad, 1993.
- CÉSAR VALLEJO, *Crónicas (1927-1938)*, t. II, (a cargo de Enrique Ballón Aguirre), México, DF, UNAM, 1985.
- , *España, aparta de mí este cáliz*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1992.

Literatura cubana y Guerra Civil Española

- ALEJO CARPENTIER, *La consagración de la primavera*, Barcelona, Plaza y Janés Editores, 1986.
- , «España bajo las bombas», en Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider, *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*, v. III.
- Nicolás Guillén, *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza*, Valencia, Ediciones Españolas, 1937.
- , *En la guerra de España* (a cargo de Antonio Merino), Madrid, Ediciones de la Torre, 1988.
- , *Ponencias del II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*, en Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider, *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*, v. III.
- JUAN MARINELLO, Prólogo a José Martí, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

- , *Dos discursos de Juan Marinello al servicio de la causa popular*, París, Comité Ibero-Americano, 1937.
- , «Ponencia en el II Congreso de intelectuales para la defensa de la cultura», en Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider, *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*, v. III, *Momento español*, La Habana, La Verónica, 1939.
- ANA GLORIA MESA DE LA FE, *Notas sobre el tema de la Guerra Civil española en la poesía cubana* (fotocopia carente de datos).
- CARLOS MONTENEGRO, *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)*, La Habana, Alfa, 1938.

Cuba, historia y literatura

- RICARDO ADAM Y SILVA, *La gran mentira, 4 Septiembre 1933*, Miami, Editora Corripio, 1986.
- SALVADOR BUENO, *Antología del cuento en Cuba*, La Habana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, 1953.
- TERESA CASUSO, *Cuba y Castro*, Buenos Aires-Barcelona, Plaza y Janés, 2ª Edición, 1963.
- ENRIQUE DE LA OSA, *Crónica del año 33*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
- ERASMO DUMPIERRE, *Mella (esbozo biográfico)*, La Habana, Instituto del Libro, 1975.
- TULIO HALPERIN DONGHI, *Storia dell'America Latina*, Turín, Piccola Biblioteca Einaudi, 1972.
- FRANCISCO LÓPEZ SEGRERA, *Cuba: cultura y sociedad (1510-1985)*, La Habana, Letras Cubanas, 1989.
- RUBÉN MARTÍNEZ VILLENNA, *Cuba, factoría yanqui*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1999.
- , *Órbita*, (Prólogo de Raúl Roa y texto de Roberto Fernández Retamar), 2ª Edición, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.
- JULIO ANTONIO MELLA, *Alma Mater. La revista de Mella*, (a cargo de Delio Contrera), La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
- , *Ensayos revolucionarios*, La Habana, Editora Popular de Cuba y del Caribe, 1960.
- JOSÉ ANTONIO PORTUONDO, *Cuentos cubanos contemporáneos*, México, Editorial Leyenda, 1946.
- RAÚL ROA, *Retorno a la alborada*, Tomo I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- , *La revolución del 30 se fue a bolina*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
- MERCEDES SANTOS MORAY, *Marxistas de América*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1985.
- LIONEL SOTO, *La revolución del 33*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977.
- JOSÉ ANTONIO TABARES DEL REAL, *La revolución del 30: sus dos últimos años*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1971.
- HUGH THOMAS, *Cuba. La lucha por la libertad*, Barcelona-México DF, Ediciones Grijalbo, 1974.
- VARIOS, *La lucha anti-imperialista en Cuba*, La Habana, Editora Popular de Cuba y del Caribe, 1960.
- VARIOS, *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano*, (a cargo de Eduardo Torres-Cuevas), La Habana, Imagen Contemporánea, 2003.
- JOSÉ SERGIO VELÁZQUEZ, *La tiranía en Cuba*, Madrid, Biblioteca Nacional Española, 1933.

Ensayos y textos de distintos tipos

- GUILLAUME APOLLINAIRE, *L'Hérésiarque & C.*, París, Guanda, 1987.
- JOSÉ ARICÓ, «Il marxismo latinoamericano negli anni della II Internazionale», en *Storia del Marxismo*, v. 3, t. II, Turín, Einaudi, 1981.
- ANDRÉ BRETON, *Antologia dello humour nero*, Turín, Einaudi, 1970.
- MARIO DE MICHELI, *Le avanguardie artistiche del novecento*, Milán, Universale Economica Feltrinelli, 31ª Edición, 1998.
- ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Santafé de Bogotá, Caro y Cuervo, 1ª Edición, 1995.
- SIGMUND FREUD Y ALBERT EINSTEIN, *Perché la guerra?*, Turín, Bollati Boringhieri, 1975.
- SIGMUND FREUD, *Lo siniestro*, Barcelona, José J. de Olañeta Editor, 1979.
- ANDRÉ GUNDE FRANK, *Capitalismo e sottosviluppo in America Latina*, Turín, Einaudi-serie politica, 4ª Edición, 1974.
- ERICH J. HOBSBAWM, «Gli intellettuali e l'antifascismo», en *Storia del Marxismo*, v. 3, t. II, Turín, Einaudi, 1981.
- GLAUCO LICATA, *Storia e linguaggio dei corrispondenti di guerra*, Milán, 1972.
- WALTER HARKOV, *Sistemi coloniali e movimenti di liberazione*, Roma, Editori Riuniti-Quaderni dell'Istituto Gramsci, 1961.
- GUY DE MAUPASSANT, *El Horla y otros cuentos fantásticos*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

- PAOLO MURIALDI, «Il mestiere di corrispondente dalla guerra d’Etiopia alla Seconda Guerra Mondiale», en Peppino Ortoleva y Octaviano Chiara, *Guerra e mass media: strumenti e modi della comunicazione in contesto bellico*, Nápoles, Liguori, 1994.
- EDGAR ALLAN POE, *Racconto del mistero*, Milán, Bur-Rizzoli, 1999.
- VARIOS, *Cuba, les étapes d’une libération. Hommage à Juan Marinello et Noël Salomon*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1979.
- TOM WOLFE, *El nuevo periodismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976.
- SAUL YURKIEVICH, *Storia della civiltà letteraria ispanoamericana*, Turín, UTET, 2000.

Diarios y revistas

- Ahora*, periódico cubano. Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Bohemia*, revista cubana. Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Brecha*, n. 78, Montevideo, 30 de abril de 1987.
- Claridad*, Madrid, (1936). Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Cuadernos Hispanoamericanos*, no. 414, Madrid. Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- El mono azul*, (Madrid, agosto de 1936-febrero de 1939). Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid.
- Escritura*, n. IX, Caracas, (enero-diciembre de 1984).
- Hora de España* (Antología a cargo de Francisco Cudet), Madrid, Ediciones Turner, 1975.
- La Repubblica*, diario italiano. Roma, Grupo Editorial l’Espresso, 26 de junio de 2005.
- La Voz*, diario independiente de la noche, (Madrid, 1936). Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Milicia Popular*, diario del 5º Regimiento de Milicias Populares, (Madrid, 1936). Hemeroteca Municipal de Madrid.
- ¡No Pasarán!*, órgano de la Fracción Comunista del Frente de Somosierra, (Madrid, 1936). Hemeroteca Municipal de Madrid.

Material filmico

- REBECA CHÁVEZ, *Cuba: caminos de revolución. Antes del 59*, La Habana, Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos, 2004.

Índice

Introducción/ 7

I

Pablo de la Torriente Brau, ideología y acción/ 13

II

El escritor/ 49

III

Intelectuales extranjeros en España/ 73

IV

Me voy a España/ 109

Obras de Pablo de la Torriente Brau consultadas/ 143

Bibliografía por temas/ 145

